Nobles y sirvientes 3

UN SEDUCTOR CAPITÁN EN MI VIDA



ENCARNA MAGÍN

Selecta

Un seductor capitán en mi vida

SERIE

Nobles y sirvientes 3

Encarna Magín

Selecta

Capítulo 1

Primavera, 1812

El capitán Robert Horner estaba en el Ferrell's, un club de caballeros escondido entre el bullicio incesante de Fleet Street. A través de las livianas cortinas, la luz de la mañana se filtraba y disipaba apenas la penumbra de la estancia. Sentado en un majestuoso sillón de cuero oscuro, con orejeras que parecían abrazarlo, Robert sostenía entre sus manos un ejemplar del *The Times*. Estaba solo en la sala, y el crujido del papel al pasar las páginas rompía el solemne silencio, mientras el aroma del cuero envejecido y el leve rastro de tabaco impregnaban el aire. Por un instante, cerró los ojos, los recuerdos de su padre con un puro humeante entre los dedos, ordenándole enrolarse en la marina, cruzó su mente. Ese pasado lo asfixiaba.

Aunque sus ojos celestes recorrían las líneas impresas, su mente navegaba en un mar de dudas. Las palabras del periódico eran símbolos vacíos, un escudo frágil tras el cual intentaba refugiarse de la tormenta que rugía en su interior. Había tomado una decisión que debía ser motivo de satisfacción, y, sin embargo, la sentía como un yugo que le pesaba sobre los hombros. Tenía treinta años cumplidos

y había regresado a Londres el pasado otoño con la intención de casarse con una debutante de linaje noble; como siempre había deseado familia. Aunque su padre había fallecido hacía mucho tiempo, Robert le había prometido en su lecho de muerte honrar su apellido llevando una vida ejemplar. También estaba la promesa que le había hecho a su hermano Bryce, quien tenía sus propias expectativas con respecto a él.

¿Por qué algo que parecía correcto se sentía como una gran equivocación, como si fuera un condenado a muerte? Los dedos de Robert apretaron el periódico antes de sacudir la cabeza, en un intento por despejar esa sombra implacable que lo envolvía. Le habían inculcado desde pequeño que la familia era lo primero, pero ese mismo apellido que debía defender parecía devorarlo.

Un ruido suave y una voz grave y confiada lo devolvieron al presente.

—¿Qué dice el *The Times* hoy?

Robert giró apenas la cabeza. Barney Ferrell, el propietario del club, estaba frente a él, vestido con un traje confeccionado a medida por un sastre artesano. Todo en Barney hablaba de éxito: un hombre que había escalado desde la nada para construir su propio reino. La aristocracia lo respetaba, algo inaudito para alguien que no pertenecía a la nobleza. Robert lo admiraba, tal vez incluso lo envidiaba, por su audacia y por haberse liberado de las cadenas invisibles que Londres imponía.

—Nada importante —murmuró Robert, con una voz que parecía más un suspiro.

Barney se sentó en la butaca de enfrente, cruzó una pierna con la soltura de quien conoce su lugar en el mundo. Su mirada color canela, cálida y penetrante, escrutaba a Robert como si intentara desentrañar un misterio. El capitán tenía algo de indomable y

perdido a la vez: su cabello negro, desordenado como si los vientos del mar aún jugaran con él; su piel cálida y curtida, marcada por una cicatriz sobre el labio superior; y esos ojos celestes, que brillaban como un horizonte despejado. Aunque ahora parecían nublados por una tormenta interna.

—Hace días que no te veía por aquí —mencionó Barney, se inclinó un poco hacia él—. ¿Va todo bien?

Robert dejó escapar una sonrisa fugaz, la clase de sonrisa que no alcanzaba los ojos. Cerró el periódico poco a poco; el crujido llenó el vacío mientras meditaba una respuesta.

—He tomado una decisión que no me hace feliz, pero es mi deber hacerlo.

Barney asintió, sagaz.

—Lady Eleanora Blackwood, supongo —aventuró, directo como un disparo certero.

Robert soltó un suspiro pesado, como si esas palabras hubieran desmontado la última defensa que lo sostenía.

—Sí. Por fin he decidido pedirle matrimonio.

Barney alzó una ceja oscura y dejó que un silencio cargado se adueñara de la sala antes de responder.

—Lo dices como si estuvieras cerrando un trato comercial, no como un hombre que está a punto de sellar su destino.

Robert se levantó con lentitud, como si su cuerpo pesara el doble. La luz de la mañana se derramó sobre él, subrayó su constitución musculosa, resultado de años de servicio en la marina. Apretó el periódico con fuerza y sus ojos reflejaron una mezcla de melancolía y resolución.

—Sabes, Barney, te admiro.

El propietario de Ferrell’s inclinó la cabeza, con una chispa de curiosidad iluminando su mirada.

—¿A mí? ¿Por qué?

Robert dejó el *The Times* sobre el sillón que acababa de abandonar, después lo miró directo.

—Porque haces con tu vida lo que quieres. Eres dueño de tu destino —expresó con voz cargada de honestidad.

Barney se puso de pie y colocó una mano firme en el hombro de su amigo.

—Todos tenemos cadenas, Robert. La diferencia está en aprender a romperlas.

El capitán dejó escapar una risa amarga.

—Eso es fácil de decir, pero no de hacer.

Barney sonrió.

—Tal vez sea temprano para un *whisky*, pero el mío tiene la habilidad de solucionar todo problema, al menos por un rato.

Robert negó con un movimiento delicado de cabeza.

—Otro día. Tengo que hablar con mi hermano.

—Entonces te debo un trago la próxima vez que vengas.

Barney dejó caer su mano, pero lo observó partir con un sentimiento de respeto mezclado con preocupación. Mientras Robert abandonaba la estancia, la luz extendía su sombra contra el suelo. En esa silueta vacilante, la certeza de su decisión lo seguía como un espectro, implacable y eterno

***

Denise Beard esbozó una sonrisa tan pronto abrió la puerta de la alcoba del capitán para limpiarla. Siempre que entraba en esa estancia, el aroma de mar se filtraba por su nariz. Robert había pasado tanto tiempo navegando que ya formaba parte de su persona, y allá donde iba dejaba su perfume a brisa marina.

Ese olor evocaba en ella un recuerdo tan poderoso como un sueño, y que nunca se había desvanecido del todo. Denise había estado en el mar de pequeña, cuando su abuelo la llevó tras superar una grave enfermedad que casi la mata, como a sus padres. Fue su renacer, tanto físico como espiritual. Recordó que ese olor tan peculiar la había hecho revivir por dentro, y que el abrazo de las aguas al sumergirse la devolvió a la vida. También recordó las olas, con su ritmo constante y eterno como una canción de cuna que siempre la calmaban.

Ahora, al encontrar ese perfume tan especial en la alcoba de Robert, Denise sentía una punzada de nostalgia mezclada con algo inesperado: consuelo. Por un instante, ese rincón en Tarraco Palace se convertía en un refugio, un lugar donde la memoria de su infancia regresaba para envolverla con la misma calidez que las aguas del mar. Pero al mismo tiempo despertaba un anhelo profundo y doloroso, una sensación de pérdida que le recordaba cuán lejos estaba de aquella libertad y conexión que una vez tuvo con el océano.

No perdió más el tiempo; no quería que Beatrice Huxley, el ama de llaves, le llamara la atención por su demora. Con un suspiro, dejó el cubo de madera con los utensilios de limpieza a un lado y se acercó a las cortinas de terciopelo azul marino que enmarcaban las ventanas. Con un movimiento decidido, descorrió las telas, y la luz de la mañana irrumpió en la alcoba como un torrente, que bañó los paneles de madera oscura con un brillo cálido y revelador. Abrió las batientes y el aire fresco, cargado con aromas a primavera, entró renovando la atmósfera estancada. Una corriente ligera agitó las cortinas como si quisieran danzar bajo la recién llegada claridad.

El lecho de madera de caoba dominaba el corazón de la habitación, una estructura imponente pero discreta, como el hombre

que lo ocupaba. El dosel de lino blanco caía con una simplicidad austera, apenas protegía la intimidad de un espacio donde el orden parecía reinar sobre el descanso. Las sábanas de algodón estaban apenas desarregladas; era evidente que el capitán prefería enfrentar las noches como si estuviera en su barco: con disciplina. Denise alisó la tela con movimientos firmes y dejó el lecho perfecto, sin mácula alguna.

A los pies de la cama, un baúl aguardaba lleno de recuerdos de viajes por mares distantes. La tentación de abrirlo creció por un instante, pero apartó la mirada y su atención fue a las motas de polvo que reclamaban ser borradas. El robusto escritorio cercano a la ventana contaba su propia historia: un desorden calculado de mapas, cartas y un cuaderno de bitácora con el sello de la Marina Real. Denise no se atrevió a tocar nada, como si su desorden tuviera un alma frágil que temía romper.

Al otro lado de la habitación, un sillón de cuero frente a la chimenea mostraba signos del peso de su ocupante. Sobre una mesita auxiliar reposaba una botella de brandy casi vacía y un vaso con huellas de tragos recientes que explicaban las cicatrices de noches largas y reflexivas sin poder dormir. Denise recogió el vaso con cuidado, como quien sostiene el eco de una confidencia, y lo llevó al cubo junto a ella.

El aroma a madera encerada llenó el aire cuando pulió el armario en una esquina, donde guardaba sus uniformes. Y luego hizo lo mismo en el suelo, en cuyos tonos profundos resaltaban pequeños arañazos que parecían reflejar historias olvidadas. La alfombra persa, en tonos apagados pero elegantes, recibió un cepillado metódico, y devolvió a la vida sus patrones. Por último, retiró las flores marchitas del jarrón sobre la repisa de la chimenea. Más tarde, las cambiaría por otras nuevas, frescas y vivas como un

susurro de primavera, que recogería del jardín.

Las paredes forradas de paneles de madera oscura absorbían la luz con un aura de sobriedad, mientras el cuadro marítimo aportaba un destello de color y movimiento. Pasó el plumero con suavidad, casi como si acariciara la memoria del regalo de Sir Bryce Horner a su hermano.

Cuando todo estuvo en su lugar, Denise cerró las ventanas y miró la habitación una última vez. El espacio había recuperado su espíritu; ordenado, masculino, impregnado de la esencia del capitán. Salió al pasillo y bajó la escalera de los sirvientes, pero al entrar en la cocina, un nuevo universo la recibió: el aroma de miel, canela, jengibre y clavo del pan dulce llenó sus sentidos, un contraste cálido y reconfortante con la sobriedad de la alcoba. En la gran mesa central de la cocina, las ayudantes estaban pelando las verduras para cocinar un consomé.

Mientras lavaba el vaso, sintió las miradas del resto del servicio sobre ella, como si fueran olas sutiles chocando con una roca. Sabía que la juzgaban, y aunque entendía sus recelos, su corazón se mantenía blindado. No era fácil olvidar las sombras de la casa donde había servido antes.

—Muchacha, ¿todavía no has terminado con la alcoba del capitán? —preguntó Beatrice Huxley, su tono era severo, lo justo para que diera un respingo.

Denise se giró y se encontró con los ojos grises del ama de llaves, que parecían captar hasta el más mínimo rastro de imperfección. Beatrice llevaba su impecable vestido negro y delantal bordado con la precisión de quien establece un estándar inquebrantable. Su cabello castaño oscuro, con alguna cana que empezaba asomar por las sienes, siempre lo llevaba recogido en un moño que nunca perdía la forma. Pero en la rectitud de su postura y la autoridad de su voz,

Denise sabía que había un corazón protector, reservado para aquellos a quienes consideraba suyos.

—Estaba a punto de devolver el vaso a su alcoba —respondió Denise, su voz era suave pero firme.

—Date prisa, muchacha, todavía te queda cambiar las flores de todos los jarrones, y después tienes que ayudar en la lavandería.

Denise asintió con la expectación anclada en su ser. Allí, entre las flores, encontraba un oasis personal donde la fragancia de las estaciones borraba por un instante la tristeza que albergaba. El roce de las mariposas y el perfume de la primavera aligeraban su carga. Por un breve momento, permitía que una sonrisa cruzara sus labios, un destello de luz en medio de las sombras.

Beatrice, desde la distancia, la observó desaparecer. Sacó el reloj que siempre llevaba consigo; su pequeño vínculo con las raíces que la conectaban a su madre y su linaje de amas de llaves. Miró la hora: casi el mediodía. La jornada prometía ser intensa, y el trabajo, como los relojes, no se detenían.

Capítulo 2

Robert Horner estaba montado en su faetón, que se había comprado tan pronto regresó a Londres. Un vehículo elegante y resistente, diseñado para la velocidad y la maniobrabilidad. La madera oscura de su estructura relucía bajo el sol, mientras las ruedas, reforzadas con hierro, prometían firmeza incluso en los caminos más traicioneros

Se dirigía a Tarraco Palace después de estar en el Ferrell's. No iba muy deprisa y cuando apenas le quedaba un kilómetro se detuvo. El aire soplaba con la ligereza de un susurró y removía su cabello negro corto. Le gustaba admirar la belleza de Tarraco Palace, ubicado a las afueras de Londres, en la zona este de Olympo Park.

Allá donde posaba la mirada había arte en su máxima expresión. La fachada, imponente y simétrica, estaba adornada con frisos detallados. Representaban episodios de gloria militar y hazañas heroicas de la época romana, como un homenaje a Tarraco, la ciudad romana que daba nombre al palacio. Columnas corintias de mármol blanco se erguían orgullosas en la entrada. La puerta doble era de madera tallada con escenas mitológicas.

Robert no se cansaba de adorar el palacio. Iba siendo hora de

echar el ancla en tierra firme y deseaba un hogar como ese, que evocara arte y sensibilidad por civilizaciones pasadas. Hasta ahora, el mar había sido su hogar, así que le gustaría que estuviera a las orillas de las aguas que habían sido sus maestros. Había hecho fortuna, era un hombre rico, de modo que se podía permitir algo tan excepcional como Tarraco Palace.

No perdió más el tiempo y reanudó la marcha agitando las riendas sobre los lomos de los dos caballos que tiraban de su vehículo. Tras él dejó una estela de polvo que el viento no tardó en disipar. Al llegar, los mozos de cuadra se encargaron del faetón y sus équidos, él entró.

El *hall* principal tenía un suelo de mosaico colorido, con patrones geométricos y figuras de dioses romanos. Las paredes estaban decoradas con frescos que mostraban escenas bucólicas y festivas. Había esculturas de mármol y bronce representando figuras mitológicas, que adornaban tanto el *hall* como los pasillos. Mientras que los jarrones de terracota y ánforas —decoradas con motivos clásicos— se encontraban distribuidos en los rincones.

El capitán entregó al mayordomo sus guantes y su casaca informal en azul marino, sencilla y sin los adornos. Para eventos especiales o cuando estaba de servicio llevaba otra mucho más elegante. Se quedó vestido con la camisa blanca de cuello alto almidonada, un chaleco oscuro y los pantalones grises ajustados. Sus ropas no tenían ni una arruga, reflejaban su carácter meticuloso y su formación disciplinada.

Mientras cruzaba el *hall*, sus pasos resonaron con suavidad sobre los mosaicos, y Robert se detuvo por un instante. Observó las esculturas y los frescos con un matiz de admiración y nostalgia. Sus ojos celestes se posaron en una figura de Neptuno, el dios de los mares, y por un instante volvió a estar a bordo del HMS Valor,

enfrentando los embates de una tormenta como si el mismo dios la hubiera creado solo para ponerlo a prueba. Sacudió la cabeza con ligereza, como si ahuyentara el recuerdo. Debía centrarse en un futuro de estabilidad y nuevas conquistas en tierra firme.

El mayordomo le informó que su hermano estaba en la biblioteca. Se dirigió hasta allí, cada paso resonaba en el precioso suelo. Su sonido era peculiar: firme con un toque cristalino resonante, como si se tratara de un murmullo armonioso que se mezclaba con la majestuosidad del ambiente. Se sentía muy orgulloso de sus botas de cuero negro pulido, que un artesano del calzado había confeccionado solo para él. En el costado de cada pie, llevaban grabada en relieve una pequeña figura de un ancla. Una línea fina de bordado dorado recorría la parte superior del borde de las botas. Su tacón era único, llevaba el nombre de su embarcación: HMS Valor. Cada detalle había sido cuidado con esmero, como el forro de terciopelo azul marino. Era el símbolo de su historia y su destino, la expresión de un hombre que cuidaba hasta el último fragmento de su esencia.

Al llegar a la puerta alta y doble de la biblioteca, se detuvo un momento. La luz que se derramaba desde las puertas balconeras abiertas acariciaba las estanterías de madera oscura, que se erguían como columnas del tiempo, preservando la memoria de generaciones. Los títulos dorados en los volúmenes de cuero brillaban como estrellas lejanas, y la esfera armilar en la esquina parecía contener el universo en miniatura.

Frente a la chimenea de piedra labrada se ubicaba un sofá rococó con patas doradas y butacas a juego. Encima de la repisa, el escudo romano que coronaba el hogar transmitía la fuerza solemne de una poderosa civilización, como un eco lejano en el tiempo. Robert percibía que cada rincón de ese lugar estaba impregnado de historia,

de pérdidas y de anhelos. Pero también de una calma engañosa, un alivio que Bryce nunca lograba alcanzar desde que había llegado a Londres. Ni tan solo la dulce sinfonía del canto de los pájaros que se escuchaba aliviaba su tristeza.

Cuando entró, sus pasos quedaron amortiguados sobre la alfombra persa de tonos cálidos. Bryce estaba inmóvil, absorto en la delicada tarea de colocar rosas en un jarrón sobre el escritorio de caoba maciza. Ese ritual, constante y doloroso, era su forma de mantener viva la memoria de Clara: su esposa, su amor y su tormento.

Clara Fairfax fue una joven inteligente y amable, había sido muy querida por todos en la sociedad. Su matrimonio era visto como la encarnación perfecta de la unión ideal; una armoniosa mezcla de amor, respeto y pasión, donde dos almas predestinadas se fundían en una sola. Pero su felicidad se desmoronó en poco tiempo, como un castillo de arena devorado por una enorme y sorpresiva ola. Falleció durante una tormenta eléctrica, el carruaje en el que viajaban volcó cerca de un acantilado. Bryce, que había insistido en seguir pese a las condiciones climáticas adversas, sobrevivió al accidente. Sin embargo, su esposa cayó por el acantilado y perdió la vida junto al bebé que llevaba en sus entrañas.

Robert observó la silla curul con su diseño romano y los detalles de marfil. Pero sus ojos volvieron a Bryce, cuyo rostro reflejaba toda una vida de sufrimiento. Las rosas, cultivadas con su propio esfuerzo y cuidado, eran un acto de amor obsesivo, una forma de aferrarse a los fantasmas de su pasado. Cada pétalo parecía un susurro que hablaba de lo perdido, de lo irrecuperable. Bryce colocaba la última rosa con una reverencia que desgarraba el corazón de Robert. Por fin, decidió interrumpir ese instante.

—Buenos días, Bryce —saludó con suavidad.

El baronet levantó la mirada, que se mantenía fugaz y distante.

—Buenos días.

Robert se acercó más, el aroma de las rosas, dulce y melancólico, le acariciaba las fosas nasales, como un bálsamo que le recordaba tanto la belleza como la fragilidad de la vida.

—Tengo que hablar contigo.

Bryce se detuvo, aún con una rosa en la mano, la gravedad en el tono de su hermano capturó su atención.

—Te escucho.

Robert en un gesto inconsciente rozó los pétalos de una rosa antes de continuar.

—He tomado la decisión de casarme con lady Eleanora Blackwood.

El suspiro de Bryce fue audible, un alivio que se quebró en sus ojos de un gris tormentoso, llenos de determinación y tristeza.

—Gracias… —murmuró con la voz rota, como si cada palabra costara una lágrima no derramada.

Era un hombre al borde del abismo, y Robert lo veía con claridad. Su hermano estaba atrapado en un sufrimiento que devoraba su alma como una llama eterna. Había intentado ayudarlo en muchas ocasiones proponiéndole proyectos en los que mantener la mente ocupada, a fin de darle tiempo a su corazón a que sanara. Pero todo esfuerzo había sido en vano. El dolor que arrastraba día y noche no le daba tregua. Eran dagas clavadas muy adentro de su corazón y sangraba gota a gota en una desgarradora agonía.

—Te prometí que me casaría con una noble y que tendría hijos —declaró Robert, intentando forzar una sonrisa que sus ojos no sentían, pues notaba el peso del mundo sobre sus hombros.

Bryce asintió.

—El primer varón lo convertiré en mi heredero.

Las palabras, aunque teñidas de alivio, estaban impregnada de

una melancolía que ninguno podía ignorar. Bryce era alto y robusto, tenía una mirada profunda en un tono gris y el cabello oscuro comenzaba a mostrar signos de canas prematuras. Pero con todo su atractivo maduro y estatus aristocrático, parecía una sombra de lo que alguna vez fue. El accidente que arrancó a Clara de su lado había marcado su vida con una culpabilidad tan intensa que se negaba a amar de nuevo.

El diálogo continuó, más cargado de emoción. Robert quiso compartir sus planes con su hermano.

—Sé que desde... desde...

Bryce adivinó lo que iba a decir y no intentó suavizarlo.

—¿Desde que murió Clara por mi culpa? —soltó con la dureza de una roca.

—Sabes muy bien que no quería decir eso —se quejó Robert.

El baronet soltó un suspiro profundo, como si estuviera dejando salir parte de su pena y enfado.

—Lo siento. A veces me comporto como un necio.

Robert intentó disipar el ambiente sombrío con una pizca de humor.

—¡Cierto! ¡Te doy la razón! —exclamó con una sonrisa forzada, aún así el peso de la conversación era ineludible.

Para el baronet todo giraba alrededor de la memoria de Clara y de la culpabilidad que cargaba por su muerte. Y el capitán no podía permitirse olvidar ese detalle.

—¿Qué querías contarme antes de que te interrumpiera? —inquirió Bryce.

—Quiero celebrar una cena íntima aquí, en Tarraco Palace, la semana que viene, solo nosotros, Eleonora y su padre, el conde de Blackwood.

Robert era consciente de que su hermano vivía recluido desde el

terrible accidente en el que falleció su esposa. El evento que le estaba proponiendo sería una gran prueba para él y no sabía muy bien cómo reaccionaría. Tampoco quería hacerlo sufrir cuando no había necesidad, de hecho, sentía que no estaba preparado para afrontar una velada como esa. La soledad se había convertido en su sombra, un amigo inseparable. Si permitía su propia presencia en Tarraco Palace era por los vínculos familiares. En el fondo entendería que se negara.

Sin embargo, la respuesta lo dejó perplejo.

—Desde luego que tienes mi permiso. Es lo mínimo que puedo hacer por el sacrifico que estás haciendo por mí.

—Gracias, ordenaré que se hagan los preparativos necesarios.

—No me lo agradezcas, en el fondo soy yo quien te está agradecido.

Bryce había aceptado la propuesta de una cena íntima en Tarraco Palace, una prueba de fuego para su reclusión autoimpuesta. Pero cuando salió de la biblioteca, con el jarrón en sus manos y el sonido de sus pasos apagándose en la distancia, dejó tras de sí una carga emocional que resonaba entre los latidos del corazón de Robert.

El capitán salió de la biblioteca, necesitaba llenar sus pulmones con aire fresco, escapar de aquel ambiente cargado de recuerdos y dolor. Ver a su hermano consumido por la culpa era un peso que no podía soportar; cada conversación dejaba heridas invisibles en su corazón.

En ese instante deseó con desesperación estar en alta mar, donde las olas y el viento ahogaban cualquier pensamiento. En el fondo, había esperado que el tiempo hubiese hecho su trabajo, que, a su regreso, el dolor de Bryce se hubiera diluido como la espuma del mar. Pero no era así. Al contrario, su hermano estaba más hundido que nunca. Trató de apartar la obsesión que comenzaba a formarse

en su mente y lo sustituyó por otro pensamiento: quizá, cuando él se casara con Eleanora y tuviera hijos, Bryce podría encontrar algo de redención, un resquicio de paz, un rayo de luz en la oscuridad. Cabeceó mientras pensaba que no podía permitirse perder la esperanza.

Con pasos lentos, casi ceremoniales, cruzó las puertas dobles que daban a la terraza. El eco lejano de sus botas quedó atrás cuando descendió por los escalones de piedra que conducían al jardín. Colocó las manos detrás de la espalda, como si ese gesto pudiera contener el peso de sus pensamientos, y permaneció un instante inmóvil. Dejó que la vista y el alma se empaparan de la belleza del paisaje frente a él.

El jardín de diseño perfecto era un tributo a la armonía y el orden. Robles majestuosos se alzaban junto a castaños, manzanos y cerezos que comenzaban a florecer, sus ramas eran pinceladas en un lienzo de vida. Los parterres geométricos, bordeados por setos recortados con una precisión impecable, formaban patrones de colores. Era una sinfonía visual que invitaba a la contemplación, mientras los aromas de lavanda, romero y menta se alzaban en el aire como una caricia invisible. Penetraba en sus fosas nasales y aliviaba el sabor amargo que la conversación con Bryce había dejado en su boca.

Había bancos de hierro forjado repartidos por el jardín, que ofrecían un espacio para la contemplación, el descanso y la reflexión. Sin embargo, su mirada y su mente no pudieron resistirse al magnetismo de la fuente en el corazón del jardín. De piedra, con detalles clásicos que parecían evocar historias de otros tiempos, la fuente se erigía como un faro en medio del mar de colores. Desde donde estaba, podía escuchar el murmullo del agua que burbujeaba en su danza eterna. Era un sonido que, combinado con las melodías

de los pájaros posados en las ramas, componía una sinfonía primaveral, un himno que hablaba de renovación y esperanza.

Allí, en medio de esa armonía natural, el capitán permaneció inmóvil; sintió que la vida, a pesar de la oscuridad de las almas atormentadas, seguía fluyendo con una belleza inexplicable, ajena al llanto de las gentes. Al menos, por un instante efímero, pudo dejar atrás los recuerdos rotos. Y la paz le rozó el alma, arrancándole un gemido, ofreciéndole un respiro, aunque breve, en su batalla interminable.

De pronto, una melodía se alzó en el aire, pura y cristalina, como el susurro de un ángel perdido entre las corrientes del viento. Robert se detuvo, cautivado, mientras una voz dulce y melodiosa lo envolvía como una caricia intangible. Era como si esa canción fuera una luz en la penumbra que iluminaba los rincones oscuros de su alma. Siguió el rastro de aquella melodía, hipnotizado, y a medida que se acercaba, las palabras tomaron cuerpo: «Perdido entre sombras de un mar sin final, las olas susurraron un canto inmortal. De espuma nacieron alas inciertas, lo guiaron a tierra, entre heridas abiertas».

Sintió un aleteo en el corazón, un vértigo extraño, como si esas alas que la canción evocaba fueran brazos invisibles que lo sujetaban e impedía que se hundiera en el abismo de su propia oscuridad. Sus pasos crujieron sobre la gravilla del sendero, cada vez más cerca, como si una fuerza irresistible lo guiara hacia la fuente de aquella voz. La canción se detuvo, y Robert, dominado por la expectación, asomó la cabeza por encima de los setos recortados con cuidado. Entonces la vio, y todo pareció detenerse.

Capítulo 3

Entre los tulipanes violetas, bajo la luz suave del sol, emergió la figura de una mujer, y por un instante, Robert creyó estar contemplando a una sirena que había encontrado refugio en tierra. Ella estaba absorta en la delicada tarea de cortar las flores, y antes de colocarlas con cuidado en una cesta de mimbre que colgaba de su brazo, les murmuraba algo con ternura, palabras que él no lograba entender. ¿Qué les estaría diciendo? ¿Les hablaba de su belleza efímera? ¿Les agradecía por iluminar, con sus colores vibrantes, el hogar marcado por la sombra de Clara?

La joven vestía un sencillo vestido de algodón grisáceo, limpio pero desgastado, con un delantal blanco que llevaba las huellas de su trabajo diario. A pesar de su modestia, había en sus gestos una dulzura y una gracia que parecían irradiar una luz capaz de disipar cualquier penumbra. Cada movimiento hablaba de amor y ternura, un lenguaje sin palabras que cautivó a Robert al instante.

—Buenos días —saludó el capitán, rompiendo el hechizo con su voz profunda, aunque suave, incapaz de resistir la necesidad de acercarse a ella.

La joven soltó un leve gemido de sorpresa; las tijeras resbalaron

de sus dedos y cayeron al suelo con un sonido apenas audible. Se irguió con rapidez y lo miró, un rubor cálido teñía sus mejillas. Supo al instante quién era ese hombre: el hermano del baronet, cuya presencia había visto a lo lejos en contadas ocasiones.

—Bue… buenos días, señor Robert Horner —balbuceó, y aún titubeando se corrigió de inmediato—. Disculpe, quise decir capitán. Yo… soy Denise Beard.

Los ojos de ambos se encontraron, y en ese instante se desató algo más profundo que las palabras. Ella, que nunca lo había tenido tan cerca, quedó impresionada por su constitución fuerte y musculosa, pero no sintió miedo, solo una extraña y cálida fascinación. Su piel bronceada por el sol, sus ojos azules como un cielo despejado, y esa pequeña cicatriz en el labio superior, que le confería un aire rudo y rebelde, se grabaron en su memoria. Sin embargo, lo que más le desconcertó fue la ternura que ocultaban sus rasgos severos, una dulzura inesperada que le hizo cosquillas en el estómago. Tragó saliva e intentó mantenerse firme, aunque sus rodillas temblaban con ligereza.

Por su parte, Robert se quedó mirándola con una expresión embelesada en el rostro. La luz del sol parecía reflejarse en sus ojos color avellana, y en ellos encontró un fulgor que lo desarmó por completo. Algo despertó en su interior, algo que iba más allá de lo físico. Porque sí, era hermosa, con un rostro ovalado y un rubor natural en sus mejillas que la hacían todavía más cautivadora. Pero no era solo eso: en ella había una luz interior, un encanto innegable que contrastaba con la falsedad de las damas de la alta sociedad. Era real, tangible, y su presencia encendió en él una llama que no lograba comprender.

Un deseo, puro y sorpresivo, nació en Denise al encontrarse cara a cara con el capitán. Casi sin darse cuenta, llevó la mano a su moño

rubio oscuro, y se aseguró de que no hubiera mechones fuera de lugar. Luego, con un gesto automático, se pasó las palmas por el delantal para adecentar un aspecto que sabía humilde, pero a la vez digno. Una voz en su interior la reprendió: ¿qué estaba haciendo?

Sabía que no podía aspirar a agradarle a un hombre como él, un héroe de guerra que había desterrado a la peor banda de piratas, liderada por el temido Víctor, apodado El Cuervo. En los salones de la aristocracia, ya se especulaba que una de las damas solteras se convertiría en su esposa, que fuera perfecta en su estirpe y estatus. Denise, consciente de su realidad como sirvienta, hizo un esfuerzo por volver a esa verdad dura y cruel, donde agradarle al capitán era tan imposible como detener el curso de un rayo.

—¿Necesita algo, capitán Horner? —preguntó con un tono controlado, mientras su mente divagaba intentando descifrar las razones de su presencia en el jardín.

Robert cruzó el seto con la mirada fija en ella, pero la desvió hacia las flores dispuestas en la cesta con un cuidado meticuloso, como si cada pétalo guardara un secreto.

—¿Qué haces con los tulipanes?

Denise se inclinó lo justo para tomar el asa de la cesta, que colocó en el pliegue de su codo mientras sus dedos rozaban los pétalos con una delicadeza que parecía un ritual. La luz del sol se derramaba sobre ella, la iluminaba como si fuera una joya escondida, y Robert, por un instante, perdió el aliento. Su corazón latía con fuerza, atrapado entre esa visión y una sensación que aún no lograba comprender.

—Uno de mis cometidos diarios es confeccionar ramos para los jarrones —respondió con suavidad, como si la tranquilidad de la tarea la protegiera de la intensidad de su mirada.

El capitán esbozó una sonrisa que Denise no supo interpretar.

—En mi alcoba hay un ramo seco.

Denise parpadeó, interpretó sus palabras como una reprimenda. Se apresuró a corregir lo que consideraba su error.

—Yo me encargo de limpiar su alcoba, y precisamente hace un rato he retirado las flores secas para cambiarlas por frescas. Me aseguraré de que siempre haya un ramo en condiciones en su aposento a partir de hoy, capitán Horner. —Agachó la cabeza, un gesto que denotaba culpa—. Por favor, disculpe mi torpeza.

Robert apretó la mandíbula; su falta de tacto le pesaba como una carga innecesaria. En ningún momento había tenido intención de regañarla.

—Denise, no hace falta que te disculpes. Nunca pedí que subieran flores frescas a mi alcoba cada día.

Ella alzó la cabeza y, por un momento, Robert se perdió en la intensidad de sus ojos color avellana. En esa mirada vio algo más profundo: alivio, pero también una ternura que lo desarmaba.

—Entonces, ¿querrá flores frescas cada día a partir de ahora? —preguntó con una mezcla de timidez y curiosidad.

—Sí, me encantaría —susurró, sentía que sus palabras eran más una confesión que una respuesta.

Denise esbozó una sonrisa tímida que iluminó sus ojos, pero fue suficiente para que el capitán deseara verla sonreír una y otra vez. Esa luz, tan inesperada y genuina, encendió algo en él, algo que iba más allá de las palabras.

—¿Siempre acudes a esta hora al jardín? —preguntó, en su intento por alargar el momento, como si quisiera retenerla allí.

La muchacha titubeó, consciente de que el tiempo apremiaba y de las tareas que aún le aguardaban en la lavandería, donde Beatrice la esperaba con impaciencia.

—Sí, capitán Horner, como le he dicho, uno de mis cometidos es

recoger flores para los ramos. —Hizo una reverencia—. Si me disculpa, tengo que marcharme.

Denise avanzó, y para salir del parterre tuvo que pasar cerca de él, tanto que pudo sentir su mirada intensa sobre su piel. Esa mirada, azul como un cielo despejado, la envolvió como la caricia de una brisa que llegaba inesperada y se la llevaba consigo. El aroma del capitán, un olor a mar impregnado de libertad y misterio, la alcanzó, y en su interior sintió que algo despertaba. Era como si una ola inmensa la atrapara, empujándola hacia él en un impulso que la desconcertó. Su cuerpo tembló, y apuró el paso para escapar de un hombre que, sin saberlo, había provocado en ella sensaciones que nunca antes había experimentado.

***

Era de noche, y Robert se dirigía a Ashbourne House, la mansión de lord Alistair Blackwood y su hija, lady Eleanora Blackwood. Ubicada en el exclusivo Mayfair, la propiedad era conocida no solo por su imponente arquitectura, sino también por los eventos que albergaba, auténticos desfiles de elegancia y poder. Esa noche, una cena y un baile reunirían a la crema de la aristocracia londinense, y entre ellos, Robert estaba llamado a ser una figura destacada.

El carruaje se detuvo frente a la majestuosa entrada y un lacayo uniformado le abrió la portezuela con un ademán ceremonioso. Robert descendió con la misma naturalidad con que enfrentaba las tormentas en alta mar. Su uniforme de gala irradiaba autoridad y distinción: la casaca azul oscuro se ajustaba a su figura como si la tela hubiera sido moldeada para él. Destacaba sus botones dorados grabados con delicadas anclas, símbolo de su afiliación y rango. En los hombros, las charreteras doradas brillaban como soles, un

recordatorio inequívoco de su posición de capitán. Las mangas lucían un galón dorado que serpenteaba con precisión, y añadía a su porte un aire casi regio.

Bajo la casaca, una camisa blanca de cuello alto y almidonado a la perfección proyectaba pureza y sobriedad, complementada por un chaleco oscuro que realzaba la simetría de su atuendo. Los pantalones rectos, del mismo tono azul marino, llevaban una fina línea dorada en los laterales, guiaba la vista hacia los zapatos formales que había adoptado con cierta resignación. Estos, impecables, con una hebilla metálica grabada con el emblema de la Marina Real —ancla, corona y laurel—, reemplazaban sus queridas botas, símbolo de sus días en acción. Pendía de su cinto una espada ceremonial, no como arma, sino como un testamento a su lealtad, honor y deber. Brillaba de manera sutil bajo la luz de las lámparas exteriores.

Con un gesto medido, Robert ajustó su sombrero bicornio negro antes de alzar la vista hacia Ashbourne House. La mansión se alzaba imponente entre jardines resplandecientes, cerrados por verjas de hierro forjado que parecían custodiar un mundo aparte. Las columnas neoclásicas y los altos ventanales, bañados en un resplandor cálido que escapaba del interior, parecían observarlo con muda aprobación. Ya había numerosos asistentes al evento, figuras envueltas en trajes y vestidos que reflejaban el esplendor de la velada.

Dentro el espectáculo era igual de deslumbrante. Techos altos pintados con frescos, lámparas de araña que colgaban como constelaciones de cristal y ventanales tan vastos que parecían invitar a la luna misma. Lord Alistair Blackwood y lady Eleanora Blackwood, acompañados por el maestro de ceremonias, recibían a sus invitados con toda la gracia que dictaba su posición. Era sabido que Eleanora

había debutado esa temporada, y su belleza, combinada con la riqueza de su padre, la convertía en una joven deseada por muchos. Pero su atención estaba lejos de los aspirantes: sus ojos buscaban al capitán.

Robert cruzó la entrada, y fue como si el tiempo se detuviera. Las miradas se volvieron hacia él, una mezcla de admiración y envidia; se detenían en cada detalle de las insignias que lucía. Sobre el lado derecho de su pecho, la estrella de Servicio Distinguido brillaba con sobriedad, mientras que la medalla de la Batalla de Trafalgar, anclada sobre su corazón, hablaba de su valentía en los mares. Más arriba, el broche dorado con esmalte rojo de la Order of the Bath relucía junto a la cinta que cruzaba su pecho, un símbolo inconfundible de su dedicación y sacrificio.

Eleanora, al verlo rodeado por un grupo de damas ansiosas por captar su atención, no tardó en abrirse paso entre ellas. Su andar decidido, combinado con la sutileza de una dama noble, hizo que las demás retrocedieran con una mezcla de resignación y respeto.

—¡Oh, Robert, estoy tan contenta de que hayas venido! —exclamó con un tono que no intentó ocultar la calidez de su afecto.

Eran muchos los paseos y las tazas de té compartidas entre ambos, por lo que habían dejado a un lado la formalidad en el trato. A esas alturas no era un secreto para nadie que existía un interés mutuo que trascendía lo superficial. Robert inclinó la cabeza con un gesto leve, su reverencia estaba impregnada de un encanto natural.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo —respondió, su voz profunda acarició cada palabra como si fueran para ella sola.

La dama llevaba un atuendo digno de su posición como anfitriona, diseñado para dominar todas las miradas. Había dedicado horas a perfeccionarse, consciente de que ninguna otra mujer debía relucir como ella. Su vestido, confeccionado en satén de color marfil,

brillaba bajo la luz de las lámparas con la misma intensidad que la luna llena en la oscuridad del cielo. El escote redondeado, decorado con intrincados bordados florales en hilo dorado, sugería una delicadeza que se extendía a las mangas cortas abullonadas. Estas dejaban entrever unos brazos cubiertos por guantes largos de seda blanca tan suaves como su piel.

La cintura, ajustada al estilo imperio, llevaba una cinta de seda en tono oro viejo, cuya caída en forma de cascada terminaba en la fluida falda de muselina. La falda, adornada por bordados de perlas y detalles dorados, daba la impresión de que cada paso de Eleanora tejía un resplandor en el aire. En su cabello rubio cenizo, recogido en un moño bajo de precisión exquisita, cintas doradas se entrelazaban como hilos de luz, mientras que una tiara delicada, con diminutos diamantes y perlas, completaba el conjunto. El collar de perlas que adornaba su cuello parecía una prolongación natural de su elegancia.

Robert la observaba, atrapado por su belleza y la perfección de sus gestos. Su rostro, armonioso y de pómulos altos, mostraba unos labios tan delicados como la curvatura de un pétalo. Pero lo que realmente lo desarmaba era su mirada; esos ojos, que fluctuaban entre el verde y el azul, parecían portar un océano completo en cada pestañeo. Sin embargo, justo cuando una sensación de admiración se instalaba en él, una punzada lo atravesó como una espina: el pensamiento de tenerla como esposa desató un dolor inexplicable. El perfume de lavanda y bergamota que la dama portaba lo envolvió con frescura y sofisticación, aunque en su mente persistía el aroma de los tulipanes de Denise, y lo transportó de inmediato al jardín de Tarraco Palace. Deseó que la noche pasara rápido para que llegara un nuevo día en el que acudiría al jardín para volverla a ver. Entonces su corazón se emocionó solo de imaginarlo.

Alistair apareció entonces, imponente con su frac negro de botones plateados, un pañuelo alrededor del cuello rematado con una aguja de diamantes y calzas oscuras que resaltaban su delgadez. Sus canas, que decoraban un cabello oscuro, hablaban de su medio siglo de vida, mientras que la leve curvatura de su espalda no lograba reducir la importancia de su linaje aristocrático.

—Capitán Horner, es un verdadero honor tenerlo en Ashbourne House.

—Milord —contestó Robert con una reverencia—. Justamente le decía a su hija que no habría faltado por nada del mundo.

La sonrisa de Alistair era fría y calculada, una expresión desprovista de calidez que revelaba más a un intrigante maestro de juego que a un anfitrión acogedor. Robert sintió cómo su espalda se tensaba bajo la inspección penetrante del conde, que no dejaba de mirarlo de arriba abajo. No lo hacía con admiración, sino con algo más profundo y perturbador que no le supo poner nombre.

—Eleanora se ha asegurado de que esta noche sea perfecta —mencionó Alistair, pero su tono, aunque adulador, llevaba un peso implícito, como si cada palabra estuviera cargada de intención. Miró a su hija—. ¿Verdad, querida? Nada se te resiste.

La dama respondió con una risa suave que iluminó su rostro, y Robert, sin poder evitarlo, le dedicó una mirada que la hizo sonrojar.

—Estoy seguro de ello. Es una anfitriona excelente.

El conde ladeó la cabeza, como si analizara cada palabra. La tensión se apretaba entre ellos como una cuerda invisible, y aunque Robert respondió con la cortesía que se esperaba de él, notaba una creciente incomodidad, como si estuviera en altamar enfrentándose a un enemigo que aún no había revelado sus cartas.

—Es una joven capaz, sin duda —manifestó el padre—. Cuando llegue el día de su boda y se marche, Ashbourne House no será lo

mismo sin ella.

—Oh, papá, por favor —intervino Eleanora, riendo con nerviosismo—. Me estás avergonzando delante del capitán con tantos halagos.

Cada palabra del conde parecía calculada, como si midiera no solo las respuestas del capitán, sino también sus silencios. Sin duda, era un hombre inquietante, y a Robert no le gustaba la manera en que el semblante de Alistair mantenía la dureza de alguien acostumbrado a dar órdenes y obtener resultados. Además, sus ojos negros brillaban con la ambición implacable de quien no acepta un «no» como respuesta.

—La modestia no te hace justicia, hija mía. —Volvió su atención a Robert, con la mirada afilada—. ¿No cree que su esposo será un hombre con suerte, capitán Horner?

La pregunta cayó como un peso en el ambiente. Eleanora lo miraba expectante, casi conteniendo la respiración, mientras Robert sentía un nudo formarse en su garganta. Estaba dispuesto a pedirle matrimonio la semana siguiente, pero algo dentro de él se resistía a dejar que sus intenciones fueran tan evidentes, como si admitirlo le arrebatara el control.

—No lo pongo en duda, milord —contestó al fin, con una voz firme pero carente de entusiasmo.

La dama ocultó con destreza la decepción que le provocó la tibieza de su respuesta, había esperado más, una especie de declaración velada. La mano de Eleanora se deslizó con suavidad por el codo del capitán, y, con un gesto elegante, señaló hacia el comedor.

—Acompáñeme, Robert. Los demás comensales nos esperan.

Durante la cena, el ambiente fue un espectáculo de esplendor. Entre elogios y conversaciones sutiles, los sirvientes se movían como sombras elegantes. Sirvieron sopa en delicadas tazas de porcelana,

seguido de platos de filete de venado en salsas dulces que llenaban el aire con su fragancia. Pero para Robert, la cena se había convertido en un escenario donde se desarrollaba una obra de la cual no formaba parte. Y cada sonrisa y cada palabra que intercambiaba con Eleanora eran una batalla interna. Incluso el *charlotte russe*, con sus frutas frescas y capas de crema, parecía un lujo lejano comparado con el peso de sus pensamientos. Porque su mente, traicionera, insistía en llevarlo de vuelta al jardín donde Denise lo esperaba sin más que un sencillo vestido y tulipanes.

Después, fueron al salón de baile, decorado con el esplendor de una noche celestial. Las imponentes columnas que enmarcaban la sala parecían llegar al firmamento, mientras las lámparas de cristal, suspendidas como constelaciones, lanzaban destellos que se reflejaban en el mármol pulido del suelo. Sin embargo, Robert apenas era consciente de la exquisitez que lo rodeaba, pues las risas y los murmullos de las conversaciones parecían ahogarlo más con cada minuto.

Exhaló aire un par de veces; algo más recompuesto se obligó a recuperar la compostura y le pidió un baile a Eleanora. Ambos fueron hacia la pista, donde las miradas de los invitados se posaron sobre ellos. Era una pareja que atraía la atención: la anfitriona resplandecía con su vestido de gala y el capitán con su imponente presencia.

—¿Estás preparado para este desafío? —preguntó Eleanora con una sonrisa juguetona mientras lo guiaba hacia su lugar en la formación.

Robert, cuyo semblante serio rara vez se quebraba, permitió que una leve sonrisa asomara a sus labios.

—Siempre estoy listo para una nueva maniobra, si no fuera así, no hubiera llegado a capitán —contestó, con un tono entre formal y casi

cómplice.

En un extremo del salón de baile, elevado sobre una tarima para ser visto por todos, se encontraba el maestro de ceremonias. Su porte impecable y su chaqueta negra de botones dorados le conferían un aire de autoridad indiscutible. Sostenía una varita ornamental en la mano, que utilizaba tanto para señalar a los músicos como para indicar a los invitados dónde debían posicionarse.

Con una voz firme, clara y medida, que resonó por encima de los murmullos de los asistentes, anunció:

—Damas y caballeros, nos honraremos con un *Country Dance* para abrir este espléndido baile. Les ruego que formen las filas correspondientes y que se preparen para el inicio de la danza.

Al compás de su voz, los músicos comenzaron a afinar sus instrumentos, y el salón, que un momento antes estaba lleno de conversaciones animadas, se llenó de movimientos ordenados. Las parejas comenzaron a alinearse, algunas con pasos decididos, otras con risas nerviosas. El maestro de ceremonias supervisaba cada detalle, se aseguraba de que la formación estuviera perfecta. De vez en cuando hacía un gesto con su varita para guiar a alguna pareja que dudaba sobre su lugar.

Cuando todos estuvieron en posición, levantó la varita con elegancia y giró hacia los músicos.

—¡Y ahora, que comience la música!

Los primeros acordes de la danza llenaron el salón, y las parejas empezaron a moverse al compás. Seguían la coreografía que el maestro de ceremonias narraba con precisión. Los invitados que no bailaban contemplaban la escena con una fusión de felicidad y expectación brillando en sus ojos.

—¡Cruce de damas! ¡Giro a la derecha! —anunciaba con voz

vibrante, mientras las damas, con sonrisas radiantes, giraban alrededor de sus compañeros.

Su presencia, sin ser intrusiva, no pasaba desapercibida; era el núcleo silencioso que mantenía la armonía de ese baile elegante y vigorizante. Incluso Robert, que rara vez se dejaba llevar por el protocolo social, pues estaba acostumbrado a la disciplina y al orden, no pudo evitar notar la seguridad con la que el maestro dirigía el evento, como un timonel que guiaba su barco a través de un mar de vestidos ondeantes y risas.

Robert pronto descubrió que el baile tenía su propia lógica, su propio encanto, una coreografía que requería no solo precisión, sino también una conexión fluida con su pareja. Eleanora reía con suavidad mientras giraba con gracia, sus pasos eran ligeros, como si flotara en lugar de moverse.

—Veo que no le temes a nada —comentó ella entre movimientos, su mirada denotaba cierta diversión contenida—. Ni siquiera a una dama con intenciones de hacerte tropezar.

—Un buen marinero nunca pierde el equilibrio —respondió él con una expresión firme en el rostro mientras la hacía girar.

A medida que la música alcanzaba un crescendo, los asistentes aplaudían al compás; el ambiente era vibrante y lleno de energía. Los destellos de las lámparas de araña creaban destellos dorados, que parecían bailar junto con ellos. Sin embargo, mientras Eleanora se mostraba radiante en su papel de anfitriona y pareja, Robert sentía que su mente vagaba lejos, hacia unos ojos color avellana que no había olvidado.

Eleanora notó su distracción, de hecho había percibido cierta dispersión durante la cena. Le apretó la mano ligeramente.

—Robert —dijo en un susurro apenas audible—. ¿Todo está bien?

Él asintió de golpe, como si hubiera salido de un trance, y retomó

su papel en el baile. Pero las emociones que bullían en su interior eran como las olas que chocaban contra un casco firme, y lo erosionaban poco a poco. Cuando la música terminó y el público aplaudió con efusividad, Robert hizo una reverencia a Eleanora.

—Bailas maravillosamente —reconoció él con sinceridad.

—Gracias, capitán. Aunque debo admitir que todo es más fácil cuando tengo un compañero como tú —respondió ella con una calidez que iluminaba su rostro.

La dama no escondía lo mucho que él le agradaba, cada mirada, cada palabra era una velada declaración de amor. Y Robert se sintió culpable por no poder corresponderle de la misma manera. Necesitó tomar aire.

—Discúlpame, hace calor aquí dentro, salgo un momento.

El aire fresco de la terraza le ofreció un respiro. Allí, con una copa de champán en la mano, Eleanora intentó romper el silencio.

—Robert, ¿qué sucede? —Sus palabras eran más una súplica que una pregunta—.Toda la noche has estado distante.

—Discúlpame —respondió el capitán, evitando su mirada—. Ha sido un día complicado.

—¿Es por tu hermano?

La conversación se volvió un muro que Robert no deseaba saltar. Los ojos comprensivos de Eleanora y su mano sobre su brazo no despertaron nada en él. Nada. Y eso lo enfurecía. Debería quererla, debería sentir algo, pero en lugar de eso, todo lo que su corazón podía ofrecerle era vacío.

—No es nada, Eleanora. No te preocupes —manifestó zanjando el tema.

Cuando abandonó Ashbourne House, una inquietud lo atrapó. Una sensación conocida, esa advertencia en la nuca que había aprendido a escuchar en las batallas. Unos pasos furtivos, una sombra en la

oscuridad. Alguien más estaba allí, acechando. ¿Pero quién?

Capítulo 4

Ashbourne House quedó envuelta en un silencio absoluto tras la partida de los invitados, un silencio que parecía amplificar los secretos que habitaban sus paredes. Eleanora, ajena a todo, descansaba ya en su alcoba, mientras su padre, el conde de Blackwood, era incapaz de conciliar el sueño.

Acababa de salir de la zona de servicio, de la alcoba de una de las sirvientas, a las que obligaba a yacer con él si no querían ser despedidas. Ni tan solo ese rato de placer había conseguido que disminuyera su mal humor. Su mente, un torbellino de intrigas y ambiciones, giraba en torno a un único pensamiento: encontrar un sucesor para Víctor, conocido como El Cuervo, quien había liderado la banda de piratas más temida de todos los tiempos.

La alianza secreta entre el conde y ese delincuente no solo había sido fructífera, sino que había cimentado el imperio de riqueza y poder que ahora ostentaba. Blackwood, con sus influencias dentro de la aristocracia, se encargaba de obtener información privilegiada sobre los barcos que transportaban a los más ricos. Luego, El Cuervo y su banda llevaban a cabo los saqueos con precisión y brutalidad. Las ganancias, divididas entre ambos, le había permitido al conde

disfrutar de una existencia de lujos desenfrenados, una vida a la que no estaba dispuesto a renunciar.

Pero el capitán Robert Horner lo había destruido todo. El hombre que cortejaba a su hija había desmantelado la banda y extinguido la figura implacable de El Cuervo. Por ello, Blackwood albergaba un profundo odio hacia Horner, pero también una amarga paradoja: la posibilidad de tenerlo como yerno, lo que elevaría aún más su estatus en la alta sociedad. La dualidad entre venganza y ambición lo consumía, lo hacía sentirse que cada decisión abría una brecha en su propio imperio.

A pesar de todo, no pensaba rendirse. Sabía que era cuestión de tiempo encontrar al hombre adecuado para liderar una nueva banda de piratas, alguien con la misma ferocidad y crueldad que había definido a El Cuervo. Pero la escasez de candidatos lo frustraba; sin duda necesitaba despejar su mente. Decidió que un puro y una copa de jerez en su salón privado, ubicado en el ala este de la mansión, serían el preludio ideal para confeccionar una lista de posibles sucesores.

Sin embargo, cuando cruzó el umbral del salón, algo rompió la monotonía de sus pensamientos. Sus ojos se abrieron con incredulidad, las pupilas se dilataron por la sorpresa y su pulso se aceleró. La sonrisa torcida que poco a poco se extendió por su rostro, ya de por sí cruel, adquirió un matiz peligroso. La penumbra del pasado se había materializado ante él, recordándole que la traición y la sorpresa podían estar al acecho

—Me alegra que hayas regresado del mundo de los muertos, Víctor —dijo, su voz estaba impregnada de satisfacción, y también de amenaza. Aun así, dejaba entrever cierto desconcierto detrás de su tono.

Víctor, conocido como El Cuervo, se hallaba en un sillón de cuero

frente al escritorio de madera oscura. Su presencia era imponente: un rostro anguloso y una mirada oscura penetrante, de tinte malicioso, hacían que cada palabra suya resonase con innegable autoridad. La cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda atestiguaba una vida de violencia, mientras la bandana oscura que envolvía su cabello desordenado resaltaba los mechones rebeldes y le confería un aire enigmático. Con las mangas de su camisa blanca arremangadas, dejaba al descubierto tatuajes. Según contaban las habladurías, cada uno representaba a un enemigo al que había aniquilado. Entre sus dedos, sostenía una copa de jerez que giraba como si tuviera todo el tiempo del mundo, mientras la luz parpadeante de las velas esculpía sombras que parecían ocultar sus más despiadados secretos.

—¿Sorprendido, milord? —preguntó Víctor con una voz grave y burlona, mientras llevaba la copa a sus labios—. Los muertos siempre encuentran su camino de regreso, si tienen asuntos pendientes.

Con pasos medidos, Blackwood se acercó, cada pisada resonaba con suavidad sobre la alfombra de terciopelo. Aunque su sonrisa maliciosa se mostraba inamovible, en su interior una lucha silenciosa se gestaba: entre la ambición despiadada que le impulsaba y un temor reprimido, fruto de viejas traiciones.

—No esperaba verte vivo —admitió Blackwood mientras tomaba asiento frente a él—, pero debo decir que es un giro... interesante. Según mis informaciones, caíste malherido al mar. ¿Cómo fue posible tu milagrosa supervivencia?

—La herida que el capitán Horner me infligió con su espada no fue tan profunda, milord. Era de noche, mi barco fue destruido, y por fortuna, hallé una tabla que me permitió aferrarme a la vida. La corriente me llevó hasta la orilla de un acantilado —narró Víctor con

una calma que desmentía su pasado tumultuoso.

—¿Y tus hombres? —inquirió Blackwood, con la curiosidad y desdén vibrar en la voz.

—Murieron todos —respondió Víctor en un siseo cargado de rabia, como si cada palabra pesara en la balanza de su destino.

—Entonces, tuviste suerte.

Víctor dejó la copa sobre la mesa con un gesto controlado, y su mirada oscura se clavó en la del conde como una daga.

—Digamos que la muerte nunca ha sido mi destino, aunque admito que el capitán Horner hizo todo lo posible por conseguirlo.

Blackwood se inclinó apenas hacia adelante, sus dedos tamborilearon sobre el brazo del sillón, marcando un compás macabro que parecía acompañar el latir errático de su corazón.

—Ese hombre ha sido un problema en más de un frente. ¿Qué quieres? ¿Venganza? ¿Recuperar tu lugar?

El Cuervo soltó una risa baja.

—Desde luego. Quiero acabar con el capitán Horner y tras eliminarlo, forjaremos juntos algo mucho más grande. Imagina un reino donde el poder y la riqueza se fusionen de tal forma que, ante nuestra fuerza, hasta los más orgullosos se inclinen. Pero necesitaré tu ayuda.

En ese preciso instante, el ambiente vibró con una tensión inesperada. La determinación de Blackwood se encontró con un repentino estremecimiento interno: la posibilidad de ver su imperio fracasar se hacía casi tangible. Un recuerdo vago de errores pasados, una traición casi olvidada, se abrió paso por sus pensamientos, recordándole que las alianzas pueden ser tan volubles como el viento.

Hubo una vez que El Cuervo conspiró en su contra, justo cuando su asociación alcanzaba su máximo apogeo. Ambos habían ideado

una operación crucial para interceptar un cargamento de bienes invaluables. El plan era tan arriesgado como prometedor: un audaz golpe en alta mar que les aseguraría no solo riquezas, sino también la reputación de invencibles en sus círculos clandestinos. Serían temidos y envidiados, y nadie osaría hacerles frente.

Sin embargo, Víctor sintió cómo la codicia personal y la sed de poder lo empujaban a actuar por cuenta propia. En lugar de seguir con la estrategia acordada, se reunió en secreto con un grupo rival. En ese encuentro secreto vendió parte de la información crucial sobre la operación, e incluso desvió una porción significativa del botín para sí mismo. Pero cuando la verdad salió a la luz, a El Cuervo no le quedó más remedio que reconocer su falta de lealtad y Blackwood tuvo que abortar la operación. Sufrió una herida en su orgullo y confianza que aún marcaba la relación entre ambos.

La cicatriz de la traición provocaba que el conde pusiera cada trato bajo lupa, al mismo tiempo, la necesidad de devolverle la deslealtad crecía cada día. Pero también estaba la necesidad de utilizar a Víctor para sus fines delictivos, dada su habilidad y astucia; y no podía prescindir de él.

De modo que tras esa breve duda, la mirada del conde se endureció y tomó una decisión irrevocable. Su ambición no le permitía tomar la contraria.

—Estoy dispuesto a escuchar —dijo Blackwood al fin, se sirvió un trago de jerez y levantó su copa en señal de acuerdo—, pero no me decepciones, Víctor. La próxima vez que caigas, no habrá regreso.

El Cuervo alzó su copa, en sus ojos ardía un desafío renovado, una promesa de venganza y ambición imparable.

—Milord, te aseguro que esta vez nada ni nadie nos detendrá. Ni el capitán Horner, por muy héroe que sea. Hoy, marca el inicio de una nueva era, donde la sangre, el poder y la ambición sean la única

ley.

***

A Robert le apasionaba cabalgar por Olympo Park, sentir cómo el aire fresco le llenaba los pulmones, y adentrarse en Artemis Forest, ese bosque cuya esencia parecía tener el poder de calmar hasta los corazones más afligidos. Pero ni siquiera la serenidad del bosque podía acallar la tormenta que rugía en su interior: un tumulto de rayos desgarradores, truenos inquietantes y un granizo helado que erosionaba su espíritu con cada embate. Cada jornada era una lucha titánica contra ese caos que amenazaba con consumirlo.

Por un lado, estaba el peso implacable de su linaje. Una herencia que se aferraba a sus hombros como un yugo pesado, agotándolo hasta la exasperación. Por otro, el grito desgarrador de su corazón, una llamada silenciosa pero persistente que le instaba a romper las cuerdas que cada día lo atrapaban con más fuerza. Sin embargo, bastaba con pensar en Bryce, en la tristeza amarga que marcaba su vida rota, para arrancarlo de su propia autocompasión. Entonces, Robert enderezaba la espalda, apretaba los puños y se convencía de que, pese a su sufrimiento, estaba haciendo lo correcto. Su deber era honrar a su apellido y cumplir con el pacto al que había llegado con su hermano. Casarse con Eleanora era su destino.

Tras entregar su montura al mozo de cuadra, se dirigió a su alcoba para cambiarse. Al abrir la puerta, algo captó su atención de inmediato: un ramo de tulipanes descansaba en un jarrón de delicada porcelana sobre la repisa de la chimenea. Los colores vibrantes de las flores llenaban la estancia con un resplandor cálido, como si un arco iris hubiera descendido para acariciar cada rincón. Sin darse cuenta, sus pies lo llevaron hacia ellas. Sus dedos, casi

temblorosos, recorrieron los pétalos con la misma delicadeza que si estuviese tocando un recuerdo sagrado. «Aún queda belleza, Robert. Aún queda esperanza», se dijo mientras una sonrisa asomaba en su rostro. Denise. Su nombre se filtró en su mente con la sutileza de un susurro, pero se asentó con la fuerza de un ancla en plena tempestad.

La urgencia por verla creció en su interior como una llama intensa y voraz. Con determinación, se quitó el traje de montar y se vistió con su uniforme menos formal, ese que le confería un aire relajado, pero impecable. No tenía ayuda de cámara, pues en alta mar había aprendido a prescindir de los privilegios de su clase social. Con movimientos rápidos y precisos, se arregló por su cuenta, cada gesto reflejaba la destreza adquirida en años de disciplina.

Al salir de su alcoba, se dirigió al jardín. La primavera mostraba su esplendor: el cielo se extendía como un lienzo azul pincelado con nubes errantes que corrían apresuradas por la caricia del viento suave. El sol, con su luz tibia, bañaba la tierra, envolviendo todo en una claridad que parecía mimar más que iluminar. Robert inhaló profundo, y permitió que el aroma de flores se filtrara por su nariz. Entonces, una melodía llegó a sus oídos, ligera, envolvente, como un murmullo en la noche.

Era ella. Denise recogía claveles y margaritas con movimientos gráciles, casi etéreos. Alrededor de ella, mariposas de colores revoloteaban en un baile delicado, como si estuvieran celebrando el regreso de su reina al paraíso. La imagen golpeó el corazón del capitán como un rayo y dejó una marca imborrable. En ese instante, supo que la recordaría siempre. Pero más que un recuerdo, la visión de Denise se transformó en un anhelo, en un faro de luz que iluminaba los confines oscuros de su tormenta interior.

—Buenos días —saludó él, se acercó con una confianza que

parecía desafiar la quietud de la mañana.

La sirvienta se sobresaltó ante su presencia, y al cruzarse sus miradas, ella esbozó una tímida sonrisa, que le arrancó un paréntesis de silencio al capitán, cuyos latidos parecieron detenerse. La mirada avellana de Denise era como un campo sembrado de estrellas, y su sonrisa, una caricia que se colaba en los recovecos del alma.

Denise se incorporó, se sacudió con delicadeza el delantal manchado de tierra. Al instante, su boca cinceló una ligera mueca que delataba el dolor de unas manos agrietadas y resecas, resultado de una larga jornada en la lavandería. Aun así no dejó que empañara su semblante y se obligó a mantener la compostura.

—Buenos días, capitán Horner —dijo en un susurro, casi como si temiera romper el hechizo del instante.

—He visto el ramo de tulipanes en mi alcoba —manifestó él, posó la mirada en la cesta de mimbre repleta de flores. Con un tono casi confidencial, añadió—: Y los claveles y margaritas también me resultan encantadores.

Ella asintió con timidez, agachó la mirada por miedo. Un anhelo nació en lo más profundo de su ser y temió que fuera demasiado evidente en su mirada.

Cada palabra, cada pausa, vibraba con la intensidad de un secreto compartido. Denise apenas podía articular palabra; tener al capitán Horner tan cerca la emocionaba, y su cuerpo temblaba con la sutileza de un pétalo caer en el agua. En la profundidad de su mirada, percibía los relatos y las cicatrices del hombre que había cruzado mares embravecidos, combatido tormentas y derrotado a malvados. Esa imagen le otorgaba una seguridad que nunca había conocido, aun cuando su posición social parecía dictar lo contrario.

Robert, con aguda sensibilidad, notó las huellas del trabajo en las manos de la sirvienta. Consciente de las laceraciones que la vida en

alta mar y las duras jornadas podían causar, se acercó y tomó sus manos entre las suyas para examinarlas. De inmediato, Denise se estremeció; sus ojos se abrieron con sorpresa y su labio inferior tembló, revelaba el conflicto entre el deber de mantenerse alejada de él y una emoción mucho más íntima.

—¿Te duelen? —preguntó Robert con la voz impregnada de verdadera preocupación, sin medir el impacto que su gesto pudiera provocar.

Por un instante, Denise titubeó. Sus mejillas se sonrojaron, y entre palabras entrecortadas, respondió:

—Bueno, sí… Ayer estuve toda la tarde lavando ropa.

Sin perder detalle, el capitán asintió, y con voz suave anunció:

—Espera un momento; tengo un ungüento que obra milagros.

Con movimientos casi urgentes, Horner se alejó. Denise, cautelosa, agarró el asa de su cesta. Deseaba evitar cualquier malentendido, pues adoraba servir en el hogar del distinguido baronet, un hombre que demostraba un respeto inusual hacia sus criados.

Aunque aceleró sus pasos, la distancia no tardó en estrecharse de nuevo. En menos de dos minutos, el capitán reapareció con el ungüento en mano y se acercó. Cogió la cesta con las flores, que portaba Denise, y la depositó en un banco cercano.

—Déjame ayudarte— pidió, desenroscando cuidadosamente un pequeño bote de cristal.

Sus palabras, llenas de una suavidad y consideración inesperadas, ablandaron el corazón de Denise, quien asintió casi sin darse cuenta. Robert tomó una porción del ungüento cremoso, del tono delicado a marfil, y lo aplicó con suma lentitud sobre las manos de la muchacha. Cada roce suyo le arrancaba un leve gemido, que ella se apresuraba a ahogar en su garganta. Al mirarse a los ojos, ambos

parecieron sintonizar en un diálogo silencioso. Las mariposas revoloteaban a su alrededor, como testimonios de una emoción y un sentimiento que apenas empezaba a nacer en sus corazones.

El ambiente se impregnó de una nueva calidez. Un rayo de sol los iluminaba con un esplendor casi celestial, como si la naturaleza misma se inclinara ante ese instante único. El capitán, con movimientos deliberados y una reverencia casi ritual, acariciaba las manos de Denise mientras esparcía la crema. La mirada de ella, brillante de ternura y asombro, parecía contener una pregunta silenciosa: ¿Cómo era posible que un hombre como él, un héroe curtido por las tormentas del mar, rebosara compasión por alguien como ella, una simple sirvienta?

—Gracias, capitán Horner —respondió Denise con voz suave.

Robert sonrió. El intercambio de miradas fue un puente entre dos almas, que desafiaban las barreras impuestas por la rigidez de sus respectivas vidas. E incluso cuando una mariposa se posó con suavidad sobre la mano de Denise, no dejaron de contemplarse con adoración. El sol desplegaba su paleta dorada sobre el jardín e iluminaba los colores de la primavera dotándola del brillo de las gemas preciosas. Con el ungüento aún impregnado en sus dedos, él depositó el bote de cristal en la cesta de mimbre, junto a las flores.

—Puedes quedarte con el ungüento. Le hará bien a tus manos —dijo con una suavidad que desarmaba cualquier intento de protesta. Luego, con una ligera inclinación de cabeza, añadió—: ¿Puedo acompañarte?

Denise titubeó; su corazón, más rápido que su mente, respondió antes de que ella pudiera detenerlo:

—Sí…

Pero mientras sus labios respondían, su razón murmuraba advertencias. No estaba bien aceptar esas muestras de confianza;

no estaba bien permitir que un héroe admirado por todos desdibujara la línea que los separaba. Y, sin embargo, Denise no quería pensar en esas divisiones. Por una vez, deseaba disfrutar de un instante, un breve paréntesis en su existencia antes de regresar a la dureza de su realidad.

Emprendieron un lento caminar por el jardín, sus pasos resonaban sobre la gravilla como el preludio de una sinfonía apenas comenzada. El aroma embriagador de las flores, el murmullo del viento entre los árboles y la calidez de una mirada compartida se conjugaron en un momento perfecto, delicado y sagrado. Allí, en ese jardín bañando en la luz de primavera, dos vidas marcadas por sus propias tormentas encontraron una isla de paz en la compañía mutua.

No obstante, en la magia del instante, ninguno de los dos percibió el carruaje que se detenía frente a Tarraco Palace. El lacayo, con movimientos precisos, abrió la portezuela y permitió que lady Eleanora Blackwood descendiera. La dama, con el porte imperturbable de su linaje, apenas ocultaba la punzaba de pérdida que se había instalado en su pecho y que la había llevado hasta allí. La sensación persistente de la noche anterior de que su capitán se alejaba de ella había despertado una tormenta en su interior. Estaba convencida de que algo le sucedía, era una certeza inquebrantable que crecía más y más. Y no permitiría que esa sombra la acechara en la oscuridad de su incertidumbre.

Sin embargo, lo que vio al poner un pie en el suelo fue más devastador de lo que había anticipado. A través de los setos, vislumbró a Robert caminando junto a una mujer que, a todas luces, no era una noble. Pero no fue la mujer lo que hizo que la bilis subiera hasta su garganta, sino cómo él la miraba: esa mezcla de ternura y devoción que jamás había percibido cuando estaba con

ella. Una oleada de rabia, alimentada por el amargo sabor de los celos, cubrió los ojos de Lady Eleanora con una ferocidad que parecía anticipar la guerra.

Capítulo 5

Lady Eleanora Blackwood avanzó hacia el capitán con pasos apresurados, olvidándose por completo de las formas y la educación propias de su rango. Tras ella, su dama de compañía intentaba seguirle el ritmo, pero al ver el semblante colérico de su señora, prefirió guardar silencio, sin atreverse siquiera a respirar con normalidad. El ruido de las pisadas de la dama rompió la calma del jardín y llamó la atención de Robert y Denise. Ambos se detuvieron; el rostro de la sirvienta quedó tan blanco como el mármol, mientras una sombra de pánico oscurecía su mirada.

El capitán sintió una punzada en el pecho al ver el miedo reflejado en Denise. Era como si el más crudo invierno se hubiera apoderado de su alma. Quiso preguntarle qué la perturbaba de esa manera. Sin embargo, no tuvo oportunidad, pues la dama estaba ya frente a ellos

—Buenos días, Robert —saludó con una voz helada, mientras sus ojos examinaban a la sirvienta de arriba abajo con descaro, tuvo la impresión de que la había visto en otro lugar—. ¿Qué haces aquí con esta muchacha?

El tono exigente de Eleanora traicionaba su compostura. Bien

sabía que estaba poniéndose en ridículo, que esas emociones intensas no eran propias de su estatus, pero los celos la consumían y habían tomado control de su lengua y sus gestos. Él, preocupado, apenas escuchó su pregunta; su atención estaba en Denise, que ahora temblaba con demasiada evidencia. Además tenía los ojos llenos de lágrimas que luchaban por no caer.

La sirvienta retrocedió un paso a fin de poner distancia, pero tropezó con el borde de una piedra. El tambaleo fue tan inesperado que casi pierde el equilibrio, no obstante, Robert reaccionó con rapidez y la sujetó por la cintura para que no perdiera el equilibrio.

El grito ahogado de Eleanora perforó el silencio del jardín. Sus ojos quedaron fijos en la mano del capitán, que sostenía con firmeza a la sirvienta. Apenas podía pestañear, sus labios entreabiertos dejaban escapar su incredulidad. El capitán y Denise se miraron; él detectó un nerviosismo desesperado en las pupilas dilatadas de ella.

—Lo… lo siento —balbuceó la sirvienta, sentía cómo su corazón galopaba. Un nudo se formó en su estómago al darse cuenta de la fuerza y la calidez que emanaban de la mano del capitán en su cintura.

—Ve con cuidado, has estado a punto de caerte —respondió él, con un tono tan suave y comprensivo que parecía envuelto en terciopelo.

Eleanora volvió a exhalar una sonora exclamación, esta vez cargada de furia, era incapaz de soportar la atención delicada que Horner le dispensaba a la sirvienta. Denise levantó la mirada y se encontró con el fuego contenido en los ojos de la noble. Era como si quisiera atravesarla con su cólera ardiente. La sirvienta sintió la urgencia de escapar de esa situación antes de que empeorara. Con rapidez, tomó la cesta que colgaba del brazo del capitán.

—Si me disculpan… —murmuró, haciendo una reverencia mientras

rezaba para que Eleanora no la reconociera.

Pero ya era tarde. Eleanora la observó con una intensidad que la dejó petrificada. En un abrir y cerrar de ojos supo quién era. Extendió la mano, sujetó la muñeca de Denise con fuerza y no permitió que escapara.

—¡Oh, cielos, tú eres Denise Beard! —exclamó, mientras su dama de compañía se llevaba la mano a la boca en un gesto de sorpresa. Luego giró la cabeza hacia él—. Robert, ¿cómo es posible que esta mujer trabaje aquí?

La respiración de Denise se hizo más rápida, como si fuera incapaz de tomar suficiente aire. Agachó la cabeza, con el peso de la vergüenza sobre ella, que amenazaba con hundirla en un mar de desesperación. Podía sentir la mirada del capitán fija en ella, pero era incapaz de levantar los ojos. Su única necesidad era huir, correr tan lejos como sus piernas le permitieran, encontrar un rincón oscuro donde llorar hasta quedarse sin fuerzas.

—¿Acaso la conoces? —preguntó el capitán, su voz era firme, pero enmarcada en curiosidad mientras miraba a Eleanora.

—¡Por supuesto que la conozco! —replicó la noble, alzó la barbilla con aire triunfal al tiempo que colocaba una mano en su cadera—. Servía en Ashbourne House, y desapareció sin previo aviso, sin dar ninguna explicación.

Desde cierta distancia, Beatrice observaba la escena con el ceño fruncido. Había salido al jardín para buscar a Denise, pues la necesitaban en la cocina. Al principio creyó que la sirvienta se había distraído entre las flores, pero lo que vio la dejó por completo paralizada. Reconoció al instante el rostro desesperado de Denise y la furia latente en los gestos de Eleanora. Comprendió que debía intervenir antes de que la tensa situación escalara aún más.

—Denise, te necesitan con urgencia en la cocina —anunció con

autoridad, acercándose al grupo. Hizo una reverencia rápida—. Capitán Horner, lady Blackwood, si nos disculpan...

Sin esperar respuesta, Beatrice tomó la muñeca de Denise con delicadeza pero a la vez con firmeza, y comenzó a guiarla hacia el interior del palacio. La gravedad en su expresión no dejó espacio a preguntas.

Descendían por las escaleras estrechas y sombrías que utilizaban los sirvientes, el eco de sus pasos resonaban como un murmullo inquietante. Denise se dirigía hacia la cocina, pero la voz firme del ama de llaves la detuvo.

—Ven a mi salón ahora mismo. —El tono de Beatrice era una mezcla de autoridad y enfado, como un trueno que no admitía réplica.

La muchacha obedeció, notaba el peso de la orden en cada paso. Entró en el pequeño salón que Beatrice utilizaba como despacho. La estancia era austera, pero impecable; el escritorio bajo la ventana estaba organizado con una precisión casi obsesiva. Los papeles y sobres alineados a la perfección, como si el desorden fuera un enemigo al que había que mantener a raya. Frente a una pequeña estufa de hierro fundido, dos sillones aguardaban, uno junto al otro, como testigos silenciosos de las conversaciones que allí se desarrollaban.

—Gracias, señora —murmuró Denise mientras dejaba el cesto en el suelo. Sabía que la intervención de Beatrice la había salvado de una situación que podría haber sido devastadora y qué menos que agradecérselo.

A pesar de su carácter estricto y formal, Beatrice poseía un lado maternal que mantenía oculto con cuidado. Había aprendido, tras años de servicio, que mostrar debilidad era abrir la puerta a los ataques. En el mundo de la servidumbre, como en la nobleza, las

jerarquías eran sagradas y las traiciones, inevitables. Sin embargo, al mirar a Denise, algo en sus ojos color avellana la conmovía. Había una bondad en ellos que brillaba como estrellas en la noche, y Beatrice no podía evitar sentir el deseo de protegerla de un destino que había visto consumir a tantas jóvenes antes.

—Estabas tardando más de la cuenta en recoger flores. Solo he hecho mi tra… —Beatrice se detuvo al observar el recipiente de vidrio entre las flores del cesto. Se agachó con movimientos precisos y lo tomó entre sus manos—. ¿Qué es esto? —preguntó, con su voz cargada de severidad.

Denise se llevó la mano al pecho, como si intentara contener un latido que amenazaba con salir de su pecho.

—¡No lo he robado, si es eso lo que piensa! Jamás haría una cosa semejante —se defendió con voz temblorosa, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Sus manos se aferraron al delantal, buscando en ese gesto una estabilidad que parecía escapársele.

—Muchacha, yo no he dicho que lo hubieras robado —respondió Beatrice, suavizó su tono al percatarse de lo mal que se lo había tomado—. Solo estoy pidiendo una explicación.

Denise bajó la mirada hacia sus manos, donde aún podía sentir el alivio que el ungüento había proporcionado. Una ligera sonrisa asomó en sus labios, pero desapareció al ver el entrecejo fruncido de Beatrice.

—Es un ungüento para las manos que me ha regalado el capitán Horner.

El ama de llaves inhaló muy profundo. El sonido de su respiración era tan marcado que provocó que Denise levantara la cabeza con preocupación.

—Por favor, siéntate —pidió Beatrice, señalando uno de los sillones.

Denise obedeció con la inquietud reflejándose en cada movimiento. Se sentó con la espalda rígida, mientras Beatrice tomaba asiento frente a ella.

—No cometas el error de cruzar la línea que separa nuestra clase de la de ellos, muchacha.

Aunque Denise era joven e inocente, entendió demasiado bien lo que su superiora insinuaba.

—Señora, no he hecho nada malo. Entre el capitán Horner y yo no existe nada.

Beatrice se acomodó en el sillón, sus manos descansaban en los brazos como si fueran anclas que la mantenían firme.

—Todavía… —dijo con un tono que parecía contener siglos de experiencia—. He visto cómo muchas jóvenes como tú caían en las trampas seductoras de los nobles. No permitas que te destruyan.

Denise agachó la mirada, sus manos estrujaban el delantal con nerviosismo. Quería contarle que sabía demasiado bien de lo que eran capaces muchos aristócratas, pero temía que la juzgara con injusticia.

—Sé de lo que son capaces muchos nobles… —musitó, su voz apenas era un susurro.

Beatrice frunció el ceño, sus pensamientos estaban llenos de suposiciones. Sabía que las jóvenes sirvientas, en especial las hermosas como Denise, enfrentaban un peligro constante. Si había tenido algún problema con algún noble en las familias que había servido con anterioridad, lo mejor era no mencionarlo. El peso de las faltas siempre recaía sobre ellas: las echaban, las humillaban, las insultaban y las trataban de furcias; mientras los aristócratas quedaban impunes, a pesar de ser los culpables.

—Está bien, muchacha. Solo quiero advertirte que si tu comportamiento no es digno de tu estatus, me veré obligada a pedir

que te despidan.

Denise se levantó, su mirada permanecía fija en el suelo.

—Sí, señora, lo entiendo. No tendrá ninguna queja de mi trabajo.

—Bien, no espero menos de ti. —Cuando Denise abrió la puerta para marcharse, Beatrice la detuvo—. Por favor, pídele a la cocinera que venga. Tenemos que decidir el menú de la cena de gala que se celebrará la semana que viene.

La muchacha se giró, su rostro mostraba una sorpresa con una pizca de curiosidad.

—¿Una cena de gala? —preguntó, recordando que, desde que trabajaba en Tarraco Palace, nunca se había celebrado ningún evento. Sabía por los comentarios de los demás sirvientes que el baronet no se prodigaba en público, ni invitaba a nadie—. Supongo que tendré que abrillantar la cristalería y pulir los cubiertos de plata.

—Sí, aunque no habrá muchos invitados. Solo el baronet, el capitán, y lord Alistair Blackwood y su hija.

El nombre del conde atravesó el corazón de Denise como un rayo de hielo. Su mano se aferró al pomo de la puerta con tanta fuerza que sintió un dolor punzante. Se obligó a salir de la estancia antes de que su superiora notara su turbación. Al llegar al pasillo, pegó su espalda a la pared y cerró los ojos. Entonces esperó unos minutos a que su cuerpo dejara de temblar.

Mientras tanto, en el salón de invitados, Robert, Eleanora y su dama de compañía ocupaban sus respectivos lugares en una estancia donde todo parecía dispuesto con intención, a fin de crear una atmósfera acogedora y cálida. Irradiaba una elegancia serena, propia de un espacio donde el refinamiento se manifestaba sin excesos. La luz primaveral entraba por los altos ventanales, esparcía su resplandor sobre los tapices y los dorados de las molduras, y les otorgaba una calidez que contrastaba con la frialdad que anidaba en

los ojos de Eleanora.

En el centro de la estancia, un sofá de terciopelo burdeos invitaba al descanso, acompañado por sillones a juego, dispuestos con impecable armonía, donde ellos estaban sentados en completo silencio. La chimenea de mármol blanco estaba tallada con delicadeza, en ese instante permanecía apagada debido a la época del año en la que se encontraban. En su repisa se hallaba un elegante reloj de bronce y figuras que evocaban la grandeza del Imperio romano.

La dama de compañía, una joven de cabello rubio y mirada gris, se había sentado en uno de los sillones con evidente tensión, como si presintiera que la disputa entre el capitán y la dama estallaría en cualquier momento. Sin embargo, Robert no era un hombre que se dejara arrastrar por confrontaciones impulsivas. Versado en innumerables batallas, había aprendido que el dominio de la estrategia no solo pertenecía al campo de guerra.

—¿Quieres una taza de té? —le ofreció, esbozó su mejor sonrisa mientras alargaba la mano para coger la campanilla sobre la mesa auxiliar junto al sofá—. Me gustaría que probaras las galletas de miel, son toda una especialidad en Tarraco Palace.

Por un instante, la furia en el rostro de Eleanora pareció diluirse, como un oleaje que retrocede tras la tormenta.

—Me encantaría probarlas —afirmó, su voz estaba más relajada.

El suave tintineo de la campanilla se extendió por la estancia y el mayordomo apareció de inmediato para recibir instrucciones. Durante esos breves momentos, Eleanora respiró hondo, intentaba calmar la tempestad que rugía en su interior. Rememoró lo que había sucedido en el jardín y el peso del arrepentimiento cayó sobre sus hombros. Su piel se tiñó de un rubor leve pero evidente. Al menos, nadie había sido testigo de su arrebato. La certeza de que

no habría cotilleos alivió su carga.

El mayordomo desapareció tras recibir la orden y Robert se acomodó en el sofá, dejando entre ambos un espacio prudente, casi simbólico. Eleanora mantenía una actitud cabizbaja, un gesto que hablaba de su remordimiento sin necesidad de palabras. El capitán lo notó, había conocido a muchas féminas experimentadas en todos los puertos en los que había echado el ancla, y sabía algo de mujeres. Solo se trataba de un arrebato de celos y no tenía intención de reprenderla. Además, la experiencia le había enseñado que cada alma llevaba consigo su propio peso, y no creía que condenarla por su reacción fuera necesario.

—Me alegra tu visita —dijo al fin, rompiendo el incómodo silencio—. Daba la casualidad de que tenía planeado pasarme por Ashbourne House para entregarte una invitación a una cena.

La dama lo observó con curiosidad.

—¿Aquí, en Tarraco Palace? —preguntó, incapaz de creer que, por fin, Sir Bryce Horner se atreviera a recibir gente.

—Sí, será una cena íntima, sin más invitados que mi hermano, tu padre, tú y yo.

Eleanora se llevó una mano al pecho y trató de contener su efusividad. Sabía que una velada de ese tipo implicaba una intención clara.

—Me encantará asistir, Robert.

Por fin, la dama de compañía logró relajarse y dejó escapar un leve suspiro de alivio. Aun así, el fantasma de la vergüenza por su arrebato en el jardín la seguía atormentando.

—Robert, espero que me disculpes por mi… mi reacción en el jardín. No suelo comportarme de esa manera, pero… he perdido los nervios.

Él esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, todo está olvidado —respondió con voz suave.

Eleanora lo miró con atención. Los ojos del marinero tenían el color del mar en un día de verano tranquilo, no obstante, jamás la miraban como había mirado a la sirvienta. Un dolor sutil pero incisivo cruzó su rostro.

—¿Acaso te agrada Denise? La manera en que la miras no deja espacio a la duda, Robert. —En sus palabras había una reprimenda velada, un desafío más que una simple pregunta.

El capitán sintió cómo su espalda se tensaba, un gesto casi imperceptible, pero delatador. Ni siquiera había sido consciente de ese detalle, y aún menos había pensado en Denise en esos términos. La pregunta lo tomó desprevenido.

¿Le gustaba?

La respuesta emergió en su interior con una claridad abrumadora: sí. Le gustaba. Mucho. Muchísimo.

Tanto que la idea provocó que su corazón latiera más rápido, sin embargo, no estaba dispuesto a admitirlo. No solo porque sus vidas estaban destinadas a seguir caminos distintos, sino porque reconocerlo podría poner a Denise en aprietos.

—El jardín es precioso, y coincidí con ella. Solo me limito a ser amable.

—Es solo una sirvienta —increpó Eleanora con cierto desprecio, al notar una molestia creciente emerger de su interior.

Robert exhaló con lentitud a fin de controlar el impulso de responder con dureza. En su mandíbula apareció un leve tic, imperceptible para la mayoría, pero ella lo notó y supo que, de nuevo, se había dejado llevar por sus impulsos.

—Hasta los sirvientes son dignos de mi amabilidad, Eleanora, y quiero pensar que tú también eres amable con ellos. Me llevaría una decepción si fuera lo contrario.

—Por favor, Robert, no pienses mal de mí. —Miró de reojo a su dama de compañía—. Nunca los he tratado mal.

—Es verdad, capitán Horner —intervino la muchacha con seriedad—. Milady es amable con todo el mundo.

Él asintió con ligera aprobación.

—Me alegra saberlo.

El mayordomo regresó con el té y los dulces. El aroma a miel se extendió por el salón de invitados, y envolvió la estancia en una calidez que contrastaba con la tensión previa. Las galletas agradaron a Eleanora más de lo que esperaba, tanto que pidió al mayordomo que felicitara a la cocinera, un gesto que no pasó inadvertido a Robert.

Quería una esposa que fuera comprensiva y amable con todo el mundo, sin importar el rango social. Si una cosa había aprendido en todas las batallas que había librado era que la muerte no distinguía clases.

Se quedó contemplando los gestos delicados de la dama mientras daba un sorbo de su té. Era bella, educada y joven, pero no era Denise. Apretó los dientes, furioso consigo mismo. La frustración lo recorrió como una punzada al darse cuenta de que, por más que intentara llenar sus pensamientos con la presencia de Eleonora, su mente siempre traicionaba sus intentos. Porque siempre emergía Denise, como una sirena surgiendo sobre la cresta de una ola.

Capítulo 6

Era por la tarde y Eleanora y su padre paseaban por Olympo Park. La brisa suave acariciaba las hojas de los árboles mientras los rayos dorados del sol teñían el parque de un cálido resplandor. El aire estaba impregnado del aroma dulce de las flores, y el murmullo de los pájaros componía una melodía ligera que invitaba a perderse en un paseo sin prisas.

Antes de ir al salón de té Athens Tea Room a disfrutar de un refrigerio, decidieron dar una vuelta por los alrededores del lago, en cuyas aguas nadaban apacibles grupos de cisnes y patos; también había barcas con sus barqueros dando paseos. A lo largo de la orilla, un grupo de pintores trabajaba con concentración, sus pinceladas se deslizaban sobre los lienzos mientras capturaban la belleza del paisaje con precisión.

La dama lucía un modelo de muselina en tono vainilla de manga corta. En la cabeza llevaba un sombrero de ala ancha adornado con flores, atado con un ancho lazo blanco bajo la barbilla. Su sombrilla de encaje protegía su rostro del sol, aunque de vez en cuando la inclinaba un poco, y jugueteaba con su borde mientras hablaba.

El conde de Blackwood llevaba una levita azul oscuro y unos

pantalones de ciudad en tono marengo. Caminaba con aire solemne, su mirada estaba fija en el horizonte, ajeno a las palabras de su hija. Eleanora lo miró de reojo, esperaba una reacción, pero el semblante de su padre le decía que su mente estaba en otro lugar. Se detuvo de golpe, obligándolo a hacer lo mismo.

—Papá, ¿me estás escuchando? —inquirió en un tono que sonaba a queja.

Blackwood torció la boca con leve impaciencia, exhaló con lentitud. Reconocía que le preocupaba bien poco el capricho de su hija por el capitán. Su mente estaba absorta en El Cuervo, en cómo su asociación con él haría crecer aún más su fortuna. Sin embargo, los recuerdos de la traición pasada seguían atormentándolo. Horas de meditación no habían servido de nada; no había manera de meterse en la mente de Víctor y prever sus intenciones. Y eso le causaba una profunda irritación.

Apretó la mandíbula. Su hija seguía hablando, esperaba su respuesta. Decidió apartar los pensamientos de su mente y centrarse en ella.

—Me encantará asistir a una cena en Tarraco Palace.

Eleanora asintió con satisfacción, complacida por el interés de su padre.

—Estoy segura de que Robert me pedirá matrimonio.

A unos pasos de distancia había un banco de madera elegante en su sencillez. Se acercaron y se sentaron. Blackwood cruzó los pies con aire pensativo mientras observaba las aves del lago deslizarse sobre el agua. Sabía que el futuro del capitán estaba bajo tierra, junto a sus difuntos familiares.

—Hija, me gustaría que consideraras otras opciones —sugirió en un tono neutro, pero con un deje de estrategia—. No es bueno poner todos los huevos en la misma cesta.

Eleanora lo miró con desconcierto.

—Creía que estabas de acuerdo. Te pareció buena idea cuando Robert pidió permiso para cortejarme.

El conde no podía contradecirla, pues era cierto. Había dado su aprobación porque pensó, como todo el mundo, que El Cuervo había muerto. Pero estaba vivo y la situación había cambiado con su aparición. Apretó los labios a fin de ocultar su verdadero sentir. A él le importaba más el dinero y el poder que un yerno héroe de guerra, pero no podía confesarlo. Tampoco podía decirle que El Cuervo y él habían acordado deshacerse de él para evitar que interfiriera en sus negocios con otra de sus absurdas heroicidades. Ese lobo de mar no le temía a nada, y se enfrentaría a cuantos Víctors hicieran falta.

No podía permitirlo.

Relajó la expresión, como si el tema no tuviera más importancia.

—Solo quiero lo mejor para ti, hija.

—Ser la esposa de Robert es lo que más quiero en esta vida.

Blackwood supo entonces que su hija era aún más tozuda de lo que imaginaba. Se había empeñado en casarse con el capitán, y nada la detendría. Pero él era aún más determinado. No permitiría que Robert estropeara la asociación entre El Cuervo y él.

—Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Eleanora, que hasta entonces había sostenido el parasol con delicadeza, lo plegó con movimientos fluidos. Un árbol cercano proyectaba suficiente sombra para resguardarla del sol.

—Robert lo tienen todo calculado y ha decidido dar el próximo paso, lo presiento. —Suspiró antes de continuar—. Pero necesito que me ayudes con un problema.

El conde giró el rostro, intrigado.

—Te escucho, hija.

—¿Te acuerdas de Denise Beard? —Esperó a que su padre

asintiera antes de continuar—. Pues trabaja en Tarraco Palace y ha encandilado a Robert. Debes hacer que la despidan, tienes que alejarla de Tarraco Palace. Temo que se convierta en un problema.

El conde se acarició la barbilla. Sus ojos brillaron con una mezcla de sorpresa y maldad. Denise.

La única sirvienta que nunca pudo doblegar.

Escapó de sus brazos con la furia de una tigresa, lo desafió de una manera que aún recordaba. Nunca creyó que disfrutaría tanto destruyendo al capitán héroe de guerra. Y ahora tenía una oportunidad perfecta. Su mente, fría y meticulosa, empezó a calcular. ¿Hasta qué punto le interesaba Denise al capitán? Había encontrado una forma de descubrirlo, y pondría el plan en marcha el día de la cena.

Un leve cambio en su postura reveló su decisión. Se enderezó con aire despreocupado, miró el lago como si el asunto fuera trivial. Pero la euforia se filtraba en su interior, aunque disimulada con la calma de un jugador experto.

—Me encargaré de ello.

Eleanora esbozó una sonrisa de triunfo, sin imaginar que su padre no solo cumpliría su petición, sino que lo haría con un placer malvado.

***

Denise salió de su cama estrecha cuando apenas los primeros rayos del amanecer entraban por la pequeña ventana cuadrada de su alcoba, ubicada en la zona de servicio del palacio. La estancia era reducida y con escaso mobiliario, pero suficiente para una sirvienta como ella.

Se acercó a su baúl situado bajo la ventana, donde descansaban

su vestido sencillo y su delantal. En el suelo, una vieja alfombra sobre los listones desiguales evitaba que sus pies se enfriaran mientras se ataviaba con rapidez. Se peinó con el cepillo, pasaba los dientes de madera por su melena rubia oscura antes de enrollarla en un moño bajo. Ajustó el recogido con los dedos para asegurarse de que ningún detalle fuera de lo normal delatara su inquietud. Se calzó los zapatos de cuero gastado, diseñados para soportar largas jornadas de pie, y exhaló despacio.

Antes de salir, como si se tratara de un ritual, se sentó en el delgado colchón cubierto por una manta de lana en colores neutros. El lecho crujió bajo su peso, aunque fuera delgada. A su lado, sobre la mesita envejecida, se encontraba el broche de madera que su abuelo le esculpió: una pieza ovalada con un pequeño pájaro grabado que simbolizaba la libertad que él siempre le inculcó cuando era niña y perdió a sus padres.

Su pulgar rozó el grabado, con un gesto casi reverente. Cada día, en esos breves instantes antes de enfrentar la jornada, se aferraba al recuerdo de su abuelo, de sus palabras: su alma le pertenecía solo a ella. Nadie más tenía derecho sobre ella. Y si algún día decidía entregarla a alguien, sería porque había encontrado su alma gemela.

Sonrió mientras los recuerdos de su infancia se sucedían uno detrás de otro, alimentaba su fe en que ese día sería mejor que el anterior. Sin embargo, todo había cambiado, pues notaba que su corazón latía con una intensidad distinta. Como si su propio cuerpo estuviera tratando de decirle algo que su mente aún se negaba a aceptar.

Reconocía que se sentía nerviosa y tuvo la necesidad de llevarse el broche a su pecho, allí donde cada latido era una confesión muda de sus temores y anhelos. Su pulgar volvió a rozar la superficie de madera, pero esta vez con más lentitud, como si el contacto pudiera

brindarle la seguridad que su alma anhelaba en ese instante.

Porque el capitán había entrado en su corazón, como una puerta que se abría de par en par, de golpe y sin previo aviso. Y con él, había entrado la brisa de mar, y traía consigo la promesa de un futuro lleno de felicidad. Lo peor era que no podía evitar que sucediera.

Había algo en ese hombre que la hacía arder por completo, y cuando lo tenía cerca, nada importaba salvo ellos dos y sus almas. Sin embargo, le estaba vedado soñar con un hombre como él. No estaba a su alcance. Y nunca lo estaría.

Denise dejó sus pensamientos apartados y salió de su alcoba. Pasaron unas dos horas. Se encontraba en el comedor de servicio después de limpiar el *hall* y la biblioteca del baronet. En el centro, una mesa rectangular reunía a los sirvientes, que charlaban sobre rumores y anécdotas de la jornada.

Ella apenas hablaba mientras degustaba su desayuno de huevos y salchichas con pan recién horneado, al que siempre le ponía una nuez de mantequilla. Fue en ese instante, mientras daba un sorbo a su té, cuando escuchó algo que le heló la sangre. Dos sirvientas comentaban que se rumoreaba entre la servidumbre de Londres que el capitán Horner tenía planeado casarse con lady Eleanora Blackwood.

Denise sintió un vacío repentino en el pecho. Su estómago se contrajo con violencia, y el aroma a té, antes cálido y reconfortante, se volvió insoportable y le revolvió las entrañas. Soltó la taza con torpeza y se levantó sin decir palabra, obvió las miradas de reproche de los demás. El comedor le resultaba opresivo y notaba el aire demasiado denso. Salió de allí con desespero, empujada por la necesidad urgente de escapar antes de que la náusea se apoderara por completo de su cuerpo. No entendía por qué le importaba tanto.

Era como si alguien le hubiera clavado una puñalada directa al corazón.

Denise necesitaba unos minutos de calma, así que se escondió en un rincón, cerca de la escalera que utilizaba el servicio. Su pecho subía y bajaba con intensidad, el pánico había tomado posesión de su cuerpo como un espectro implacable. Respiraba rápido, de manera desordenada y le estaba resultando imposible recuperar el control. No debería importarle con cuál dama se casara el capitán. Pero dolía.

Se obligó a llenar sus pulmones de aire y a dejarlo ir con lentitud, una y otra vez, hasta que la presión en su pecho disminuyó y la tranquilidad volvió a ella como un hilo tenue de equilibrio. No podía permitirse esos pensamientos. No eran suyos. No debían serlo.

Con el cesto de recoger flores colgando del hueco de su codo, se dispuso a ir al jardín, pero se topó con Beatrice.

—¿Adónde vas, muchacha? —preguntó con cierta censura mientras le dedicaba una mirada rápida al cesto.

Denise parpadeó, desconcertada por la pregunta. Una de sus tareas era preparar ramos cada día.

—A buscar flores, señora.

—¿Lloviendo?

Denise soltó una leve exclamación al girarse hacia la ventana que iluminaba el pasillo. El cielo se había oscurecido, la lluvia caía con fuerza, y repiqueteaba contra los cristales. Tan absorta estaba en su frustración que no había reparado en ello. Ahora, con la mente aclarada, la estupidez de su distracción la golpeó de lleno.

—Lo siento, no me había dado cuenta.

El ama de llaves chasqueó la lengua con desaprobación.

—¿Acaso no te encuentras bien? Me han dicho que has salido del comedor sin apenas haber desayunado.

Denise agachó la cabeza, intentaba disimular su incomodidad.

—No tenía apetito —explicó, deseando que la conversación terminara ahí.

Beatrice la observó por un instante, pero decidió dejar el asunto de lado.

—Está bien, muchacha. Ve a limpiar la alcoba de Sir Bryce Horner y la de su hermano.

Denise exhaló un suspiro de alivio, aunque lo hizo de forma disimulada.

—Ahora mismo, señora.

Dejó la cesta y tomó el cubo y los utensilios de limpieza. Comenzó con la alcoba del baronet y, cuando terminó, se dirigió a la del capitán.

Se detuvo frente a la puerta. El pulso acelerado golpeó sus sienes. Por unos segundos, se mantuvo quieta, con la mano en el pomo, mientras la otra sostenía el cubo. Respiró hondo a fin de calmarse mientras abría la batiente. El aroma a mar la envolvió de inmediato. Era como si el océano mismo hubiera tomado residencia en esa estancia. Un anhelo profundo la sacudió desde el estómago, una necesidad inexplicable de verlo, de confirmar que todo lo que sentía no era producto de su imaginación. Negó con la cabeza, se sentía estúpida. No podía permitirse esos pensamientos. Emitió un gran suspiro y dejó el cubo en el suelo antes de dirigirse a las ventanas.

Seguía lloviendo. Las gotas caían como susurros sobre la tierra despierta y besaban los pétalos con su frescura. Y con cada gota, su corazón latía con más fuerza.

Sin perder más tiempo, se dispuso a limpiar la alcoba. Pasó el plumero por el cuadro marítimo, después se tomó un momento para contemplarlo. Entonces, una voz a su espalda quebró el silencio.

—¿Te gusta el mar?

Denise dio un respingo, el plumero se le escapó de la mano. Se giró con rapidez y sus ojos se encontraron con los del capitán.

—Sí. —Sonrió con un atisbo de timidez—. Incluso me bañé una vez cuando era pequeña. Fue como si el mar me abrazara. Nunca olvidaré ese momento.

Por la manera en que le brillaban los ojos color avellana, Robert supo que ese recuerdo tenía un significado especial para ella. Se acercó a Denise y la muchacha tuvo la sensación de que sus pasos se sincronizaron con el latido apresurado de su corazón.

—El mar es un espejo infinito de sueños errantes —murmuró el marinero, y su respiración se volvió más profunda, más densa.

Los ojos celestes del capitán se clavaron en los de ella. La sensación de una atracción imparable vibró en el aire al tiempo que el espacio entre ellos se reducía. Las palabras sobraban, sus miradas lo decían todo. Él no pudo resistir la tentación, su mano se alzó con suavidad y sus yemas rozaron la mejilla de Denise, un gesto que apenas rozaba lo prohibido y que atrapó el calor de su piel, provocando que le arrancara un leve gemido.

—La brisa murmura historias de marineros que buscan una mujer a la que amar… —susurró preso del deseo.

Las pupilas de Denise se dilataron. Entreabrió los labios y exhaló apenas un suspiro. Robert contempló el temblor apenas perceptible en su boca. Era un desafío silencioso. Era imposible resistirle. Del mismo modo que a las olas no se les puede prohibir rozar la playa con sus cretas de espuma blanca, él llevó el pulgar a los labios femeninos, resiguió el reborde con un roce que despertó en él una necesidad incontrolable. Estaba acostumbrado a ganar batallas. Pero en ese instante había perdido una.

Y no le importaba.

Capítulo 7

Robert apenas rozó la boca de Denise. Los labios de ella temblaron bajo los suyos. Con los ojos cerrados, se quedó quieta. Pero todo cambió cuando él rodeó su cintura y la atrajo hacia su cuerpo. La muchacha alzó los brazos y los colocó sobre sus hombros masculinos. Él olía a mar, a brisa, a libertad. Olía a vida y a esperanza. Y, por unos segundos, ella permitió que se convirtiera en el ancla de su existencia.

Las bocas se fundieron con la urgencia de dos almas reencontradas. Se besaron como la brisa del mar besaba la tierra. Y mientras sus lenguas se entrelazaban en una danza sensual, Robert tuvo la impresión de que los labios de ella eran el mapa que le indicaba el camino de regreso a casa. Cuando al final se separaron, se quedaron mirándose, intentando encontrar en la profundidad de sus ojos la explicación de lo sucedido.

Porque ese beso dejó huella en sus corazones. Despertó tormentas dormidas. Ya nada volvería a ser igual para ellos. Solo había durado unos segundos, un instante que pudo haber sido el comienzo de todo, pero se transformó en un final doloroso.

La muchacha reaccionó primero. La realidad golpeó con fuerza, y

rompió la magia del momento. Se agachó y recogió el plumero.

—Capitán Horner, esto no puede suceder nunca más —pronunció con voz quebrada—. Será mejor que, a partir de ahora, nos mantengamos lejos el uno del otro.

Dicho esto, se dispuso a recoger el cubo y marcharse. Ya terminaría de limpiar la alcoba cuando él no estuviera. No obstante, Robert la tomó del brazo y la obligó a mirarlo.

—Estoy de acuerdo, no puede volver a suceder… pero no finjas que esto no nos ha cambiado. Lo sabes tan bien como yo.

Ella negó con la cabeza, como si ese gesto tuviera el poder de borrar lo que sentía por él. No se atrevió a responderle. Porque tenía razón.

***

Los siguientes días fueron difíciles para Denise. Para evitar a toda costa cruzarse con Robert, pidió al ama de llaves que asignara la tarea de recoger flores y limpiar la alcoba del capitán a otra sirvienta. Beatrice, con su cabello gris recogido en un moño severo y sus ojos grises afilados por años de experiencia, se la quedó mirando en silencio. Aunque no dijo nada, su expresión dejaba claro que entendía el motivo. Denise agradeció que no le hiciera preguntas y pudo desempeñar otras tareas sin la preocupación de que el capitán apareciera en cualquier momento.

Sin embargo, su corazón latía bajo el peso de una tristeza insondable. Las sonrisas habían abandonado su boca, y ni siquiera forzándolas conseguía que sus labios se movieran. En la soledad de su alcoba, y aferrando contra su corazón el broche de madera de su abuelo, sus lágrimas caían en silencio, y resbalaban por sus mejillas pálidas sin que nada pudiera detenerlas.

La línea que separaba el mundo del capitán del suyo era insalvable, como un muro que ni una enorme ola lograría derribar. No podía permitirse sentir nada por él; sería impropio de una sirvienta. Además, los rumores afirmaban que se casaría con lady Eleanora Blackwood, y en sus planes no estaba convertirse en la amante de un hombre casado.

No obstante, cuando cerraba los ojos, aparecía él, con su mirada intensa, el azul de sus iris tan profundo como el mar, y aquellos labios que aún ardían en su piel. Y de nuevo la besaba. Porque por más que intentaba olvidarlo, ese instante parecía haber quedado grabado a fuego en su interior.

Era de noche y Denise estaba nerviosa, un nudo en la garganta le dificultaba respirar. Se había enterado de que el conde de Blackwood y su hija habían llegado a Tarraco Palace para la cena, una velada que, sin duda, terminaría con el capitán Horner y la lady comprometidos. Saber que Alistair, el hombre que intentó ultrajarla, estaba tan cerca, la llenaba de temor y miedo. Bien sabía que su hija le habría mencionado que trabajaba para el baronet, y conocía su naturaleza malvada lo suficiente como para saber que era capaz de todo.

Estaba en la cocina frente a un fregadero de piedra, lavando platos con eficiencia, pues la torre de cacharros y demás utensilios no le permitía ni un respiro. A su alrededor, el bullicio era incesante: las llamas crepitaban, los cuchillos chocaban en las tablas donde se cortaban ingredientes. La cocinera, una mujer robusta de mejillas enrojecidas y cejas gruesas siempre fruncidas, gritaba de tanto en tanto a sus ayudantes. Hacía tanto tiempo que no se celebraba una cena de gala que todos estaban nerviosos y habían perdido la práctica; los platos rotos en el cubo de la basura eran prueba de ello.

Los aromas de especies y carnes asadas impregnaban el ambiente. Los lacayos entraban y salían, unos para llevar bandejas con exquisiteces y otros para llenarlas de nuevas delicias, todos vigilados de cerca por el mayordomo, un hombre alto y delgado de bigote impecable, que no paraba de dar instrucciones.

—¿Cómo es el vestido de lady Eleonora? —preguntó una sirvienta de ojos vivaces a un lacayo que acababa de entrar.

El hombre, de rostro anguloso y una cicatriz junto a la mandíbula, se acarició la barbilla en un gesto pensativo. Llevaba una librea azul marino con botones dorados y ribetes decorativos. Las calzas de terciopelo marrón llegaban hasta las rodillas y contrastaban con las medias blancas. Las hebillas metálicas de sus zapatos oscuros de cuero relucían a la luz de las velas.

—Creo que es celeste, con algún tipo de bordado plateado.

—¡Me prometiste que te fijarías en su vestido! —exclamó furiosa mientras le daba un tortazo en el hombro.

—¡Ah! ¡Me has hecho daño! No puedo quedarme embobado mirando el vestido y los detalles, es de muy mala educación.

—Es un vestido de seda celeste —explicó otro lacayo, un joven de cabello oscuro y ondulado que sostenía una bandeja con platos de carne—. Por encima lleva una muselina vaporosa con un bordado de pequeñas flores plateadas. En el cabello luce una tiara a juego.

—Él ha podido fijarse, sin duda tú eres un inútil —regañó mirando con furia al de la cicatriz en la mandíbula, luego se centró en el lacayo de cabello oscuro que estaba a punto de marcharse—. Espera, no te vayas. La dama debe estar hermosa. —Se le iluminaron los ojos cuando su vena romántica afloró—. Seguro que el capitán Horner no puede dejar de mirarla.

—Sí, está muy hermosa, como si se hubiera vestido para un gran acontecimiento.

—Claro —intervino una de las ayudantes de cocina, una chica con pecas esparcidas por su nariz—, sabe que el capitán va a pedir su mano a su padre y ha querido vestirse para la ocasión.

El ruido de unos cubiertos cayéndose al suelo enmudeció a todos. Se giraron y vieron a Denise, paralizada, su respiración entrecortada y las manos temblorosas la delataban. La cocinera, de mejillas enrojecidas por el calor sofocante, removía con energía el contenido de una olla humeante sobre una gran cocina de hierro fundido, ennegrecida por años de uso y avivada por las brasas incandescentes de su interior.

—¡Muchacha, ten más cuidado! —chilló—. Todo lo que rompas lo pagarás de tu sueldo.

Se escucharon algunas risillas, pero cesaron al instante cuando la mujer las fulminó con la mirada.

—Y vosotras no os riais, que también pagaréis lo platos que habéis roto, ¿entendido?

Denise asintió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Mientras recogía los cubiertos del suelo, meditó que debía mentalizarse de que esa noche el capitán y Eleanora estarían prometidos. Pero su tozudo corazón no la escuchaba y lloraba a cada latido, le hacía notar su dolor profundo.

—Lo cierto es que parece más un velatorio que una cena de gala —mencionó el lacayo moreno antes de marcharse con la bandeja llena de jugosa carne.

Denise se quedó de piedra, igual que los demás.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó la ayudante, mirando a los otros con incertidumbre.

—Pues que la velada se está convirtiendo en un fiasco —soltó la cocinera, con una mano en la cadera y la otra, que sostenía la cuchara, levantada en ademán intimidante—. Creo que si les

sirviéramos estiércol, ni se darían cuenta.

El comentario arrancó las carcajadas de los demás.

—Y ya basta de cháchara, tenemos que ponernos con los postres.

Lo cierto era que en el comedor formal el ambiente se notaba espeso. La estancia, amplia y majestuosa, estaba adornada con pesados cortinajes de terciopelo y un gran espejo dorado sobre la repisa de la enorme chimenea reflejaba la escena con un aire casi espectral. La larga mesa, cubierta con un mantel de lino impecable, estaba dispuesta con copas de cristal y platos de porcelana decorada, pero la tensión en el aire hacía que todo pareciera menos grandioso. Solo el sonido de los cubiertos rompía el silencio. Un par de lacayos servían vino, mientras otros permanecían apostados en los laterales, atentos a cualquier necesidad de los comensales.

Sir Bryce Horner mantenía la mirada fija en su plato de salmón ahumado con vinagreta de hierbas, como si la comida fuera su única vía de escape. Había pasado tanto tiempo en soledad que había perdido la facultad de entablar conversación. Solo deseaba que la cena terminara pronto y que su hermano cumpliera con lo prometido: pedirle matrimonio a lady Eleanora Blackwood. Sin embargo, ni una cosa ni otra parecían cerca de suceder. De reojo observó a Robert, quien parecía ausente, como si su mente estuviera en un lugar muy lejano. Y los nervios comenzaban a desesperarlo.

Por su parte, el conde de Blackwood escudriñaba a los hermanos con la paciencia depredadora de un buitre que había olfateado carroña, mientras Eleanora no dejaba de lanzar miradas al capitán. Él, incómodo, intentaba esquivarlas fijando la vista en cualquier otro lugar. Desde que había besado a Denise, todo había tomado otra dimensión.

Sentía que su futuro era un castillo de naipes, y Denise era la

carta que lo hacía caer todo. Reconocía que había alentado a Eleanora con su cortejo, y en ese instante, se sentía paralizado. No podía darle lo que ella ansiaba, cosa que le impedía mirarla a los ojos. Sabía que la tristeza cubría su bello rostro y se echaba la culpa por lastimarla de esa manera.

Además, por otra parte había prometido a Bryce que le pediría matrimonio esa misma noche. Sin embargo, a esas alturas de la cena no era capaz. No por cobardía, sino porque su mundo interior estaba patas arriba y necesitaba aclarar demasiadas cosas. Bien sabía que Denise no entraba en sus planes futuros, pero debía sincerarse con Eleanora y decirle la verdad. Aunque se casara con ella, jamás podría ofrecerle el amor que esperaba de él, porque su corazón ya tenía dueña.

Así de sencillo. Y de complicado a la vez.

No podía esconderse de lo que su interior clamaba a todas horas. Hacía días que no veía a Denise. Ya no recogía flores en el jardín, ni se encargaba de limpiar su alcoba. Y estaba volviéndose loco. La necesitaba. Necesitaba verla, escuchar su voz, perderse en su mirada. Sentir sus labios pegados a los suyos para volver a vivir. Pero debía sacarse tales pensamientos. No eran dignos de un hombre como él, un hombre de valores intachables y un autocontrol absoluto.

Tal vez no podía prometer amor a Eleanora, pero sí podía ofrecerle algo más: fidelidad. Y cumpliría su palabra. No quería convertir a su esposa en una mujer amargada que lloraba en cada esquina por temor a que estuviera con otra. La cuidaría como se merecía, sería amable fuera y dentro del lecho conyugal. Tendría a sus hijos, era lo mínimo y lo que la decencia le clamaba.

De reojo miró a su hermano: percibía su frustración en cada movimiento brusco del cuchillo al cortar su salmón, como si cada

trozo le ayudara a liberar su tensión. No podía culparlo. Le había prometido que le pediría matrimonio a Eleanora durante la cena, y los minutos pasaban sin que pudiera pronunciar palabra. Se sentía atrapado en un callejón sin salida.

El carraspeo del conde sacó a todos del silencio. Lo miraron, y la luz de las velas, que ardían en los candelabros de oro en el centro de la mesa, titiló sobre su sonrisa fría, que proyectaba sombras inquietantes en sus ojos oscuros.

—Sir, me ha comentado mi hija que una tal Denise Beard trabaja aquí, en Tarraco Palace.

El capitán tensó la espalda, sus dedos aferraron el tenedor con fuerza. En los laterales, los lacayos se miraron unos a otros con disimulo, percibían que la tensión en el ambiente crecía cada vez más.

Bryce entornó sus ojos en un tono gris profundo. Evaluaba en silencio las palabras del conde. Si de algo se sentía orgulloso era de contar con un servicio ejemplar, compuesto por personas atentas y eficaces. Nunca los trataba con desprecio, al contrario: el respeto y la justicia eran la clave para mantener un equipo armonioso. Por eso, conocía cada nombre, desde el rango más inferior hasta el superior, y supo de inmediato de quién hablaba.

—Sí, es cierto, Denise trabaja aquí. Es una muchacha muy agradable que hace su trabajo a la perfección —puntualizó Bryce en un tono que revelaba su enojo.

La dama lo miró con interés; no había esperado que el sir la defendiera.

—Le aconsejo que la eche, sir. Es por su bien —mencionó el conde. Se llevó la copa de vino a la boca, le dio un sorbo mientras lo miraba por encima del borde.

Bryce se removió en el asiento. Detestaba que le dijeran lo que

tenía que hacer o no.

—Milord, con todos los respetos, creo que el servicio de Tarraco Palace es asunto mío.

El capitán observó la sonrisa tímida de Eleanora. Aunque en su momento le había pedido disculpas por su comportamiento fuera de lugar, era evidente que no había superado el enfado de haberlo visto con Denise en el jardín. Se preguntó si había confabulado con su padre contra la sirvienta.

—Desde luego, sir —se disculpó Blackwood, aunque su tono destilaba falsedad—, no pretendo interferir en los asuntos domésticos de su hogar, simplemente le advertía. Denise trabajó en Ashbourne House y tuve que echarla cuando empezó a robarme.

El cuchillo resbaló de la mano del capitán y cayó en el plato con un estruendo metálico que rompió la tensión contenida en la sala. Todos contuvieron el aliento.

—Denise sería incapaz de hacer tal cosa —soltó con dureza el capitán, con la rabia cubriendo sus ojos celestes.

Blackwood entornó los ojos con una sonrisa calculada, su copa de vino descansaba entre sus dedos. El movimiento parecía casual, pero su mirada tenía un propósito: evaluar la reacción del capitán, medir el alcance de su afecto por Denise.

Robert fue consciente de ello y se apresuró a calmarse. Pero ya era tarde. El lord había visto el amor profundo que le profesaba a la sirvienta.

A su vez, Eleanora lo miraba con desconsuelo, al captar lo mismo que su padre. Agarró su copa de vino con manos temblorosas y bebió un trago. Sabía que el comentario de su progenitor había arruinado la velada, pues el baronet estaba enojado y el capitán, su enamorado, se había alejado de sus intenciones de pedirle matrimonio. Lo que debería haber sido una noche de ensueño se

había transformado en una pesadilla. Ella tenía la culpa. Le había pedido a su padre que alejara a Denise de su héroe y su jugada había salido mal.

La velada continuó con más pena que gloria; la despedida fue fría por parte de todos. Ni siquiera el acercamiento de Eleanora hacia el capitán logró efecto. Aun así, ella no perdía la esperanza. Solo había perdido una batalla, no la guerra.

A pesar de estar en la última etapa de la primavera, el ambiente era fresco. Aun así, los hermanos Horner se quedaron en lo alto de los escalones de la entrada del palacio. Mientras contemplaban a los Blackwood alejarse en su flamante carruaje, Bryce dijo:

—¿Qué hay de cierto en lo que ha comentado el conde sobre Denise?

El capitán lo censuró con la mirada, un gesto que sorprendió a su hermano.

—¡Denise no es una ladrona! ¡Nunca lo ha sido!

El baronet alzó una ceja ante su estallido. Parecía que se había convertido en el protector de Denise. Sin duda había algo que se le escapaba. Lo que sí tenía claro era que sentía que algo se había fracturado en la velada… y en el destino de su hermano. Intentó no obsesionarse, primero de todo debía cerciorarse de que la sirvienta fuera digna de trabajar en Tarraco Palace.

—Ahora mismo averiguaremos la verdad.

Capítulo 8

Denise seguía frente al fregadero lavando platos. Por más que se esforzaba, la torre de cacharros parecía crecer sin fin. Cuando creía que avanzaba, llegaba otra tanda de vajilla sucia y alimentaba su sensación de agotamiento.

El ajetreo en la cocina continuaba, pero de pronto el sonido se desvaneció, dando paso a un silencio extraño, solo interrumpido por murmullos apenas audibles. Se giró y encontró a todos mirándola. Sus ojos acusadores la paralizaron. Entreabrió la boca para preguntar el motivo, pero el peso de su juicio la dejó muda.

—¿Es verdad lo que dice el conde de Blackwood sobre ti? —preguntó el lacayo de cabello moreno, que había servido a los nobles en el comedor formal y lo había escuchado todo.

Ella frunció el ceño, su corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Qué… qué ha dicho? —logró preguntar a duras penas.

—Que eres una ladrona y que por eso te echaron de Ashbourne House.

El aire se le cortó en los pulmones, al tiempo que un escalofrío cruzaba su columna vertebral. No podía ser verdad.

En ese instante entró Beatrice, su mirada gris estaba velada por la

preocupación.

—Denise, el sir te espera en la biblioteca. Quiere hablar contigo.

—Señora, yo… yo…

El ama de llaves la interrumpió con suavidad.

—Si dices la verdad, no tendrás ningún problema.

Denise asintió y se secó las manos en el delantal antes de quitárselo. Recorrió con la mirada a los demás; el peso de su juicio era una herida punzante, imposible de sanar. Aunque demostrara su inocencia, su nombre quedaría manchado para siempre. Desde el principio, había sabido que el conde tenía un corazón negro, pero jamás imaginó que lo llevaría tan lejos. Nunca había robado a nadie. Ni siquiera en sus peores momentos la idea de hacerlo había cruzado por su mente. Echó a andar sin dejarse intimidar. Alzó la barbilla y resistió los comentarios soeces que escuchó a su paso. Se dirigió a la biblioteca con el corazón encogido y, a la vez, con la fortaleza que le daba su inocencia.

Ya frente a las imponentes puertas doradas, golpeó la batiente con los nudillos.

—Adelante —escuchó la voz de Bryce.

Antes de entrar, se tocó el moño con manos temblorosas y alisó su vestido con gesto nervioso. Inspiró hondo, como si necesitara llenar sus pulmones de coraje, y entonces abrió la puerta.

El capitán y el baronet estaban sentados el sofá rococó de delante la chimenea, sostenían una pequeña copa de jerez. La observaron mientras avanzaba hacia ellos. Bryce permaneció inmóvil, pero su hermano se alzó y dejó la copa sobre la repisa de la chimenea.

—¿Sabes el motivo por el cual estás aquí? —preguntó el baronet, inclinándose hacia adelante para dejar su licor en la mesa auxiliar.

Denise fijó su mirada en el capitán. El celeste de sus iris le transmitió la paz que precisaba en ese instante, en el que su cuerpo

temblaba por el miedo a ser expulsada. Sin embargo, era una batalla que debía enfrentar sola. Giró el rostro hacia el baronet, decidida a desenmascarar la mentira que habían vertido sobre ella.

—Sí. El conde de Blackwood me ha acusado de haber robado en Ashbourne House.

—¿Y qué tienes que decir en tu defensa?

—No soy ninguna ladrona, sir. Nunca he robado nada.

El capitán se alzó, dejó su copa sobre la repisa de la chimenea y dio un paso al frente.

—¡Sabía que el conde mentía! —soltó, con un matiz nervioso impreso en la voz.

Bryce giró el rostro y lo observó. Su hermano nunca perdía el control. Sabía de su valentía, de su bondad, de su empatía y del fuerte sentido de la justicia que guiaba sus acciones. Sin embargo, su intuición le advertía que esa ocasión había algo más. Algo mucho más profundo. De nuevo centró su atención en la sirvienta.

—Si estás diciendo la verdad —prosiguió Bryce con tono analítico—, ¿por qué el conde de Blackwood haría una acusación tan grave?

La pregunta puso nerviosa a Denise, y eso alertó al capitán. Ella escondía un secreto. Las arrugas en las comisuras de sus ojos y sus labios apretados daban fe de ello.

La muchacha unió las manos en su afán de detener el temblor.

—No me echaron de Ashbourne House. Me fui por voluntad propia. No… no podía quedarme allí más tiempo… —Su voz empezó a temblar y se detuvo.

El capitán percibió su tormento, pues había más detrás de esa historia. Se acercó, sus ganas de abrazarla y calmar sus temores eran inmensas, pero se obligó a guardar una prudencial distancia.

—Puedes confiar en nosotros —pronunció en un tono suave.

Denise miró por encima del hombro de él y observó a Bryce. Parecía demasiado interesado en el asunto. Pero por prudencia, debía guardar el secreto. El malvado conde lo sabía y se aprovechaba de ello.

—¿De qué servirá decir la verdad? —susurró, con la voz empañada de resignación—. Las falsedades del conde de Blackwood pesarán más que la verdad de una insignificante sirvienta como yo.

La mirada del capitán se tornó cálida, cargada de un afecto sincero que hablaba más que las palabras.

—Tú no eres solo una sirvienta. Eres mucho más, muchísimo más. No lo olvides nunca.

Las palabras conmocionaron a Denise. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Él le sonrió, una sonrisa que fue su bálsamo en medio del sufrimiento. Bryce se levantó y se acercó a ellos. Los observó con detenimiento. Parecían envueltos en un velo especial que los apartaba del resto del mundo. Carraspeó para devolverlos al presente.

Tanto Denise como Robert reaccionaron, como si despertaran de un sueño. Las mejillas de ella se encendieron, mientras el capitán hacía una mueca de sorpresa.

—Está bien. Puedes marcharte —ordenó Bryce.

Ella asintió.

—¿Me va a echar?

El baronet guardó unos instantes de silencio, calibró su respuesta. Su mirada se deslizó hacia su hermano, quien, con el aliento contenido, esperaba el veredicto. Bryce inspiró con gesto solemne.

—No.

La puerta apenas hizo ruido cuando Denise la cerró después de marcharse. Bryce

observó a su hermano con intensidad, con su mirada cargada de

preguntas no formuladas. Robert frunció el ceño, incómodo bajo ese escrutinio.

—¿Por qué me miras así? —indagó.

—¿Hace falta que te lo diga?

El capitán bufó, se giró y se acercó a la chimenea, entonces agarró la copa con un gesto tenso y apuró su jerez de un solo trago. El licor ardió en su garganta, pero no tanto como la incertidumbre que lo consumía. Miró la pequeña copa mientras la hacía girar entre sus dedos, se mantuvo de espaldas a su hermano para que su semblante no revelara más de lo que deseaba.

—Denise es una buena muchacha —murmuró lo suficiente alto para que Bryce lo escuchara. Percibió cómo su hermano tomaba asiento tras él.

—No tengo duda alguna. Es más, si te sirve de alivio, creo más en ella que en el conde. Por eso no la he echado.

El capitán se dio la vuelta.

—¿Te gusta Denise? —preguntó Bryce.

Robert unió las manos a la espalda.

—Es hermosa…, demasiado hermosa.

El baronet soltó una carcajada.

—¡No eludas la pregunta! Y sí, cierto, es hermosa, salta a la vista. Con las ropas adecuadas, la confundirían con una noble.

Los ojos del capitán se iluminaron por un instante al imaginarla vestida con un precioso vestido de seda y muselina.

—Estaría muy hermosa —concordó, pero sacudió la cabeza para sacarse tales imágenes. Su preocupación iba por otro camino—. Averiguaré el motivo por el cual se marchó de Ashbourne House.

Bryce se alzó tan rápido que su hermano creyó que el asiento tenía agujas.

—Ni se te ocurra. Yo me encargaré de este asunto. —Su tono fue

tajante.

El capitán lo escudriñó con la mirada, bufó al llegar a una conclusión.

—No te fías de mí.

Esbozó una sonrisa que nada tenía de alegre, más bien mostraba una tristeza controlada.

—No soy estúpido, Robert. Esa muchacha te agrada, y me atrevo a decir que te has enamorado de ella. Pero no puedes casarte con Denise. Te guste o no pertenecéis a clases sociales diferente y sería un escándalo de mayúsculas consecuencias. Si lo haces, no solo romperás la promesa que me hiciste, sino que padre se revolverá en su tumba al atreverte a arrastrar el apellido familiar por el fango.

El capitán acortó la distancia que los separaba y se situó frente a su hermano, a un escaso palmo de distancia. Rara vez perdía la compostura, pero su interior estaba al límite y el estallido llegó.

—¿Te crees que no lo sé? —soltó a voz de grito, la pequeña cicatriz sobre su labio superior se tensó—. ¡No hace falta que me recrimines nada! He entregado mi futuro por el buen nombre de la familia. Me sacrificaré… ¿Qué más quieres de mí?

Su hermano se dejó caer en el sofá como si su cuerpo pesara toneladas. Se pasó la mano por su cabello oscuro, su expresión se ensombreció, como si el peso de su propia culpa lo aplastara.

—Lo siento, Robert. Estoy siendo muy injusto. Es cierto: te vas a sacrificar por el buen nombre de la familia, pero sobre todo por mí. —Tragó saliva y continuó con voz temblorosa—. Soy incapaz de volverme a casar y engendrar herederos, y te he trasladado esa responsabilidad.

El capitán vio el sufrimiento devorando a su hermano. Dejó su enfado a un lado y se apresuró a sentarse a su costado, le palmeó la rodilla. El baronet giró el rostro y lo contempló con el brillo de

lágrimas silenciosas en sus ojos grises.

—No sigas torturándote, Bryce. Siempre hemos estado unidos, y esta vez no será diferente.

Mientras tanto, en Ashbourne House, en el salón privado del conde, El Cuervo degustaba el *whisky* que le había regalado a Blackwood. Estaba muy cómodo instalado en el sillón de cuero, como si le perteneciera.

—Reconozco que sabes de *whisky* —repuso el conde llevando el vaso a la nariz—. Sin duda es escocés, noto su aroma ahumado y tostado.

—Su propietario ha pasado a mejor vida. No lo iba a disfrutar, así que me lo llevé.

Lo explicó con cierto regocijo. Blackwood no necesitó preguntar. Sabía que lo había asesinado. Bebió un sorbo antes de hablar, sin duda era un gran *whisky*.

—He encontrado la manera de deshacernos del capitán Horner.

El Cuervo lo miró con interés, y habló:

—Hay que hacerlo cuanto antes si queremos que nuestro negocio funcione.

—Estoy de acuerdo. Precisamente tengo una lista de embarcaciones que debes asaltar. Hay una en especial con una carga de oro que nos conviene.

Los ojos del pirata destellaron de emoción.

—Bien, eso me gusta —dijo en un siseo placentero. Era evidente que disfrutaba siendo un delincuente—. Pero primero debemos matar al capitán.

—Será más fácil de lo que crees. —Se levantó para servirse otro trago de licor—. El muy idiota se ha enamorado.

El Cuervo echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas.

—La peor enfermedad de un hombre es enamorarse de una mujer.

—Coincido contigo. Y esta lo llevará a la muerte.

Se acercó al escritorio y agarró la botella de *whisky*. El sonido del líquido ambarino derramándose en el vaso llenó la estancia. El conde se giró y lo observó mientras el licor rozaba sus labios. Saboreó el pequeño sorbo con deleite y dejó que el fuego ambarino calentara su garganta.

El pirata alzó una ceja ante su silencio.

—¿Has pensado en algún plan?

Blackwood dejó el vaso sobre la mesa con tranquilidad. Una peligrosa sonrisa curvó sus labios antes de hablar.

—Secuestrarla será solo el primer paso. Pediremos un rescate, pero el objetivo real es él. Quiero que sufra antes de morir. Mantenlo con vida, lo suficiente para que vea cómo disfrutas de su preciosa sirvienta. Ama a esa mujer, y ver su desgracia será una tortura peor que la muerte.

Las pupilas de El Cuervo se dilataron al imaginarse la escena, y un escalofrío de placer recorrió su cuerpo. Con un gesto casi reverencial, deslizó los dedos sobre sus tatuajes; cada marca era el tributo a un enemigo caído, un trofeo impreso en su piel. Pero aún quedaba espacio. En el dorso de su mano guardaba un lugar especial, reservado para el capitán Horner. Quería que su recuerdo quedara tatuado allí, donde pudiera verlo siempre, donde su victoria jamás se desvaneciera.

—Disfrutaré enormemente —manifestó mientras se imaginaba el tatuaje—. Y después lo echaré al mar para que sirva de comida a los peces.

Blackwood agarró un abrecartas y acarició la punta con el índice. La hoja plateada se reflejaba en su mirada malvada.

—Y no se te ocurra traicionarme como la otra vez.

En un movimiento rápido, lanzó el abrecartas, que se clavó en el sillón, apenas a unos centímetros de la cabeza cubierta por la bandana. El pirata ni siquiera se inmutó, pero lo desafió con sus ojos oscuros.

—Porque si se te ocurre hacer algo en mi contra, lo pagarás caro —sentenció el conde.

Mientras tanto, ajena a lo que sucedía en el salón privado de su padre, Eleanora se había cambiado para acostarse. Su doncella ya había abandonado la estancia y estaba sola. Vestía un camisón blanco con encaje y bordados exquisitos, y por encima, una bata de seda azul celeste.

Se había sentado en el *chaise longue* tapizado en terciopelo dorado, ubicado cerca del gran ventanal. Se tumbó y emitió un gran suspiro que delataba su frustración. La sensación de estar perdiendo al capitán cada día era más intensa y el fracaso de la cena ya no dejaba duda alguna. Respiraba con demasiada intensidad, era incapaz de encontrar una solución para atraerlo de nuevo, aun así, se negaba a rendirse y seguiría luchando.

Se levantó y se acercó a la ventana, abrió la batiente. El aire fresco de la noche alivió su malestar. Inspiró hondo varias veces en un intento por calmar el torbellino en su pecho. Sin embargo, un sonido leve rompió la tranquilidad: era el crujido de las piedras bajo los pies. Se asomó y apoyó las manos en el alféizar. La luz de las velas del salón privado de su progenitor se colaba por la puerta doble, y le permitió distinguir una figura alejándose. Su padre le dijo algo, pero no logró entenderlo. El desconocido se detuvo y volteó con lentitud.

La escasa luz permitió a Eleanora distinguir algunos detalles: una bandana oscura envolvía su cabello, y su camisa blanca resaltaba en la semioscuridad. Las mangas arremangadas dejaban al descubierto

tatuajes. La curiosidad la impulsó a inclinarse más, ansiosa por ver mejor. Pero sus pequeñas manos resbalaron sobre el alféizar y perdió el equilibrio. En un acto reflejo, agarró el borde antes de caer. Un grito agudo escapó de sus labios rompiendo la quietud nocturna.

Víctor alzó la cabeza de inmediato. Eleanora soltó otro chillido, esta vez de pavor, cuando la cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda quedó por completo iluminada. El conde salió al jardín de inmediato. Cuando vio a su hija en la ventana, sus ojos se cruzaron. La mirada fría de su padre la atravesó como una daga. Luego, sin apartar su gesto severo, giró la cabeza hacia Víctor.

—¡Vete! —ordenó con voz autoritaria.

Eleanora logró recuperar el equilibrio y cerró la ventana de golpe. El sonido retumbó en el jardín, como un eco de su sobresalto. Pegó la espalda a la pared y se llevó la mano al pecho a fin de recuperar la respiración. No solo la mirada dura de su padre la había dejado helada, sino también el aspecto del desconocido. Parecía un asesino despiadado. Y no entendía por qué su padre estaba a esas horas con un hombre como ese. De pronto, la puerta de su alcoba se abrió.

Era su padre. Con la furia contenida en su rostro, tan intensa que parecía a punto de desatarse.

Capítulo 9

—¿Cómo te atreves a espiar lo que hago? —chilló el conde, avanzando hacia su hija con pasos furiosos.

Eleanora emitió una exclamación de pavor. Sus ojos descendieron a los puños apretados de su padre, y por primera vez en la vida pensó que la golpearía. Nunca lo había hecho, pero jamás lo había visto tan consumido por la ira.

—Yo… yo… no te espiaba —murmuró con la voz atrapada por el miedo.

Blackwood la agarró de la muñeca con fuerza y la arrojó al suelo.

—¡Maldita muchacha malcriada!

Ella se quedó allí, medio sentada, con las palmas hundidas en la alfombra. Alzó la vista, y las lágrimas comenzaron a deslizarse, cálidas y silenciosas, por sus mejillas.

—Me sentía agobiada… Necesité aire fresco para recomponerme —balbuceó entre llanto.

El conde dio un paso más hacia ella. Eleanora sintió que su padre se había convertido en un ogro, y se arrastró hacia atrás empujada por su instinto de supervivencia.

—¡Levántate!

La hija, temblando como una hoja, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Se sujetó al *chaise longue* para incorporarse, su cuerpo estaba débil por el miedo. Nunca había visto esa maldad tan visceral en su mirada. Parecía que la odiaba. Una vez de pie, sus ojos se cruzaron, estaban cargados de tensión contenida. De reojo, contempló la puerta abierta de su alcoba. Si la situación se complicaba, solo le quedaría echarse a correr.

—Ni se te ocurra mencionar a nadie, absolutamente a nadie, a quien viste. ¿Me escuchas? —Su tono se tornó más bajo, pero era aún más intimidante.

Eleanora asintió, sin poder detener el temblor en su cuerpo.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar.

No hacía falta ser muy lista para saber que su padre guardaba secretos muy oscuros.

—Nadie. Borra de tu mente al individuo que has visto o lo perderemos todo.

Los ojos de ella se abrieron de par en par. ¿Perderlo todo? Tragó saliva. El asunto era aún más oscuro de lo que pensaba.

El conde se acercó. Eleanora se quedó petrificada. Sin embargo, la mirada de su padre se había suavizado. Su cuerpo ya no estaba tan tenso, aunque ella no bajó la guardia. Algo en su interior le decía que no debía confiar.

Entonces, la sorprendió: le besó la frente.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches, papá. —Se apresuró a responder, deseando que se marchara cuanto antes.

En cuanto su padre cruzó la puerta, corrió a cerrarla con llave, pues todavía sentía el peligro en cada rincón de su alcoba. Se acercó a su lecho y se dejó caer sobre el colchón. Su mente repasaba lo sucedido en un intento por procesarlo. De hecho, no daba crédito.

Lo peor no era el maltrato recibido, ni la furia de su padre. Lo peor era la amarga certeza de que podía volver a ocurrir. Su mente se llenó de preguntas. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué relación tenía con su padre? Pero una cosa la tenía clara: no pensaba dejarse sorprender de nuevo. Por alguna razón, había percibido esa noche que su vida estuvo en peligro. Y no permitiría que sucediera otra vez.

Se metió en el lecho, pero sabía que no dormiría. El miedo todavía se aferraba a su cuerpo, y dudaba que lo abandonara mientras viviera bajo el mismo techo que su padre. Descubrir de golpe que su progenitor no era el hombre que había creído, le estaba provocando un dolor punzante y una enorme decepción, y tardaría en sanar. Desde esa noche, cerraría su puerta con llave siempre. Pensó en Robert, y sus ojos se humedecieron. Con él siempre estaría segura. Solo anhelaba recuperarlo, que le pidiera matrimonio, para así marcharse de Ashbourne House. Y no regresaría nunca más.

***

Los días se fueron deslizando como olas arrastradas por el viento hacia la playa. El verano se acercaba y teñía las horas de tonos dorados y pálidos.

Era medianoche cuando el capitán Horner entró en el Ferrell's. Había pasado la velada en Terpsíchore's, el exquisito salón de baile de Olympo Park. Había bailado con Eleanora y conversado largo rato, pero ambos se marcharon temprano. Sabía que la dama ansiaba su propuesta de matrimonio, pero algo en su interior se negaba a dar el paso. Ella intentaba disimular su frustración, sin embargo, las murmuraciones malintencionadas que la rodeaban comenzaban a afectarla. Y si debía ser sincero, él se sentía el

culpable.

Porque los días pasaban y debía decidirse; Eleanora no merecía menos. Pero esa noche había advertido algo distinto en ella. No sabía si había discutido con su padre, pero cada vez que lo miraba su expresión contenía dureza… y pavor. No se había atrevido a preguntar, solo esperaba que fuese algo pasajero.

En cuanto cruzó la puerta del Ferrell's, percibió un bullicio contenido, una tensión disfrazada de diversión. Los caballeros conversaban con animación, y sus ojos brillaban entre la sorpresa y el entretenimiento. Desde uno de los salones, el humo de los caros puros flotaba en el ambiente, atrapado en el aire espeso, a pesar de la brisa nocturna que entraba por las ventanas abiertas.

El capitán divisó a Barney, de pie junto a sus buenos amigos, el marqués de Cherfield y el conde de Brewton, ambos sentados con otros caballeros.

Cuando Barney lo vio, se acercó de inmediato.

—Hola, Robert, me alegra verte.

—¿Son imaginaciones mías o el Ferrell's hoy está más alborotado que de costumbre?

Barney sonrió.

—Hay mucha expectación, lo reconozco.

—¿Acaso ha sucedido algo de lo que no me he enterado?

Su amigo arrugó el entrecejo.

—¿No has escuchado nada en Terpsíchore's? Todo Londres habla de lo mismo.

—Me fui pronto del salón de baile —explicó con una mueca.

—Resulta que el duque de Larsen ha regresado.

El asombro del capitán arrancó una sonrisa a Barney.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó atónito—. Pensé que había desaparecido para siempre después de la misteriosa muerte de su

esposa.

—Todos dábamos por hecho que no volvería jamás.

—¿Ha regresado con su hijo?

—No. Ha regresado con su nueva esposa… una joven que podría ser su nieta.

Robert siseó, incrédulo.

—¡Ahora entiendo el alboroto!

—De momento nadie ha visto a la duquesa de Larsen, y puedes imaginar… — Barney, cuidando de no llamar la atención, hizo un leve gesto con la cabeza.

El capitán siguió su mirada, contempló el ir y venir frenético de libretas por el salón.

—Veo que las apuestas corren como la pólvora.

—¿Te atreves a apostar sobre la duquesa?

El capitán hundió los hombros y negó con la cabeza.

—Mi suerte últimamente me ha abandonado.

El semblante de Barney se ensombreció al percibir el sufrimiento de su compañero y quiso animarlo.

—¿Mal de amores, amigo? —le palmeó el hombro—. Ya sabes lo que dicen: afortunado en el juego, desgraciado en amores. —Miró al marqués de Cherfield y al conde de Brewton, que continuaban conversando animadamente—. Únete a nosotros un rato, necesitas olvidarte de todo.

El marinero guardó unos segundos de silencio, como si su interior estuviera debatiéndose. Entonces, se enderezó, como si en ese instante hubiera desterrado cada pensamiento oscuro que lo atormentaba.

—Sabes, tienes razón. Necesito olvidarme de lo complicada que es la vida, aunque sea por un par de horas. Mañana será otro día.

—¡Así me gusta, esa es la actitud!

El capitán y Barney se dirigieron hacia la mesa, donde los demás caballeros los recibieron con sonrisas animadas y copas en alto. Entre charla y risas, el conde de Brewton compartió una noticia emocionante: su esposa Krista esperaba un bebé, sería el segundo hijo de la familia. El capitán lo felicitó con entusiasmo, y todos brindaron con *champagne* por la maravillosa noticia.

Mientras el líquido dorado rozaba sus labios, Robert no pudo evitar imaginar cómo sería su vida si él también tuviera una familia. Su mente viajó hacia Denise, estaba seguro de que ella sería una madre amorosa, llena de ternura. El pensamiento se expandió en su interior, y dibujó una escena imposible: él y Denise caminando juntos por el parque, cogidos de la mano, sus hijos riendo a su lado. Pero el espejismo se disipó de golpe. Sacudió la cabeza, y borró esa imagen antes de que pudiera arraigarse en su corazón. Estaba peor de lo que creía.

Y así, entre conversaciones y apuestas, Robert logró, aunque solo fuera por un instante, olvidar la angustia que lo consumía.

***

Un nuevo amanecer desgarraba las sombras de la noche, pero las sombras de Denise eran largas y densas, resistentes a la luz del día. El sol anunciaba su reinado dorado, sin embargo, ella continuaba atrapada en el pozo frío de su tristeza.

Cuando encontró a Beatrice, esta le informó que la sirvienta que había ocupado sus tareas se había torcido el tobillo y ahora debía encargarse de labores más ligeras. Y así, Denise tenía que volver al jardín y a la alcoba del capitán Horner. Su corazón se encogió, pero reprimió cualquier muestra de inquietud ante el ama de llaves. En cuanto la perdió de vista, bufó entre dientes. La idea de cruzarse

con él era una prueba difícil de soportar. Parte de ella anhelaba verlo, pero la prudencia le advertía que no tentara a la suerte.

Lo echaba de menos. Cada vez que el capitán estaba cerca, su cuerpo se transformaba. Era como si mariposas de fuego desplegaran sus alas en su interior, y le provocaba un estremecimiento capaz de arrancarle gemidos de placer. Negó con la cabeza. No debía pensar en eso.

Decidida, encaró el nuevo día. Saludó a sus compañeros, pero solo recibió silencio. Desde que el conde Blackwood la acusara de ladrona, unos la miraban con reservas, otros con absoluto desprecio. Le dolía. No podía evitarlo. Pero escondió su sufrimiento detrás de una máscara de indiferencia. Siempre se había mantenido al margen, no por capricho, sino por protección. Lo sucedido en Ashbourne House la había marcado, y si alguien descubría la verdad, sería ella quien pagaría el precio. La verían como una libertina sin escrúpulos dada al pecado carnal y perdería su trabajo.

Después de desayunar, se dirigió al jardín. Pronto se vio rodeada de mariposas, como si la recibieran tras su ausencia. Echaba de menos el jardín, el sol acariciando su piel, la brisa envolviéndola en un abrazo tibio. Sin darse cuenta, empezó a tararear una canción.

Las rosas estaban espléndidas, eran las únicas flores que tenía prohibido cortar. El baronet las quería todas para su esposa fallecida. Denise dejó de cantar, lo cierto era que empezaba a comprender al noble. Porque ella también sentía un vacío que no sabía explicar. El día en que el capitán se marchara a seguir con su vida, su mundo se teñiría de un color demasiado oscuro. Solo de pensar que no volvería a verlo jamás su corazón chocaba en sus costillas de manera dolorosa. Respiró hondo. No podía permitirse pensar en ello.

Avanzó hacia el parterre, donde la lavanda se inclinaba al viento. Su aroma penetró muy adentro e inundó su alma de buenas

sensaciones. Se inclinó y, con las tijeras, cortó los manojos que convertiría en ramos preciosos, atados con cinta blanca. No solo adornarían el palacio, sino que esparcirían un perfume capaz de consolar los más abatidos corazones, como el suyo.

Mientras tanto, el capitán se removía en su lecho. Abrió los ojos con lentitud. Unos pinchazos sacudieron su cabeza; era la resaca que protestaba contra los excesos de la noche anterior. Nunca había sido un hombre dado al alcohol, salvo en su juventud, pero la noche anterior había creído que un par de copas aliviarían la tensión que su cuerpo no lograba contener.

Los últimos días habían sido una tortura. Denise había desaparecido del jardín y tampoco limpiaba su alcoba. Sabía que seguía en Tarraco Palace, pero se mantenía lejos de él. Al principio lo agradeció, convencido de que era una señal, una bendición que lo ayudaría a seguir el camino correcto. Pero la realidad era otra muy distinta.

Cada día sin verla era el peor de los castigos, y notaba que estaba llegando a su límite. Apartó las sábanas con un gesto rápido impregnado de furia, sin embargo, el movimiento brusco intensificó los pinchazos de su cabeza. Apretó los dientes, como si ese gesto fuera a contener su dolor, sin embargo, ahí seguía perforando sus sienes con insistencia. Cuando sus pies tocaron el suelo, el frío fue un bálsamo para un cuerpo encendido por los deseos nocturnos que lo atormentaban. Se rio de sí mismo. Al menos, en sus sueños, ella le pertenecía.

Consciente de que ya no podía seguir así. Se vistió rápido, fue al escritorio y agarró un papel. Mojó la pluma en el tintero y escribió una nota a Eleanora, solicitando un encuentro con ella y su padre en Ashbourne House. No hacía falta entrar en detalles. La dama sabía bien de qué se trataba: era su pedida de mano.

Le entregó la nota a un lacayo y le dio instrucciones, debía entregarla a la dama en persona y esperar su respuesta. Sin embargo, no sintió la paz que debería haber sentido. Todo lo contrario: una soga imaginaria le cortaba la respiración. Abrió la ventana y el aire irrumpió en la alcoba y sacudió las cortinas a su alrededor. Infló los pulmones. Y entonces escuchó su canto.

La voz de Denise lo atravesó como una flecha, dulce como la miel, irresistible como el canto de sirenas. Pero él no tenía la fortaleza de Ulises. El fuego vibrante en su piel fue más fuerte que su razón.

Y corrió al jardín.

Capítulo 10

Entre las flores del jardín donde los colores cantaban y el sol murmuraba luz, estaba Denise, la mujer que Robert no podía sacarse de la cabeza, y mucho menos arrancarse del alma. Ella había penetrado por todas las capas, como el rayo que atravesaba el aire sin previo aviso.

La muchacha se movía con una gracia instintiva, cortaba manojos de lavanda mientras las mariposas danzaban a su alrededor. Pero cuando Robert avanzó hacia ella, su presencia rompió el hechizo y los frágiles insectos huyeron, como si percibieran el vendaval de emociones que se avecinaba.

Cuando ella alzó la mirada, su mundo se estremeció. Los ojos del capitán eran océanos de palabras no pronunciadas, de sentimientos que se debatían entre la contención y el deseo. Y en ese instante, sin necesidad de hablar, se dijeron todo.

El capitán la contempló con las pupilas bien abiertas, con sus ojos llenos de palabras, se lo decían todo sin decir nada. Se quedaron así, en un tiempo suspendido, contemplándose sin prisas, como si fueran los únicos habitantes de ese universo donde la luz acariciaba sus rostros y la brisa los envolvía en un abrazo invisible.

Pero Denise, con una súbita conciencia de la realidad, desvió la mirada hacia el cesto. Había terminado. Podía marcharse. Con gesto sereno, colgó el cesto en el hueco del codo y pronunció con una voz apenas alterada por el temblor en su pecho:

—Buenos días, capitán Horner. Tengo tareas que atender.

Dio un paso adelante, dispuesta a marcharse, pero la mano de él se posó en su brazo con una delicadeza que desmentía la urgencia en su mirada.

—No te vayas, no todavía.

La súplica contenida en su voz hizo que el tiempo se volviera aún más lento. Denise bajó la vista, observó esa mano firme que la retenía. Sentía en su interior la batalla entre lo que debía hacer y lo que su corazón anhelaba.

—Por favor, déjeme marchar.

—No puedo… —Su voz estaba áspera, como si cada letra le costara respirar—. Te he echado de menos estos días.

Las palabras calaron hondo, y removió sentimientos que ella había intentado sofocar. Un temblor recorrió su labio inferior. Negó con la cabeza, implorándole con la mirada que no siguiera adelante.

—No siga antes de que se arrepienta de algo.

Pero Robert ya había cruzado la línea. No había retorno. Cogió el cesto de flores y lo dejó caer al suelo sin importarle nada más en el mundo. Sus manos, cálidas y firmes, encontraron sus antebrazos y en un movimiento decidido la acercó a su cuerpo. Su respiración era un eco de la suya, su proximidad un incendio que amenazaba con consumirlos. Acercó su boca a la de ella, apenas quedaron separados por un suspiro de distancia. Entonces, él habló:

—Eres un misterio para mí. Jamás un beso me embrujó como lo hizo el tuyo. Mi vida ha sido un tormento desde que probé tu boca, desde que sentí la humedad de tu lengua, la tibieza de tu contacto.

Las palabras se deslizaron sobre su piel como dedos invisibles. Denise sintió el escalofrío recorrerla, cada fibra de su ser se estremeció. Quiso responder, quiso rechazarlo, pero su propia respiración traicionó su lucha.

—No… no vuelva a besarme, le dije que no podía volver a suceder —susurró, aunque el brillo en sus ojos gritaba lo contrario.

Robert era un hombre que conocía demasiado bien la verdad que los cuerpos revelaban, más allá de las palabras. La contempló con intensidad, resiguió la línea de sus labios con la yema de su pulgar.

—He luchado contra los peores enemigos que un hombre puede enfrentar, y aquí me tienes… rogándote un beso.

Su voz, profunda y sincera, hizo que el mundo a su alrededor desapareciera. Solo existían ellos, el deseo atrapado entre sus cuerpos, la necesidad escrita en cada mirada.

Y cuando por fin la besó, fue con la furia de los vientos inflando las velas, con la intensidad de las olas golpeando el casco, con la fuerza de un sol abrasador sobre la piel. Sus lenguas eran ríos caudalosos que recorrían el camino saltando por los puentes más altos. Un beso que no provenía de la lujuria de dos cuerpos que ansiaban unirse, sino de un sentimiento que pulsaba en sus corazones y que provocó que la fusión de sus bocas se intensificara a cada segundo. Un mundo de sensaciones cubrió ambos cuerpos, un calor delicioso invadió sus pieles, y la necesidad de más echó raíces.

El capitán se volvió osado, le acarició la espalda y cuando posó las manos en sus nalgas apretó su virilidad en ella. En ese instante la muchacha tomó conciencia de que estaba yendo demasiado lejos; nunca a un hombre le había permitido tal intimidad. Separó su boca de la de él, como si de pronto fueras brasas ardientes difícil de soportar.

—Capitán…, no… no es correcto —murmuró Denise a duras penas, su voz estaba atrapada entre el deseo y la resistencia, mientras lo miraba con ojos que temblaban pasión y miedo a la vez.

El marinero le regaló una sonrisa que era todo menos inocente, una sonrisa que desarmaba, que seducía con una seguridad arrolladora.

—Robert —corrigió él, con un tono que más que una petición parecía un desafío, mientras la mantenía cerca, atrapada en su abrazo.

—No puedo —susurró ella, intentando aferrarse a las reglas que la protegían de lo que su corazón ansiaba.

—Sí, puedes. Pruébalo.

El tono travieso, la picardía en su mirada, la calidez en su voz… todo conspiraba contra su voluntad. Y fue inevitable: una carcajada escapó de sus labios.

—Ro…Robert —pronunció entre risas, sorprendida por lo fácil que era derribar esa barrera.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Unos gorriones revolaron sobre sus cabezas y rompió la burbuja íntima en la que se habían sumergido. Fue en ese instante que Denise se dio cuenta: estaba expuesta a las miradas indiscretas. Con un súbito impulso, empujó al capitán y puso distancia, miró a un lado y a otro con el rostro cubierto de temor.

—No hay nadie —susurró Robert, en un intento por calmarla.

—No esté tan seguro. Siempre hay ojos observando, capitán Horner.

Él frunció el ceño, esa pequeña reprimenda en su mirada fue suficiente para recordarle que quería que lo llamara por su nombre.

—Quiero decir, Robert —corrigió ella, sintió el calor invadir su rostro—. Y ahora debo marcharme. No querrás que el ama de llaves

me riña por descuidar mis tareas.

Él, sin soltarla del todo, inclinó el rostro con curiosidad. No podía ignorar el mal presentimiento que le rondaba desde que supo que Denise tenía una historia con el conde. Era un asunto al que le había dado muchas vueltas. De acuerdo que Bryce le había prohibido inmiscuirse, pero no podía dejarlo estar, porque su instinto de protección hacia ella cada día pulsaba con más fuerza en su corazón.

—Antes de que te vayas, cuéntame qué problema tuviste con el conde de Blackwood.

El cambio de tema la golpeó con una fuerza inesperada. En su interior, una sombra oscura se removió. Denise bajó la vista, su expresión se tornó opaca, como si estuviera cerrando una puerta dentro de sí misma.

—No debo… —susurró con el peso de un secreto que no quería desvelar.

Pero Robert no estaba dispuesto a retroceder. Acortó la distancia, dejó que su mano encontrara la mejilla de ella en un gesto instintivo, cálido y protector. Su piel era un susurro de suavidad, un océano de sensaciones que lo estremecieron.

—Confía en mí. Puedo ayudarte.

Denise lo observó con una mezcla de incredulidad y ternura. Apenas pudo regalarle una tímida sonrisa, era lo máximo que podía darle sin arriesgarse demasiado.

—Hay secretos que es mejor dejar en la oscuridad.

Suspiró, intentando aplacar el latido furioso de su corazón. Su realidad era demasiado angustiosa, y debía poner freno tanto a sus emociones como a las de él.

—Nuestros caminos deben separarse para siempre, Robert. Por favor, esto no tiene sentido.

—Estás equivocada. El amor siempre tiene sentido.

Las palabras de él la sorprendieron, y el capitán lo notó en su mirada. Pero, tan rápido como apareció, esa sorpresa se desvaneció y no dejó rastro alguno.

—¿Amor…? —murmuró la muchacha en un largo suspiro, llena de escepticismo.

—Me he enamorado de ti. Y para mí tiene mucho sentido.

Denise sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Boqueó, perdida en una marejada de sentimientos encontrados. La amaba. Y, para su desesperación, ella también lo amaba. Pero era un amor imposible, y no debía olvidarlo nunca.

No pudo moverse cuando él acunó su rostro con una ternura devastadora y empezó a depositar besos por su frente, sus párpados cerrados, su nariz, sus mejillas… cada caricia acompañada de un «te amo» que se filtraba en su piel y su alma. Y cuando llegó a sus labios, el beso que le entregó fue una combinación embriagadora de dulzura y fiereza, una tormenta que la arrastró sin remedio.

Denise no pudo evitar entregarse a su boca, a su cuerpo, a todo lo que él era. Pero, tal como ella había dicho, siempre había ojos que lo veían todo.

Bryce había salido a recoger un ramo de rosas rojas cuando se detuvo en seco al ver la escena que se desplegaba ante sus ojos: su hermano besando a Denise. Durante un instante, se quedó allí, inmóvil, y en su mente se dibujó una imagen familiar. Recordó el día en que besó por primera vez a su esposa, en una primavera de flores y mariposas, con el canto de los pájaros flotando en el aire. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Pero pronto, fueron sustituidas por la rabia.

—¡Robert! —gritó en un tono cortante como el filo de una daga, sus pasos se precipitaron hacia ellos.

Denise se sobresaltó tanto que el cesto de lavanda cayó de sus

manos, las flores se esparcieron en el suelo como una lluvia de lilas desordenadas. Su respiración se aceleró. Se sentía expuesta, vulnerable, atrapada en un instante que podía cambiarlo todo.

El hermano del capitán se acercó con paso firme, su mirada gris endurecida por el hielo de la desaprobación.

—¿Qué sucede aquí? —interrogó con frialdad, sus palabras pesaban como piedras en el aire.

Robert, al percatarse del miedo en el rostro de Denise, reaccionó con rapidez.

—Ella no tiene la culpa —afirmó con firmeza, su tono estaba impregnado de un instinto protector.

Denise intentó hablar, no obstante, sus labios apenas lograban formar palabras. Su cuerpo actuó primero, cayó de rodillas para recoger las flores desperdigadas, como si aferrarse a esa tarea pudiera devolverle el control sobre la situación.

—Yo… yo… —susurró atrapada en un estado de *shock*.

El capitán no lo permitió. Se inclinó hacia ella y con suavidad tomó sus hombros, instándola a ponerse de pie.

—No te preocupes. Yo hablaré con mi hermano. Ve a atender tus tareas.

Denise quería decir algo, cualquier cosa que le permitiera corregir el caos en su interior, pero su mente era un torbellino sin sentido. Solo una idea se elevaba sobre ese desorden implacable: se había equivocado. Un error que le costaría su puesto, su seguridad, quizá incluso algo más profundo e irremplazable.

Sin poder articular palabra, asintió y se alejó con pasos apresurados, cargando con el peso de una incertidumbre abrumadora sobre sus hombros. Cuando desapareció de la vista, la tormenta que había contenido Bryce se desató con furia.

La tensión era tan densa que parecía haberse materializado en el

aire, un aire sofocante, inquebrantable. Las mariposas y las abejas detuvieron su danza etérea, como si incluso la naturaleza supiera que algo irrevocable estaba sucediendo. Los pájaros, enmudecieron, y dejaron que el silencio se asentara como un velo oscuro sobre el jardín.

Bryce observaba a su hermano con una dureza que nunca antes había sentido. No podía reconocer al hombre que tenía frente a él. ¿Dónde estaba el Robert que siempre había conocido, el hombre serio, firme, que había guiado su vida con una disciplina inquebrantable? Incluso cuando sus amigos, jóvenes rebeldes, se entregaban al frenesí de fiestas interminables y noches desenfrenadas, él se mantenía apartado, ajeno a la vida disoluta. Había sido un hombre de principios, un hombre que comprendía el peso de su apellido y lo que significaba portar con orgullo el legado de su familia. Un apellido que había prometido honrar. Pero ahora, ante él, estaba un hombre que parecía dispuesto a desafiarlo todo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Robert? —Sus palabras cayeron como latigazos.

El capitán se cuadró ante su hermano, los músculos estaban tensos y la mirada encendida con una determinación que anunciaba que no iba a flaquear. Era consciente de que se había extralimitado, pero había sentimientos que no podía relegar a la oscuridad.

—¿Acaso no sabes lo que es el amor, Bryce?

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos, una amenaza latente, un duelo que estaba lejos de haber terminado. Y mientras la tensión se hacía más densa, una verdad acechaba en la sombra, lista para salir a la luz… una verdad que cambiaría el rumbo de todo.

Capítulo 11

Bryce avanzó otro paso, su expresión estaba marcada por la ira y algo más profundo, algo que le carcomía por dentro, pero que no podía poner en palabras. Su mirada gris, helada como el filo de un cuchillo, se clavó en su hermano con una dureza implacable.

—Eres un insensato. ¿Tienes idea de lo que has provocado? No te reconozco.

Robert sostuvo la mirada, firme, sin una sombra de duda.

—Solo tú puedes entenderme mejor que nadie. Amaste a Clara. Yo amo a Denise.

El golpe de esa comparación fue demoledor. Bryce retrocedió un paso, su rostro era una tormenta de emociones. Y entonces, con la voz rota por la furia, estalló:

—¡Ella era mi esposa! —rugió, sus brazos se agitaron en el aire como si quisiera ahuyentar la idea—. Te vas a casar con Eleonora. ¿Acaso quieres convertir a Denise en tu amante?

—¡Por Dios, Bryce! —exclamó Robert, se pasó una mano por el rostro con desesperación—. ¿Me crees capaz de algo tan ruin? Ni Eleonora ni Denise merecen semejante desprecio.

Pero Bryce no daba su brazo a torcer. Negó con la cabeza, su

expresión se mantenía endurecida por la obstinación.

—Pues es lo que parece —censuró con voz áspera—. Dime la verdad, Robert. ¿Te has acostado con ella? Porque no voy a permitir que conviertas Tarraco Palace en una bacanal.

La acusación le encendió la sangre. Robert irguió la espalda, y en sus ojos celestes brotó la rabia como un vendaval a punto de desatarse.

—Estás siendo injusto con Denise, Bryce —bufó furioso—. Si no fueras mi hermano, ahora mismo te retaría a duelo.

Su voz tenía filo, pero no era la violencia lo que lo dominaba. Era la impotencia, la desesperación de verse atrapado en una situación que lo asfixiaba.

—Será mejor que dejemos esta conversación antes de que nos hagamos daño —añadió, su mandíbula se tensó—. Voy a recoger mis cosas y me iré de aquí. Así tendrás la seguridad de que no convierto tu hogar en una bacanal.

Bryce abrió los ojos de par en par. Su furia se disolvió como si una ráfaga de viento le hubiera arrebatado el aliento. Respiró hondo antes de hablar, con la voz más contenida, más humana.

—No. Por encima de todo, eres mi hermano. Quiero que sigas en Tarraco Palace —murmuró, ya sin el veneno de antes—. Pero será mejor que le busque otro trabajo a Denise, en otro hogar.

La reacción de Robert fue inmediata. Su cuerpo entero pareció encogerse bajo el peso de esa decisión. Un estremecimiento recorrió su espalda.

—No lo hagas. No es justo, a ella le gusta trabajar aquí…

Su voz se quebró en la última palabra, como si dentro de él algo se estuviera partiendo en dos. Trató de recomponerse, de recuperar el control, pero el dolor lo estaba ahogando.

—De todos modos, voy a pedirle matrimonio a Eleonora esta

misma tarde —soltó de pronto, las palabras sabían amargas en su boca—. Las amonestaciones serán durante tres domingos consecutivos. En un mes me habré casado. Y me marcharé de aquí.

Las aletas de su nariz se dilataron. Su respiración se volvió irregular, pesada. No solo era un nudo en la garganta. Era un peso que le oprimía el pecho, un dolor que se clavaba en lo más profundo de su alma. No dijo nada más. No podía.

Se dio la vuelta y se marchó.

Bryce lo observó mientras su hermano desaparecía de su vista. Y en su interior, un pensamiento lo golpeó con la fuerza de una verdad insoportable: Robert amaba a Denise. Y saberlo no hacía más que añadir más frustración a su existencia. Porque él lo estaba empujando a la infelicidad.

***

El capitán Horner estaba en Ashbourne House, hundido en la opulencia de un sofá neoclásico, degustando un té recién hecho. A su lado, Eleonora lucía impecable en su vestido de muselina verde claro. Su porte era tan refinado como el aroma a lavanda y bergamota que desprendía. Ese perfume lo transportó, como una cruel burla, al jardín de Tarraco Palace. Allí lo esperaba Denise, con su sencillez, con su belleza etérea… Sacudió la cabeza, tratando de disipar la imagen antes de que se volviera insoportable. No podía permitirse sucumbir, no ahora cuando estaba a punto de dar un paso que marcaría su destino.

Perpendicular a ellos, el conde de Blackwood descansaba en una lujosa butaca. Las manos reposaban sobre los brazos del asiento como si fuera un emperador en su trono, rodeado de una nube de vanidad y soberbia. Sus ojos oscuros escrutaban al capitán con la

intensidad de un depredador acechando a su presa, esperaba el momento exacto para lanzarse sobre él.

Pero Robert no era un hombre que se dejara intimidar. Se mantuvo firme, la espalda erguida, la mirada desafiante. Nunca había sentido aprecio por Blackwood, y su desagrado se acentuó desde que supo que Denise había huido de esa mansión. Ella no había querido confesar el motivo, aun así él no tenía dudas: nadie huye sin razón, nadie abandona un lugar por placer, sino por miedo.

Solo de pensar en lo que pudo haber sucedido allí lo llenaba de rabia. Apretó la mandíbula, y contuvo el impulso de estrangular al hombre que tenía enfrente. Saber que, en un mes, Blackwood sería su suegro lo desanimó, tanto que se le formó un nudo en la garganta.

—Por favor, Robert, prueba los pastelitos de limón. Son mis favoritos —intervino Eleonora con dulzura, haciendo una señal al lacayo para que le acercara la bandeja de dulces.

El capitán tomó uno y mordió con lentitud.

—Deliciosos, sin duda.

—Pediré que te preparen una cajita con unos cuantos para que te los lleves.

Robert desvió la mirada hacia Eleonora. Siempre estaba pendiente de él, dispuesta a complacerlo en todo. Sabía que sería una buena esposa. Lo tenía todo: belleza, educación, delicadeza. Pero no era Denise. Apenas apareció ese pensamiento en su mente, lo reprimió con firmeza.

—Eres muy amable —agradeció con una sonrisa.

—¿Su hermano ha echado ya a la ladrona de Denise? —interrumpió Blackwood sin preámbulos, su voz estaba afilada como un puñal.

La mandíbula del marinero se tensó. Se refugió en su disciplina

para no lanzarle una respuesta impulsiva.

—Bryce y yo hablamos con Denise y concluimos que no hay motivos para echarla, milord.

El desagrado se reflejó de inmediato en el rostro del noble. Sus labios se apretaron, sus ojos fríos se oscurecieron aún más. Eleonora, sorprendida por la declaración, se llevó una mano a la boca para esconder una exclamación. La relación con su padre se había enfriado en los últimos días, pero su rabia hacia Denise permanecía intacta.

—Robert, no creo que sea prudente que tu hermano mantenga en el servicio a una sirvienta de la que no se puede fiar.

Robert la observó con atención. En el fondo sabía que no era precaución lo que impulsaba sus palabras, sino celos.

—Ella sería incapaz de robar, lo sé —mencionó con calma, clavando su mirada en la de Eleonora.

La respuesta fue como un golpe para la lady. Sus mejillas ardieron de indignación.

—Parece que la conoces muy bien —soltó con aspereza.

El capitán supo de inmediato que había cometido un error. Hablar de Denise con tanta seguridad solo alimentaba sospechas, insinuaciones peligrosas, que la perjudicarían más a ella que a él.

—Lo suficiente para saber que tales acusaciones deben tratarse de un error —respondió, desvió la vista hacia el conde, que alzó la barbilla con arrogancia.

Una sonrisa maliciosa se formó en los labios de Blackwood, una sonrisa cargada de ironía y amenaza.

—¿Está insinuando que mentí?

El tono seco de su voz quedó suspendido en el aire, un filo a punto de hundirse en la conversación. Eleonora miró a su padre, luego a Robert. No sabía qué decir, pero su deseo de que Denise

desapareciera de su vida la impulsó a defenderlo.

—Mi padre no miente.

El capitán reaccionó con rapidez. No era el momento de entrar en una disputa que no tenía salida.

—No digo que mienta, solo que quizá la ladrona fuera otra persona, y no ella. Tal vez sería prudente investigar el asunto a fondo, ¿no cree, milord?

Blackwood entrecerró los ojos. La tensión era un ente vivo en la habitación.

Eleonora apretó los puños sobre su regazo, su respiración se volvió errática. Robert defendía a esa sirvienta por encima de todo. La rabia sacudió sus entrañas con dolor. ¿Qué tenía Denise que ella no tuviera?

—De todos modos, no he venido a hablar de esto… —cortó el capitán de pronto, tomando la mano de la dama entre las suyas—. Sino de otro asunto.

La dureza en el rostro de Eleonora se desvaneció al instante. Sus ojos, una mezcla de verde y azul, se iluminaron con anticipación. Su pecho subía y bajaba con emoción contenida.

Por fin, el hombre que amaba estaba a punto de dar el paso.

***

Bryce estaba en su majestuosa alcoba, de pie frente a la chimenea, la mirada fija en el cuadro que retrataba a su esposa. Sobre la repisa de mármol, los jarrones rebosaban de rosas, su aroma embriagador flotaba en el aire, pero inútil para arrancarle siquiera un suspiro de consuelo. La luz del sol entraba a raudales por las balconeras, e inundaba la estancia con su fulgor dorado. Sin embargo, no había luz que pudiera atravesar la coraza que había construido a su

alrededor. Las sombras lo perseguían, el dolor lo martirizaba, la culpa lo desgarraba desde dentro.

Se aferró a la repisa cuando su cuerpo comenzó a temblar. Su culpa... Clara había muerto por su culpa. Y ahora, por la misma cobardía, estaba condenando a su hermano a una muerte lenta, silenciosa. Robert estaba sacrificándose para que él no tuviera que cargar con la responsabilidad de perpetuar su apellido. Una responsabilidad que le pertenecía a él. Solo a él. Clara jamás habría permitido algo así. Ella había amado a Robert como a un hermano, y estaría furiosa por empujarlo a la desdicha.

Casi podía escuchar su voz, reclamándole con la misma pasión que le hablaba en vida: «¿Cómo te atreves a hacerle esto a Robert? ¿No ves que ama a Denise? Yo ya no estoy contigo, haz lo que debas hacer para cumplir con tu deber. ¡No seas un cobarde!»

El eco de esas palabras le golpeó con una fuerza brutal. Dio un paso atrás, agitó los brazos, ahogado en el peso de la verdad que no quería aceptar.

—¡No puedo! —gritó, con la voz atravesada por el tormento.

Se llevó las manos al rostro. Las lágrimas acudieron con furia, y nubló su visión hasta que, desolado, cayó de rodillas sobre el suelo alfombrado.

—¡Soy un cobarde, un maldito cobarde! —rugió.

Golpeó el suelo con el puño, una, dos, tres veces… y continuó hasta que el dolor punzante le atravesó la piel y la carne. Pero ni siquiera ese dolor físico podía competir con el que le quemaba el alma. Alzó el rostro, tenía la vista borrosa por la rabia y el arrepentimiento, y contempló el cuadro de Clara. Por un instante, tuvo la absurda sensación de que sus labios se movían, de que le hablaban con el corazón.

«Nosotros fuimos felices, Bryce. Deja que Robert también lo sea».

Casi podía escuchar el timbre meloso de su voz cuando le hablaba en voz baja. Tan real. Tan devastador.

—Te echo tanto de menos… —susurró con la voz rota.

Pero más que nunca, entendía que no podía seguir viviendo bajo el peso de un amor que había perdido. No podía seguir sacrificando a su hermano en nombre de una promesa que él mismo había impuesto. Robert y él siempre se habían querido, nunca hubo entre ellos envidias ni rivalidades. ¿Por qué estaba condenándolo a vivir una vida que no quería?

Con nueva determinación, se puso de pie, respiró hondo y salió de la alcoba con un paso firme. Tenía que encontrar a Robert. Tenía que detenerlo. Preguntó al mayordomo, con la urgencia palpitando en su voz. Cuando le informaron que había ido a Ashbourne House, su rostro palideció al instante. Esa misma tarde pensaba pedir la mano de Eleonora.

La desesperación se apoderó de él.

—¡Necesito un caballo! —bramó, echando a correr hacia las cuadras.

El mayordomo lo siguió, jadeante, sorprendido por el arrebato de su señor.

—Sir, pediré que le ensillen uno —logró decir entre resuellos.

—¡No hay tiempo! —La voz de Bryce era pura determinación—. Debo salvar a mi hermano de cometer el error más grande de su vida. No quiero cargar con más culpas sobre mi espalda.

Cuando llegó a las cuadras, el aire apenas le faltaba. La necesidad de llegar a tiempo le daba la fuerza que su cuerpo exigía. Sin dudarlo, escogió el primer caballo que encontró, montó sin silla, se aferró a las crines con la seguridad de un hombre que no tenía margen para la vacilación. El animal piafó, inquieto ante la urgencia de su jinete, como si comprendiera que debía correr más rápido que

el viento.

—¿Sir, está seguro de que no quiere esperar un instante mientras le preparan la montura? —preguntó el mayordomo, casi sin aliento, inclinándose con las manos sobre los muslos.

Bryce apenas lo miró.

—¡Estoy seguro!

Y con un impulso feroz, instó al animal a galopar, se perdió en el horizonte con la única certeza que le ardía en el pecho:

No podía llegar tarde.

Capítulo 12

Bryce desafió la velocidad y llegó a Ashbourne House como un vendaval. Su caballo, bañado en sudor, relinchó al detenerse con brusquedad y levantó una nube de polvo que lo envolvió como un torbellino. Había llegado rápido, pues había tomado el atajo correcto, pero ahora, lo más difícil, estaba por venir.

Saltó de la montura sin perder un segundo. La desesperación palpitaba en su pecho como un tambor de guerra. No podía permitir que Robert sellara su destino con un error irreparable, del que solo él tendría la culpa.

Su aspecto distaba mucho del que se esperaría de un noble. Su chaleco oscuro y sus pantalones canela estaban cubiertos de polvo, su cabello oscuro revuelto, y los faldones de su camisa blanca ondeaban al viento como las velas de un navío en plena tempestad. No había tiempo para apariencias. Solo para impedir lo inevitable.

El mayordomo del conde abrió la puerta. Sus ojos recorrieron a Bryce con sorpresa, pero su rostro permaneció impasible.

—Necesito hablar con el capitán Horner. Sé que está aquí —gruñó, la impaciencia se denotaba en su voz.

—Desde luego, Sir, por favor, espere, voy a avisarlo.

No obstante, Bryce dejó de lado las formalidades. No había tiempo para esperas. Agarró al sirviente por el pecho de la casaca, que le arrancó una exclamación de sorpresa.

—¡Dígame dónde está, tengo prisa!

El mayordomo boqueó, su frente se perló de sudor.

—Es… está en el salón de invitados —tartamudeó, el miedo le encogía la voz.

Bryce lo sacudió con impaciencia.

—¡¿Dónde está el salón de invitados?!

El sirviente, temblando, levantó un dedo y señaló un pasillo.

—P-por allí… la última p-puerta…

Bryce lo soltó de golpe, casi provoca que el pobre hombre perdiera el equilibrio. No podía perder ni un segundo más por lo que corrió raudo por el pasillo indicado. El sonido de sus botas quedó amortiguado por las gruesas alfombras en el suelo de mármol. Al cruzar el umbral bufó como un toro furioso, su presencia irrumpió como un trueno. Sus ojos se clavaron en Robert, quien sostenía la mano de Eleonora con la serenidad de quien estaba a punto de cambiar su vida. Todos se giraron hacia él, paralizados, el desconcierto los congeló en el instante.

—Dime que todavía no has dado el paso —inquirió Bryce, su voz estaba rasgada por el miedo.

Robert se sorprendió por el estado de su hermano, le dedicó una fugaz mirada a Eleonora y soltó su mano. Las preguntas lo asaltaron en oleadas. Bryce, siempre recluido en su propia sombra, había cruzado los límites de Tarraco Palace, un hecho que no hacía desde que muriera su esposa. Sin duda, algo debía estar mal para haberlo impulsado hasta aquí.

—¿Qué te sucede, Bryce? ¿Estás bien?

El conde de Blackwood se levantó, lo estudió con recelo.

—¿Ha sufrido algún asalto? —preguntó, deslizó la mirada sobre su aspecto revuelto, y se convenció de que Bryce había perdido la cordura.

Pero el baronet no tenía tiempo para explicar nada. Se acercó a Robert y bajó la voz hasta convertirla en un susurro urgente.

—Por favor, dime que no le has pedido matrimonio a Eleonora.

El capitán miró de reojo a la dama. No quería hacerla sentir incómoda. Ella los observaba con curiosidad, por suerte parecía no haber oído sus palabras. Entonces, agarró a su hermano del brazo y lo instó a alejarse.

—¿No es lo que querías? Te hice una promesa. —Negó con la cabeza—. De verdad, te desconozco. Te notó alterado y estamos montando una escena.

Robert llevó una mano a la frente de Bryce para cerciorarse de que no tuviera fiebre, pero él se la apartó con un manotazo.

—Estoy bien. Aún no me has contestado.

—No le he pedido matrimonio —contestó irritado en voz baja.

Bryce dejó escapar un largo suspiro, sus hombros estaban hundidos por el alivio.

—Buf… menos mal…

Sin embargo, aún no estaba todo resuelto. Robert miró al conde y a su hija. Debía hablar con Bryce a solas.

—Si nos disculpan, tenemos que irnos. Mi hermano tiene un asunto de extrema urgencia.

Eleonora se alzó de su asiento, alarmada.

—Pero no puedes marcharte. Estabas a punto de decirme algo importante.

—Lo siento, hablaremos en otra ocasión. Sé que te debo una explicación.

Dicho esto, tomó con firmeza el brazo de Bryce y lo arrastró a la

salida.

Eleonora no podía permitirlo.

—No, Robert, espera…

Su padre la tomó del brazo con dureza.

—No te pongas en ridículo —murmuró entre dientes—. No permitiré que me avergüences.

Ella sacudió su brazo, liberándose del agarre. Su pecho subía y bajaba con fuerza, sus labios permanecían apretados, sus ojos estaban anegados en lágrimas. Se sintió derrotada. Frustrada. Herida. Sin más, se retiró a su alcoba.

Blackwood permaneció en el salón de invitados, su mirada era oscura, calculadora. Meditó que los hermanos Horner eran hombres bien extraños. Pero dejó a un lado su pensamiento, porque el plan que había trazado junto a El Cuervo pronto se pondría en marcha. Y siseó de placer solo de imaginarlo.

Mientras tanto, en el exterior, Bryce y Robert se enfrentaban bajo el sol abrasador.

—¿Has venido a caballo? —preguntó el capitán acercándose al noble animal. Sus dedos recorrieron el lomo con suavidad antes de fruncir el ceño—. ¡Pero ni siquiera está ensillado!

—Tenía prisa.

—¿Prisa para hacer el ridículo? ¿No te das cuenta de la imagen que has dado? —replicó Robert, contempló el aspecto desaliñado de su hermano. Miró hacia el cielo y entrecerró los ojos. El sol era implacable, el calor sofocante—. Creo que has cogido una insolación. No me extraña, te pasas el día cuidando de los rosales.

Bryce bufó, exasperado. Que su hermano menor le reprendiera casi resultaba cómico.

—Me da igual lo que piense la gente. Lo único que importa es que he llegado a tiempo, y eso es lo que cuenta.

Robert dejó de lado el tema y retomó la conversación que habían comenzado en el salón.

—Supongo que hablas de mi intención fallida de proponerle matrimonio a Eleonora.

—Sí. Porque tú no la amas.

Robert mantuvo su mirada fija en Bryce antes de responder.

—Eso ya lo sabes. Había decidido casarme con Eleonora porque te hice una promesa, y una promesa que pienso cumplir.

Bryce negó con énfasis, como si la sola idea de ello le resultara intolerable.

—Te libero de esa promesa ahora y siempre. Yo me haré cargo de todo. Es mi deber, no puedo seguir eludiendo mis responsabilidades y traspasártelas a ti.

El capitán se tensó, frunció el entrecejo y lo miró de manera penetrante. Había algo en la expresión de su hermano que le desconcertaba.

—Ahora sí que no te entiendo… —murmuró confuso.

Los ojos de Bryce se ensombrecieron con tristeza.

—Te pido perdón, Robert. He sido un miserable por aprovecharme de ti. Lo siento, jamás debería habértelo pedido. Solo espero que no me guardes rencor.

El capitán tragó saliva, su pecho se contrajo por la emoción.

—Bryce, no sigas. Eres mi hermano. No hay nada que perdonar. —Las palabras pesaban en su garganta, estaban cargadas de emoción contenida—. Lo estás pasando mal, no me gusta verte sufrir y consideré que debía ayudarte. El amor que siento por mi familia es incondicional, eso ya lo sabes.

Bryce no pudo contenerse más. Lo abrazó con fuerza, como si fuera su última oportunidad de demostrarle cuánto le importaba. Antes de separarse, le susurró:

—Busca a Denise y dile lo que sientes. Te mereces ser feliz, como lo fui yo con Clara.

Robert se apartó ligeramente y lo observó con atención.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? —preguntó con voz grave, todavía analizando el peso de las palabras de su hermano.

Bryce respiró hondo antes de responder.

—Buscaré una esposa que pertenezca a la nobleza. Alguien que pueda darme un heredero.

Pero al decirlo en voz alta, sintió cómo las palabras se hundían en su pecho como hierro candente, consumiéndolo por dentro. No tenía idea de cómo soportaría estar casado con una mujer a la que no amaría, no después de haber conocido el amor con Clara.

Robert lo vio en su rostro. La verdad era evidente en sus ojos.

—¿Estás seguro? Eso te destrozará. Lo veo en ti.

—Es mi deber. No el tuyo.

Robert bajó la mirada y reflexionó.

—Si Denise acepta ser mi esposa, los chismes no cesarán. Eso te perjudicará.

Bryce soltó un bufido.

—¿Acaso no me conoces? Sabré lidiar con ello. Además, ya te he dicho que me importa bien poco lo que piense la gente. Las murmuraciones cesarán en cuanto empiece a buscar por el mercado matrimonial una esposa, entonces se olvidarán de ti y de Denise. —Se pasó una mano por el rostro, exasperado—. ¡Demonios, ya basta de tanta sensiblería! Corre y busca a Denise. Quiero que tengas muchos hijos para que jueguen con los míos.

Robert no dudó. Asintió con determinación.

De inmediato subió a su carruaje y se dirigió a Tarraco Palace, temblando de felicidad. Denise y él tal vez tendrían una oportunidad de ser felices.

Solo esperaba que ella lo aceptara.

***

El capitán nunca había bajado a la zona de servicio. Mientras avanzaba por los pasillos estrechos y poco iluminados, el entorno le resultaba ajeno, como si estuviera cruzando un mundo al que no pertenecía. Pero necesitaba verla.

Le llevó un buen rato encontrar la cocina, donde el personal de servicio compartía la comida. Apenas cruzó el umbral, el ambiente se espesó. La conversación cesó de inmediato y los rostros se alzaron hacia él con asombro.

—Capitán Horner, ¿necesita alguna cosa? —preguntó el mayordomo, rompiendo el silencio, se obligó a sonreír con cortesía y su bigote se tensó.

Robert apenas lo escuchó. Solo veía a Denise.

Ella bajó la mirada en cuanto sintió el peso de su atención. Sus mejillas ardieron como si el aire que los separaba fuera fuego.

—Necesito hablar con Denise.

El desconcierto se reflejó en los rostros de los presentes. Nadie entendía qué hacía un héroe de guerra en la cocina, cuando podía ordenar que ella subiera. El mayordomo vaciló, sin saber cómo reaccionar. Beatrice fue la primera en moverse.

—Desde luego, capitán Horner. Pueden usar mi salón privado —sugirió la mujer mientras apretaba a la muchacha para que reaccionara.

Sin embargo, Denise titubeó. El miedo la tenía paralizada, aun así se alzó y casi tropieza. Pero recuperó el equilibrio y pudo caminar hacia la pequeña sala privada del ama de llaves. Se quedó de pie, rígida, frente a las butacas. No quería sentarse. No quería sentirse

atrapada. Detrás de ella, el sonido de la puerta cerrándose fue una sentencia. Y entonces, los pasos de Robert se acercaron.

Ella tembló al sentir las manos de él en sus hombros.

—Denise… —murmuró.

Ella se giró. La felicidad brillaba en sus ojos azules. Él sonreía, una sonrisa tan grande, tan sincera, que a la muchacha le dolió verla. No entendía su felicidad y no saber qué esperar la llenaron de temor.

La ventana estaba abierta. El aire traía el aroma fresco del césped mojado que el jardinero estaba regando. Pero ni siquiera ese calmante aroma podía aliviar la opresión que sentía en el pecho.

—Por favor, dime qué quieres —pidió ella con la vista fija en la puerta cerrada—. No quiero que nadie piense mal. No eres consciente de la situación en la que me pones. Este trabajo es lo único que tengo. No cuento con las oportunidades de los de tu clase.

Robert no respondió con palabras. Solo le sonrió. Tomó sus manos, besó el dorso de una, luego de la otra, con una lentitud que le hizo contener el aliento.

—Te amo, Denise. Te amo. —Su voz era cálida, segura, envolvente. Acarició su mejilla con ternura—. ¿Tú… me amas?

Denise sintió cómo su corazón se encogía. Era como si su pecho no tuviera espacio para tanta felicidad. Porque la felicidad había brotado como alas en su espalda, sin embargo, su realidad, una realidad de la que no podía escapar, fueron las tijeras que las cortaron. El dolor fue brutal, tan brutal que lo sentiría siempre.

—No importa lo que yo sienta.

Robert entrecerró los ojos, buscó en ella algo que pudiera sostener su fe.

—A mí sí me importa. Me importan tus sentimientos. Tus sueños. Tus miedos. Me importa todo de ti.

Denise respiró hondo. Por un instante, se permitió fantasear. Él y

ella. Solos. Sin nadie que los señalara. Un mundo donde podrían amarse sin restricciones. Pero era solo un sueño. Uno del que debía despertar.

—Ya basta, tengo que regresar al trabajo —soltó con dureza, tenía que huir.

Pero él no la dejó ir.

—Cásate conmigo. Vayamos a Gretna Green ahora. No quiero esperar más.

Denise sintió el golpe de la realidad como un puñal. Lo decía en serio, él le estaba pidiendo matrimonio. A ella, a una simple sirvienta. La emoción la asfixió y necesitó tocarlo. Alzó una mano temblorosa y la posó en su mejilla. Él cerró los ojos. Sonrió. Gimió. Era perfecto. Demasiado perfecto.

Sin embargo, ella negó con la cabeza, era solo una sirvienta y si aceptaba casarse con él, la reputación de Robert quedaría manchada. Su trabajo, su legado, todo lo que había construido con tanto esfuerzo se perdería. Lo amaba demasiado para que la sociedad a la cual pertenecía lo relegara al ostracismo. No podía permitirlo. No haría nada que lo perjudicara, aunque eso significara que su vida jamás volviera a tener sentido y aunque nunca más volviera a brillar el sol.

—No me casaré contigo. —Suspiró de dolor—. Es una muy mala idea. Algún día me lo agradecerás.

Y se fue. Beatrice estaba en el pasillo y vio la tristeza de Denise, sus ojos eran nubes que precipitaban lágrimas. La mirada del ama de llaves mostró comprensión, deducía lo que en su salita privada había sucedido.

—Ve a tu alcoba. Tienes la tarde libre.

La muchacha asintió, pues el dolor era tan grande que le impedía hablar. El ama de llaves entró en la sala y encontró al capitán

doblado sobre el sillón, con las manos apoyadas en los brazos del mueble. La tristeza era una losa sobre su espalda. No dijo nada. No había palabras que pudieran aliviar el dolor del desamor.

Solo esperaba que Robert no se convirtiera en el hombre amargado en el que se había transformado su hermano.

Capítulo 13

Denise pasó dos días sumida en un tormento silencioso. Sentía cómo cada segundo era una herida abierta, palpitante. Sabía que el capitán permanecía recluido en su alcoba, ajeno al mundo, tan lastimado como ella. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer. Solo esperar. Tal vez con el tiempo, él la perdonaría y entendería que todo había sido por su bien.

Por otra parte, las miradas de los demás eran un peso que cargaba a diario. Algunos la observaban con recelo, otros con una empatía dolorosa. No obstante, la ausencia de desprecio, que en un principio había temido, le resultaba casi balsámica y en algo aliviaba su tormento silencioso. Supuso que Beatrice había intervenido y había hablado con los demás en privado, y le había allanado el camino. Lo agradecía, desde luego, pues le permitía abrirse a sus compañeros, compartir palabras amables, aprender de ellos pequeños trucos que facilitaban el trabajo. Era un progreso, sí, pero también un epílogo. Pero muy a su pesar, ya no quedaba tiempo para la amistad, pues su decisión estaba tomada. Y dolería.

Acarició durante unos minutos el broche de madera de su abuelo, era su amuleto, su consuelo, su fe. Después, se alisó el vestido con

manos temblorosas. La tela sencilla, impecable, sin manchas. Se ajustó el delantal, recogió un mechón rebelde y comprobó la limpieza del cuero gastado de sus zapatos. No podía controlar lo que estaba a punto de hacer, pero sí la imagen con la que lo haría.

Entró en la biblioteca con el corazón desbocado. La doble puerta estaba abierta de par en par, como una invitación sin retorno. La luz del exterior se derramaba sobre sir Bryce Horner y alargaba una sombra inquietante en el suelo. El hombre estaba sentado en una de las butacas de frente la chimenea, y su presencia llenaba la estancia con una gravedad insoslayable.

Denise avanzó y se inclinó con respeto. Y entonces vio su rostro contraído en una mueca de tristeza contenida, los ojos inyectados en rojo por el peso invisible de lágrimas que se negaban a caer. Sus manos, posadas sobre los brazos de la butaca, mostraban pequeños arañazos recientes de las espinas de las rosas, que él mismo cultivaba y cuidaba con el mimo que se dispensaba a un recién nacido. La pena era su compañera más fiel.

—¿Querías hablar conmigo? —inquirió el noble con voz áspera.

—Sí, sir. —Denise enlazó sus manos a la altura de la pelvis en su afán por contener su propio temblor.

Los ojos grises del baronet la atravesaban, la escudriñaban con intensidad. Había juicio en ellos y también reproche por el sufrimiento que le estaba causando a su hermano. Pero también advertía en su mirada la pregunta del motivo de su presencia.

—Entonces, habla —ordenó con dureza.

El aire se volvió denso.

—He decidido marcharme mañana al amanecer. —La determinación en su voz fue más fuerte que el nudo en su pecho—. Es lo mejor.

Bryce enarcó una ceja. Su cuerpo dejó la butaca con la lentitud de

un depredador que mide su presa. Se acercó a ella. Denise sostuvo la mirada, pero no retrocedió, no podía hacerlo. El silencio entre ellos se tornó agónico, un abismo sin fondo que ninguno se atrevía a romper. Hasta que él sonrió sin alegría. Una sonrisa torcida, indescifrable.

—¿Es por mi hermano que te vas?

La pregunta fue un golpe inesperado. Tan directo y tan claro a la vez. No era propio de la aristocracia enfrentar las verdades con tanta crudeza. Lo habitual sería un despido sin explicaciones, una expulsión conveniente. Pero ahí estaban, mirándose de frente, sin máscaras.

—Sí. No quiero que mi presencia le cause más dolor. —Las palabras surgieron como un suspiro roto. El ardor de las lágrimas ascendió, bajó la mirada y luchó contra ellas—. Espero que algún día pueda perdonarme, si decidí no casarme con él fue para que no lo perdiera todo, usted sabe tan bien como yo que se convertiría en un paria entre los suyos.

El noble suspiró, al mismo tiempo su expresión se suavizó.

—Has tomado una decisión valiente —admitió tras un instante—. Hablaré con el ama de llaves para que recibas tu paga, y algo más para empezar de nuevo.

Denise alzó el rostro, negó con un leve movimiento de cabeza.

—Sir, no es necesario. Me las arreglaré.

—Insisto. Acéptalo.

Había sinceridad en su voz, un respeto inesperado que recibió como si se tratara de un gran tesoro. De pronto fue consciente de que dejaría atrás más de lo que jamás imaginó. Pero por el bien de Robert, debía alejarse.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. Sé que lo haces por amor. Y eso te honra.

Mi hermano lo entenderá… algún día.

Denise tragó saliva y se armó de valor.

—¿Cuidará de él? —Su voz apenas fue un susurro.

Bryce asintió.

—No dejaré que se convierta en un amargado como yo.

El frío se deslizó por la espalda de la muchacha. El agradecimiento y la tristeza la envolvieron en un mismo manto. Se fue y cuando cruzó la puerta, un temblor recorrió su cuerpo al darse cuenta de que ya no había vuelta atrás.

***

Era de noche y Robert estaba en su alcoba sentado frente a su escritorio. Las velas estaban repartidas, cuyas llamas danzaban sobre los pabilos y proyectaba sombras inciertas en las paredes. Su luz ocre suavizaba la penumbra, pero sin la fortaleza para disipar el peso que se aferraba en el aire denso e inmóvil, que parecía haberse detenido en el tiempo.

Sobre la mesa, el fulgor tembloroso de las llamas dibujaba reflejos dorados en los mapas de los mares que había cruzado, y que él tenía desplegados. Permanecía inmóvil, preso de la melancolía, con la mirada perdida entre destellos intermitentes. Sus pensamientos eran un murmullo incesante, un eco de lo que ya no podía cambiar y de lo que había perdido para siempre. Las sombras jugaban en su rostro y acentuaba la tristeza que lo cubría, una pena que había encontrado refugio en su corazón.

El sonido de la puerta al abrirse cortó el aire como un presagio. Robert giró el rostro, su ceño se frunció por la incredulidad. En el umbral, envuelta en la penumbra temblorosa, estaba Denise. La necesidad de restregarse los ojos fue inmediata, como si un

pestañeo pudiera disipar la visión que se negaba a ser una ilusión. Pero no lo era. Seguía allí, inmóvil, lo miraba con sus ojos avellana que reflejaban su propio sufrimiento.

Denise entró y cerró la puerta con un movimiento lento. Cada paso hacia él su corazón latía con más fuerza. La luz de las velas dibujaba sombras tenues en su rostro, pero nada suavizaba la tormenta que palpitaba en sus ojos. No había palabras suficientes para expresar lo que sentía, lo que su cuerpo suplicaba. La decisión estaba tomada: partiría al amanecer. Pero antes, en la intimidad de esa alcoba, necesitaba que su piel guardara la memoria de un último beso.

—No podía dormir, todos mis pensamientos te llevan a ti, y he perdido la batalla de la resistencia —susurró, su voz era estaba cargada de anhelo. Se llevó los dedos a los labios, como si pudiera contener la ansiedad que ardía en su interior—. Mis labios queman —continuó, apenas audible—. Recuerdan los tuyos. Los necesitan. Los anhelan.

La respiración del capitán se intensificó, era profunda e irregular. Un instante de vacío los envolvió, donde todo pendía de un hilo invisible. La vela más cercana crepitó, su pequeña llama vaciló en el aire. Al igual que ellos.

Y entonces la besó. Un beso que ahuyentaba inviernos y los convertía en cálidos veranos. Mientras sus bocas hablaban el lenguaje del amor, él la acarició con osadía los pechos y las nalgas. Ella no se apartó, quería sentirlo de todas las maneras, estar en sus brazos aunque solo fuera una vez. No había estado con ningún hombre antes, pero no tenía miedo. Confiaba en él, en sus dedos de fuego, en su boca de seda. Sabía que la trataría con delicadeza y que no la obligaría a hacer nada que no quisiera. Dejó que el la desvistiera, que liberara su melena rubia oscura de las horquillas,

que dejó caer al suelo. Él hundió los dedos en su cabello, se acercó un mechón a la nariz y su aroma a primavera lo deleitó por dentro.

—Eres bella, Denise —gimió al verla desnuda, mientras su miembro palpitaba con frenesí—. Todo en ti es bello, tan bello que hasta me cuesta respirar.

Alargó las manos a la plenitud de sus senos y con el pulgar masajeó los pezones. Ella jadeó y se agarró a los hombros del él, cada roce era una deliciosa tortura. Robert la cogió en brazos y la depositó en el lecho. Las luces tintineantes de las velas la cubrieron de un hermoso resplandor que contrastaba con las sábanas blancas. Parecía una ofrenda que el reino celestial le había concedido.

El capitán no tardó en desvestirse y a Denise se le sonrojaron las mejillas. Quiso mirar a todas partes menos al hombre desnudo de frente a ella. Pero su cuerpo clamaba por sentirlo y admiró su cuerpo grande, musculoso, tallado con la perfección que solo se le concedería a un dios griego. Tenía un bronceado seductor que evidenciaba que el sol lo había acariciado antes que ella. El vello oscuro cubría su torso y había más en la ingle, allí donde su erección era más que evidente. A Denise se le escapó un hondo gemido que le arrancó una sonrisa a Robert.

Él se reunió con ella en la cama, la mujer le acarició la mejilla.

—No he estado antes con ningún hombre.

El capitán resiguió con el dedo sus labios, su respiración se volvió jadeante al comprender que lo había escogido para un momento tan especial; su rostro mostró una viva satisfacción. Entonces besó sus labios y fue descendiendo hasta los senos. Lamió los pezones con el deleite de quien devora un festín. Después, descendió su boca hacia abajo, ella abrió los muslos y el depositó ligeros mordisquitos en la cara interna. Terminó acomodando su cabeza frente al sexo femenino, rozó con los labios el centro de su placer y ella siseó de

goce. Robert la excitó con su lengua, cada lamida le provocaba un cúmulo de sensaciones que viajaban por todo el cuerpo. El deseo la conquistó y se arqueó suplicando más y más.

Robert encajó su cuerpo entre las piernas de la mujer. Estaba ansioso, y temblaba por el esfuerzo que tenía que hacer para no penetrarla de una sola embestida. Acompañó su miembro a la entrada tentadora de su sexo. La humedad lo recibió con calidez y él resopló de placer. Entró poco a poco, su cuerpo esta perlado de sudor. Sus músculos estaban tensos y apretó los dientes cuando su pelvis demandó una cópula salvaje. Nunca hubiera imaginado que resistirse le costara la vida.

Con su resistencia pendiendo de un hilo entró un poco más, entonces notó como ella se encogía de dolor y supo que la barrera de su virginidad había cedido. Robert la miró, ella tenía los párpados y los labios apretados evidenciado su incomodidad.

—Lo siento… —se disculpó él.

Se quedó inmóvil mientras la besaba y le acariciaba los pechos. Ella no tardó en relajarse, la sensación de tener una parte de él dentro de su cuerpo la hacían sentirse poderosa y especial.

—Ya no duele… —gimió Denise al percibir cómo el deseo empezaba a echar raíces de nuevo en todo su ser.

Robert empezó a mover las caderas. El roce del miembro erecto en el sexo femenino provocó un placer feroz en los amantes. Ella salía a su encuentro y las pelvis empezaron a chocar con fuerza, cada vez más deprisa, más fuerte. El deseo se convirtió en rey y tomó el mando de los cuerpos. Ellos eran dos olas en el océano que subían, subían, subían… y entonces tocaron la luna.

Los gritos de ambos resonaron en la estancia, su eco duró unos segundos. Aún jadeantes, se abrazaron con fuerza, como si temieran que ese maravilloso instante desapareciera y solo se tratara de un

sueño.

—Te amo, te quiero, te deseo… —susurró él cerca del oído de ella.

—Yo también, Robert, yo también.

Y se quedaron dormidos con sus cuerpos enredados, como si fueran solo uno.

***

Denise observaba a Robert dormir, su respiración era pausada y su rostro estaba sereno. Las sombras temblorosas de las velas, casi consumidas, dibujaban contornos suaves sobre su piel; acentuaban la calma que traspasaba su cuerpo y a ella le resultaba una visión hermosa. Nunca olvidaría esa alcoba, el refugio donde se habían entregado sin reservas. Se llevaba consigo sus caricias y sus besos tatuados en su piel como un juramento. Ningún otro hombre la conocería como él lo había hecho, y honraría esa noche como la única en su vida.

El aire parecía más pesado cuando se obligó a salir. No hizo ruido, y se aseguró de no cruzarse con nadie. Sus compañeros ya habrían abandonado sus lechos, dispuestos a comenzar una nueva jornada, ajenos al desgarro que la acompañaba. Se deslizó hasta su habitación, donde la bolsa de viaje que Beatrice le había regalado, como regalo de despedida, esperaba en un rincón.

Antes de hacer su equipaje estuvo unos minutos acariciando el broche de su abuelo y lo besó con reverencia, un ritual que la calmaba y le daba fuerzas. De inmediato, se vistió con un sencillo vestido celeste de talle alto con unas pequeñas flores blancas bordadas que se había comprado para la ocasión, junto a un bonete y unos guantes.

Después, con movimientos precisos, metió sus pocas pertenencias

en la bolsa; apenas cinco minutos le bastaron. Cuando terminó, se sentó en el borde del lecho y echó un vistazo rápido a *Paterson's British Itinerary*, como si sus páginas pudieran disipar la incertidumbre de su viaje. Las rutas, las distancias, las casas de postas... su futuro se reducía a una serie de nombres impresos en papel.

El baronet había sido generoso, demasiado. Gracias a él evitaba la incómoda diligencia del correo, y su viaje sería más digno. Con el dinero recibido, podría hacer el trayecto con comodidad; e incluso considerar la posibilidad de montar algún tipo de negocio cuando llegara a su destino. Suspiró, con un peso en el pecho que no conseguía disipar. Había llegado el momento.

En el umbral, antes de salir, contempló la estancia por última vez. Había sido su hogar, y ya no le pertenecía. Se dirigió a la cocina y se detuvo sorprendida en cuanto entró. Todos estaban allí, de pie, esperándola. La emoción la golpeó de lleno, soltó la bolsa de viaje y se llevó las manos al rostro. Las lágrimas emergieron con una fuerza que no pudo contener, un llanto que era mezcla de alegría y dolor. Sus compañeros se acercaron, la rodearon entre abrazos sinceros y palabras de despedida. También le pidieron que escribiera con frecuencia, que no los olvidara.

El ama de llaves fue la última en acercarse.

—Te echaremos de menos, muchacha —murmuró Beatrice con la voz quebrada. Tomó sus manos entre las suyas con firmeza, transmitiéndole su cariño—. Ve con cuidado. No nos olvides.

Denise tragó saliva.

—Jamás podría hacerlo. Han sido mi familia.

Beatrice intentó contener las lágrimas, pero una se deslizó por su mejilla antes de poder evitarlo. Denise le dirigió una sonrisa tranquilizadora, en seguida se agachó y sujetó con fuerza la bolsa de

viaje. El momento había llegado

—Afuera te espera el carruaje —informó la mujer—. Te llevará a la posada donde parte tu diligencia.

Denise frunció el ceño.

—¿Un carruaje?

—El baronet así lo ha ordenado. No podemos desobedecerlo —respondió con una sonrisa.

—Por favor, agradézcaselo en mi nombre.

—Desde luego.

No podía quedarse ni un segundo más. Salió deprisa para que no vieran su llanto. Afuera, el sol comenzaba a teñir el horizonte de tonos dorados. La humedad de la noche seguía aferrándose a las plantas, aguardando el calor del día para disiparse. Atrapada aún entre lo que dejaba y lo que le esperaba, se negó a mirar atrás. No había tiempo para el desconsuelo. El cochero aguardaba, lo reconoció de inmediato: un hombre alto, delgado, de semblante serio, con las canas ocultas bajo su tricornio. Se saludaron con emoción y entonces subió al carruaje.

Dentro, el lujo envolvía el espacio con una calidez solemne. Las paredes y el techo estaban cubiertos de seda adamascada y los asientos de terciopelo azul noche. Bajo los pies, una moqueta gruesa amortiguaba el movimiento. En un rincón había una caja lacada que se utilizaba para guardar los guantes y abanicos de las damas. Las cortinas de muselina en las ventanas filtraban la claridad exterior y otorgaba al ambiente un aire de misterio.

El trote de los caballos resonando en el aire, seguido del crujir de las ruedas sobre el empedrado, anunció a Denise que el carruaje se había puesto en marcha. Se hundió en el terciopelo azul noche, cerró los ojos por un instante y permitió que el cansancio reclamara su cuerpo. Pero notaba el ambiente espeso y un escalofrío recorrió

su espalda. Se incorporó y miró a través de la cortina de muselina, sin embargo, solo vio el camino extendiéndose frente a ella, solitario a esa hora de la mañana. No sabía por qué, pero su respiración se volvió más lenta, más consciente. De pronto el carruaje se detuvo con tanta brusquedad que ella se vio empujada hacia delante.

Y entonces el grito de dolor del cochero cortó el aire.

Capítulo 14

Robert empezó a desperezarse. Sentía que era un hombre nuevo, como si la fuerza de los océanos, que él había cruzado tantas veces, hubiera anclado en su interior. La pasión por Denise eran olas embravecidas y la felicidad que lo embargaba, la calma en la tormenta.

Obligó a sus ojos a abrirse y buscó la calidez de su presencia; la certeza de que todo lo que habían vivido la noche anterior no había sido un espejismo. Pero el vacío lo golpeó como un puño en el pecho: ella no estaba allí. Se sentó de golpe, sus ojos recorrieron la alcoba con urgencia. No había señales de ella, solo el eco del silencio. La angustia se clavó en su pecho con una precisión cruel. No. No podía ser.

Saltó de la cama y se vistió con movimientos frenéticos: pantalones oscuros, camisa blanca. No había tiempo para más; necesitaba verla cuanto antes y que lo aceptara como su esposo, partirían de inmediato a Gretna Green y se casarían.

Salió al pasillo con la velocidad de alguien a quien persiguen para lastimarlo, y su impulso lo llevó a chocar de lleno con Bryce.

—¿Se puede saber qué demonios te sucede? —le reprendió su

hermano, con el ceño fruncido—. Por poco me arrollas. ¿Acaso ha ardido tu alcoba?

Robert apenas lo escuchó. Su única certeza era la urgencia.

—Necesito hablar con Denise —soltó e intentó seguir adelante.

Pero Bryce lo sujetó del brazo y lo detuvo con una firmeza inesperada.

—Ella se ha marchado.

Las palabras cayeron como un golpe seco, un filo invisible que atravesó el aire entre ellos. Marchado. La palabra ardía dentro de Robert, parpadeó en un intento por asimilar lo que su cerebro se negaba a aceptar. ¿Marchado? No. Eso no tenía sentido después de lo que había sucedido entre ellos.

—¿A qué hora regresa? —preguntó en un tono tembloroso, su propia voz le sonó ajena.

Bryce lo miró con pesar.

—No va a regresar. Se ha ido al amanecer. —Suspiró con abatimiento y continuó—: Para siempre.

El aire abandonó los pulmones de Robert. Su cuerpo reaccionó antes que su mente: se llevó las manos a la cabeza, el vértigo lo hacía caer en un pozo sin fondo. Denise… El dolor se transformó en rabia. Su mirada celeste fulminó a Bryce, un relámpago que brotaba en el abismo de su desesperación. Dio un paso adelante, la furia latía en las venas, el dolor pulsaba en su corazón.

—Y tú lo sabías. Y no me has dicho nada.

Bryce cerró los ojos, como quien cargaba una culpa demasiado pesada.

—Sí. Y comprendo sus motivos.

—Eres un traidor…

—¡Ya basta! —El tono de su hermano explotó en el pasillo, su furia marcaba cada palabra—. No sigas por ese camino.

Por un instante, pareció que todo el enfado de Bryce se disipaba en una exhalación. Su expresión se suavizó, aunque su mirada seguía ardiendo con una verdad inquebrantable.

—Ahora no eres consciente, pero Denise te ama más que a su propia vida. Se ha sacrificado por ti. No ha aceptado casarse contigo porque temía que lo perdieras todo.

Las palabras fueron un puñal que se hundía en el alma de Robert. Apretó los dientes, sentía que el peso del dolor se convertía en algo insoportable.

—¿Es que no lo ves? —rugió Robert, sus manos se agitaron en el aire como si con ello pudiera arrancar la angustia de su pecho—. ¡Nada de lo que tengo me importa si no está ella!

El eco de sus palabras reverberó en los muros, estaba cargado de una furia que amenazaba con consumirlo.

—¿Crees que no te entiendo? —Bryce lo enfrentó con la mirada encendida—. Veo tu sufrimiento, ese vacío profundo y desgarrador. Lo vivo cada día por no tener a Clara a mi lado.

Las palabras de su hermano lo golpearon como una ráfaga helada. Robert hundió los hombros, su rabia se arremolinaba en su interior como una tormenta sin salida. Estaba arrojando su desesperación contra Bryce sin pensar que él también cargaba con su propia pérdida.

De pronto, un grito quebró la tensión.

Ambos giraron la cabeza justo cuando el mayordomo irrumpía en el pasillo. Su rostro se hallaba contraído por la preocupación y su aliento estaba entrecortado por la carrera.

—¡Sir, capitán, ha ocurrido una desgracia! —jadeó su voz temblaba—. Una pareja de campesinos acaba de traer al cochero. Lo han encontrado malherido en la carretera, casi inconsciente.

El mundo pareció detenerse por un instante.

—¿Has enviado a alguien a por el médico? —La voz de Bryce sonó tensa, demasiado controlada, se esforzaba por no dejarse llevar por los nervios.

—Sí, sir. Pero…

La pausa fue una daga.

—¿Le ha ocurrido algo a Denise? —preguntó Bryce, sentía cómo la sangre se le helaba en las venas.

El mayordomo parpadeó, abrumado.

—¡¿Qué?! —explotó Robert, su corazón estaba a punto de desbocarse—. ¿Dónde está Denise?

El silencio se hizo irrespirable. El mayordomo tragó saliva, su voz apenas era un susurro.

—Esa es la pregunta que todos se hacen. Según el cochero, dos hombres lo obligaron a detenerse. Lo arrojaron del pescante y su cabeza impactó contra una roca en el margen del camino. Quedó medio aturdido, pero logró escuchar cómo uno de ellos ordenaba al otro que se asegurara de que Denise estaba dentro del vehículo. Después, se fueron llevándose el carruaje… y a ella.

El mundo se derrumbó para Robert y palideció. Ni el impacto de la ola más grande lo habría destrozado más.

—Entonces no se trata de un robo… —musitó, su respiración era entrecortada, estaba atrapada en su garganta.

—Pero ¿quién querría secuestrarla? —Bryce intentó encontrar una lógica, una explicación que desafiaba cualquier sentido.

Pero Robert no dudó. Sus ojos azules, antes tempestuosos, ahora eran una tormenta lista para desatarse. Su furia tenía un nombre.

—El conde Alistair Blackwood.

Su voz cargada de desprecio fue el preludio de su movimiento. Echó a andar con decisión, sin vacilaciones, sin más palabras, pero Bryce, comprendiendo sus intenciones, lo sujetó con fuerza del

brazo.

—No cometas un error. No puedes irrumpir en Ashbourne House y hacer una acusación tan grave.

Robert se zafó del agarre de su hermano con un tirón brusco, sus ojos estaban encendidos con una determinación feroz.

—Intentó perjudicar a Denise acusándola de ladrona. No necesito más pruebas para saber que él está detrás.

Reanudó el paso, aún más rápido. Bryce lo siguió, y detrás de ambos, el mayordomo, se encontraba demasiado afectado por lo sucedido como para pronunciar palabra.

—Sugiero que vayamos a Bow Street —intentó Bryce, desesperado por hacer entrar en razón a su hermano—. Jake Nerby fue un gran detective antes de ser magistrado adjunto. Encontró a la esposa del marqués de Cherfield cuando desapareció.

Pero Robert no escuchó.

—Por favor, sé razonable —gruñó Bryce, frustrado.

—No voy a detenerme. Ese malnacido me dirá, por las buenas o por las malas, dónde tiene a Denise.

El peso de su decisión era absoluto. No habría marcha atrás. El baronet lo supo en el momento en que descendían la escalinata.

—Está bien. Tú ganas. —Su tono era tenso, pero decidido—. Te acompañaré.

Giró hacia el mayordomo que lo seguía con la respiración agitada.

—Que preparen mi faetón de inmediato. Envía alguien a Bow Street para advertir a Jake Nerby sobre lo sucedido.

Robert no esperó más. El destino estaba sellado.

***

Denise se aferró con fuerza a los respaldos de los asientos, sus

dedos estaban hundidos en el terciopelo mientras el carruaje corría desbocado por el interior del bosque. Cada sacudida era un golpe, cada bache en el camino un recordatorio brutal de su indefensión. El vehículo avanzaba con violencia, rebotaba sobre el terreno irregular y la arrojaba de un lado a otro sin piedad.

Las ramas azotaban el carruaje con furia, algunas arañaban la madera como garras, otras se quebraban con un crujido seco que resonaba en el bosque y desgarraba el aire. El viento rugía entre los árboles, y en un giro brusco del vehículo, su nuevo bonete salió despedido de su cabeza, cayó al suelo y se convirtió en un recuerdo perdido.

Al fin, el carruaje se detuvo con un chirrido desesperado. Su instinto de supervivencia reaccionó antes que su mente. Abrió la portezuela con rapidez y saltó al suelo, sus pies golpearon la tierra con vehemencia. Echó a correr, el miedo latía en sus sienes. Pero apenas avanzó un par de pasos antes de sentir unas manos brutales que se cerraron alrededor de su cintura.

Y entonces, un grito desgarró su garganta.

Se agitó, pataleó, luchó con todo lo que tenía, pero el hombre que la sujetaba solo rio, su voz estaba cargada de una malicia fría, calculadora. Denise giró el rostro, y el horror la paralizó. Su mejilla izquierda estaba surcada por una cicatriz y sus ojos negros eran crueles, duros, implacables. Los pelos se le erizaron en la nuca, su respiración se volvió agónica.

Sabía que el futuro no le deparaba nada bueno, por lo que pataleó con más fuerza e intentó morder el brazo de su captor. Pero él esquivaba cada avance con la destreza de quien está acostumbrado a la violencia. Las horquillas que sujetaban su cabello cedieron, los mechones rubio oscuro volaron alrededor de su rostro y se enredaron con el viento.

Una ráfaga feroz azotó el bosque, silbando con una intensidad espectral, las copas de los árboles se estremecieron. El viento envolvió la escena como si anunciara su condena. Él ni siquiera se inmutó, sus pies estaban firmes en el suelo, pesados, inamovibles. Denise supo, con una certeza aterradora, que ni una roca gigante lo habría apartado de su propósito.

Sin más que risas maliciosas resonando en su oído, la arrastró hacia una cabaña oculta entre los árboles. Era pequeña, tosca, el tipo de refugio que utilizaban los cazadores cuando acechaban a sus víctimas. La puerta crujió con un sonido seco, fue tan sonoro que incluso superó el silbido del viento.

Y entonces, sin delicadeza y sin piedad la lanzó al suelo. El impacto le sacó el aire de los pulmones, el polvo se alzó en una nube espesa y la envolvió en una bruma sucia y sofocante. Denise tosió, su garganta ardía y su pecho estaba comprimido.

Cuando logró respirar con normalidad, alzó la vista. El hombre la observaba con una sonrisa retorcida, una expresión que no pertenecía a ningún humano. Era la sonrisa del diablo.

Y en ese instante, supo que su vida estaba a punto de acabar.

Capítulo 15

El faetón apenas había comenzado a aminorar la marcha cuando Robert saltó al suelo entre ráfagas de viento intenso. Estaba acostumbrado a moverse en superficies inestables, como los barcos que navegaban en tormentas furiosas. No había tiempo para sutilezas.

Sin detenerse, avanzó con la fuerza que le daba su rabia hacia la entrada de Ashbourne House. Bryce apenas tuvo tiempo de sujetar las riendas antes de seguirlo.

El mayordomo abrió la puerta sin hacer preguntas, y Robert se adentró como un huracán. Su hermano le pisaba los talones y cada paso retumbaba, cargado de furia contenida. Era la hora del desayuno y Robert lo sabía. Sin dudarlo, dirigió sus pasos al comedor, guiado por la ira más pura. Cuando irrumpió en la estancia, el efecto fue inmediato. Eleonora soltó un grito ahogado, sus ojos abiertos de sorpresa al ver la expresión desencajada del capitán.

A pesar de la disciplina del capitán, el pánico por Denise lo había llevado más allá de cualquier límite.

—¡Dónde está Denise! —rugió, agarrando con brutalidad las

solapas de la chaqueta del conde y alzándolo sin miramientos.

La silla cayó al suelo, la gruesa alfombra amortiguó el impacto, pero nada pudo disimular la violencia del momento. El cabello del conde, siempre impecable, quedó revuelto por la sacudida.

Eleonora corrió hacia ellos, su desesperación era palpable en sus ojos y en su semblante.

—¡Robert, suelta a mi padre! ¡Tu comportamiento es inadmisible!

Bryce intentó contenerlo.

—Si lo lastimas, no nos dirá nada —intervino con voz firme.

Sus palabras lograron penetrar el estado de furia ciega del capitán. Robert soltó al conde con un gruñido, aun así, la rabia seguía vibrándole en el pecho. Blackwood se sacudió la chaqueta con calma exasperante. Cualquier otro hombre estaría fuera de sí, pero él solo ajustó el cuello de su ropa y lo miró con una tranquilidad irritante.

—Si no me dice dónde tiene a Denise, le juro que soy capaz de todo —amenazó Robert con su dedo índice señalándolo con precisión mortal.

Eleonora se tensó, su espalda estaba rígida como una cuerda a punto de romperse. Una ráfaga de viento sacudió los árboles del exterior, cuyas sombras se retorcieron contra el vidrio de la puerta doble, como si intentaran desgarrarlo con su desesperación.

Pero el verdadero torbellino no estaba afuera. El aire dentro de la estancia era más feroz, más denso, cargado de violencia contenida.

—Pero ¿qué ha sucedido? —indagó la dama.

Robert estaba demasiado absorto en su enfrentamiento silencioso con el conde. Ojos contra ojos. Voluntad contra voluntad. El aire se volvió pesado. Bryce respondió en su lugar.

—A primera hora de la mañana, dos hombres asaltaron el carruaje en el que Denise viajaba.

Eleonora perdió el color, su mirada se clavó en su padre. Apretó los puños, como si al hacerlo pudiera contener el estremecimiento que le recorría su cuerpo. Su intuición le gritaba que su padre estaba implicado. Pero aceptarlo era otro asunto.

—Milord —advirtió Robert—, no tengo paciencia. Dígame dónde está Denise o aténgase a las consecuencias.

Blackwood sonrió con el aire de quien disfrutaba de la desesperación ajena. Sabía que el capitán acabaría suplicándole. Pero no tenía intención de liberarla, y menos de confesar dónde estaba. Nadie podía saber que él estaba implicado. Ella era el anzuelo que El Cuervo necesitaba, haría lo que mejor sabía hacer y se desharía de los dos. Y cuando ocurriera, pensaba celebrarlo por todo lo alto cuando el nombre del capitán Robert Horner solo fuera un recuerdo, que se borraría con el pasar de los años. Entonces, no habría nadie que le impidiera seguir aumentado su fortuna asaltando a navíos.

—Es de muy mal gusto que un héroe de guerra defienda a una vulgar ladrona —soltó con burla el conde—. Se está poniendo en evidencia.

Robert lo vio venir. Era un ataque para desestabilizarlo, pero no iba a caer en su juego. Alzó la barbilla, su expresión se tornó fría.

—La mentira es un arma. Pero también una sentencia. No hay título, ni linaje, ni privilegio que pueda protegerle de sus consecuencias, milord. ¿Qué lo impulsa a torcer la realidad? ¿Miedo? ¿Ambición? Yo diría que ambas. Sin embargo, todos los que estamos aquí sabemos que, en el fondo, es un cobarde.

El lord perdió la sonrisa.

—Yo no tengo nada que ver con su desaparición —gruñó—. Si sigue por ese camino exigiré una satisfacción

Robert se acercó un paso, Blackwood retrocedió dos. El capitán

dejó escapar una risa seca.

—Hágalo. Réteme a duelo. —Su mirada recorrió al conde con absoluto desdén—. Veo su miedo. No tiene el valor.

El rostro del lord comenzó a brillar con sudor.

—¡Salgan de mi casa o haré que los expulsen sin contemplaciones!

Bryce habló, su tono era firme como una roca.

—No nos iremos hasta que nos diga dónde está Denise.

El conde enrojeció de furia, se giró para llamar a los lacayos, pero las palabras de su hija lo enmudecieron.

—Denise no es una ladrona —confesó Eleonora, con voz temblorosa pero decidida—. Nunca lo fue. Pero algo horrible debió suceder para que desapareciera de Ashbourne House sin decir una palabra a nadie.

—¡Cállate! —rugió su padre, caminando hacia ella con la mano alzada.

El golpe nunca cayó, pues Robert lo detuvo en el aire, sujetando su muñeca con fuerza.

Bryce cruzó los brazos a la altura del pecho y fulminó al noble con su mirada

—Quien golpea a una dama no merece respeto. Es usted un miserable.

Eleonora tragó saliva a fin de contener las lágrimas.

—No me preocupan sus golpes —dijo con voz firme—. Me preocupa el peso de mi conciencia si callo. No quiero ser como él.

Los hermanos Horner la observaron con respeto. No había miedo en su rostro, solo determinación.

El conde apretó la mandíbula, su voz fue apenas un gruñido.

—Te repudio como hija.

La sentencia cayó sobre Eleonora como un golpe. Pero no

retrocedió, no iba a amilanarse. No esta vez. Por años, se había esforzado en cumplir con lo que se esperaba de ella, en ser la joven noble que su padre quería que fuera. Había deseado con todas sus fuerzas que Robert la escogiera como esposa. Había deseado casarse con él con toda su alma, a pesar de todo. Pero no a costa de la vida de otra persona, no si el precio era la injusticia. Reconocía sus defectos. Su orgullo. Su obstinación. Pero la maldad no estaba entre ellos. Por primera vez alzó la barbilla con absoluta determinación, sabía que estaba haciendo lo correcto.

—Mi padre tiene una cabaña en el bosque, a las afueras de Londres. La utilizaba en sus jornadas de caza. Es el único lugar donde podría retener a Denise.

Bryce se giró hacia Robert.

—Sé dónde está, estuve una vez cuando el conde me invitó en una cacería antes de casarme con Clara.

—Vamos ahora mismo.

Bryce miró a Eleonora.

—Espera, no podemos dejarla aquí.

—No os preocupéis por mí —intervino la dama—. Me las arreglaré.

—No aceptamos una negativa —replicó Bryce con firmeza, echó un vistazo al conde, era capaz de todo.

—Mi hermano tiene razón, tu padre te lastimará en cuanto desaparezcamos de aquí, lo veo en sus ojos.

Ordenó que prepararan un carruaje para llevarla a Tarraco Palace. Ella no pudo pronunciar palabra de agradecimiento, pero su mirada lo dijo todo. Antes de salir del comedor de desayuno, Robert se giró y fulminó al conde con la mirada.

—Volveré, milord. Y lo haré acompañado. Tendrá que dar muchas explicaciones.

Blackwood palideció. Fue entonces cuando tomó conciencia de

que su caída estaba cada vez más cerca si encontraban a Denise junto a El Cuervo. Maldijo en silencio, nada estaba saliendo como había planeado.

Robert ayudó a Eleonora a subir al carruaje. Antes de que se marchara, ella le sujetó la mano, el viento agitaba sus mechones sueltos

—Por favor, ve con cuidado. Vi a un hombre con mi padre que me causó mucho miedo.

Robert arqueó las cejas.

—¿Cómo era?

—Tiene una cicatriz en la mejilla izquierda y sus brazos están tatuados.

Bryce y Robert intercambiaron una mirada grave.

—El Cuervo no está muerto —declaró el capitán, recordó el momento exacto en que cayó al agua herido de importancia cuando ambos luchaban—. Ha sabido engañar a la muerte.

—Ese engendro del diablo tiene más vidas que un gato.

Eleonora sintió el vértigo del horror.

—Dios santo… —susurró, llevándose la mano a la boca.

El nombre del pirata retumbó en el ambiente, como un trueno que cargaba con rayos y granizo, que ni el fuerte viento, que en ese momento soplaba, fue capaz de alejar. Bryce y Robert sabían lo que significaba. Si querían encontrar a Denise, tenían que apresurarse.

Porque El Cuervo no conocía la palabra piedad.

***

El faetón avanzaba con dificultad por los caminos deteriorados del bosque. Las ráfagas de viento zarandeaban el vehículo como si quisieran volcarlo. Las ramas de los árboles crujían bajo su fuerza;

algunas se quebraban y caían sobre la vía, y los obligaba a detenerse para apartarlas.

Cuando por fin llegaron al lugar, Robert tiró de las riendas y Bryce detuvo el carruaje a unos metros de distancia, lo suficiente para no alertar a El Cuervo. El cielo, que antes había estado despejado, comenzó a cubrirse de nubes oscuras que corrían deprisa, como si quisieran huir de ese lugar. A lo lejos destelló un relámpago, e iluminó el bosque por un instante. El trueno que lo siguió retumbó como un aviso ominoso.

Los hermanos descendieron con cautela, se ampararon en la vegetación para no ser descubiertos. Robert entrecerró los ojos, escudriñó el terreno hasta que señaló con la cabeza la parte trasera de la cabaña. Allí estaba el carruaje, su estructura castigada por el camino irregular y una de sus ruedas torcidas, víctima del trayecto. Los cuatro caballos permanecían atados a un tronco, agrupados en un gesto de supervivencia para soportar el viento que agitaba sus crines y colas sin piedad

Otro relámpago arañó el cielo, y el trueno llegó poco después; anunciaba que la tormenta avanzaba con rapidez. Entonces, unas gotas gruesas comenzaron a caer, se estrellaban contra las hojas con una intensidad creciente. El cielo se tornó de un negro profundo y, por un momento, el bosque pareció devorado por la noche.

Robert apretó la mandíbula. A través de los cristales de la cabaña pudo distinguir el parpadeo de unas velas encendidas y sombras moviéndose en su interior.

—Creo que hay dos hombres —susurró Bryce—. Coincide con lo que dijo el cochero.

El capitán sintió cómo sus músculos se tensaban.

—Y uno de ellos es El Cuervo —soltó en un tono severo tras verlo por un instante—. No veo a Denise.

Bryce advirtió la preocupación en el rostro de su hermano y quiso tranquilizarlo.

—Seguramente la tienen maniatada en el suelo. Pronto la liberaremos, solo tiene que aguantar un poco más.

Antes de que Robert pudiera responder, un grito desgarrador rasgó el silbido del viento. No era un sonido común. Era un grito de pavor, de alguien que luchaba sin esperanza. Robert se inclinó hacia adelante, listo para lanzarse en su auxilio, pero Bryce lo detuvo.

—No tenemos armas. No cometas ninguna locura.

Robert bufó con frustración, pero su hermano tenía razón. No podían precipitarse sin un plan. Sus ojos fulguraban con una determinación implacable.

—Solo nos queda sorprenderlos. ¿Te sientes capaz?

A pesar de no tener la destreza de su hermano en la lucha cuerpo a cuerpo, Bryce tuvo clara su respuesta.

—Por supuesto.

Los dos se agazaparon y avanzaron en silencio hacia la puerta. El granizo comenzó a golpear el suelo con violencia, las pequeñas esferas heladas se estrellaban contra el techo de la cabaña con un sonido ensordecedor. Los caballos, inquietos, relincharon y se refugiaron bajo la copa del árbol al que estaban atados.

Robert giró con cuidado el pomo desgastado de la puerta, pero estaba cerrada desde dentro. Las bolas de hielo caían sobre ellos sin piedad, rebotaban contra sus cabezas y hombros, pero ni siquiera se inmutaron. El capitán miró a su hermano, Bryce entendió lo que planeaba sin necesidad de palabras y asintió.

Robert dio dos pasos atrás, y justo entonces, un segundo grito de Denise rompió el aire. Eso fue pólvora para el capitán. Embistió la puerta con toda su fuerza y la madera cedió con un estruendo, sus bisagras saltaron por los aires.

Robert barrió la estancia con la mirada. En el rincón más oscuro, Denise forcejeaba con El Cuervo, sus manos se aferraban a los bordes de su vestido rasgado para impedir que él le terminara de arrancar la ropa. En sus labios heridos brotaba una hilera de sangre, y sus brazos mostraban los moretones de la violencia que había padecido. La furia del capitán creció con la fuerza de la tempestad. Afuera, un rayo iluminó la cabaña por un instante y proyectó la sombra del marinero en la pared, le confirió una imagen espectral. El Cuervo se giró y se quedó petrificado al ver el fuego que ardía en sus ojos.

—¡Encárgate de él! —exclamó Bryce sin perder tiempo—. Yo me ocupo del otro.

El pirata apenas tuvo tiempo de llevarse la mano a la bota para sacar su puñal cuando Robert ya estaba sobre él. La espalda de Denise se deslizó por la pared y cayó de rodillas, estaba aturdida a punto de perder la conciencia. No lograba enfocar la mirada, pero supo que su única esperanza era el hombre que había irrumpido como una fuerza imparable.

El Cuervo trató de girar el arma hacia el capitán, pero Robert le sujetó la muñeca con una brutalidad que le arrancó un gruñido. El pirata rio con su voz ronca, esa risa histriónica que siempre precedía al dolor que causaba su violencia. Robert no lo soportó, su puño se estrelló contra su rostro y cayó al suelo. Sin embargo, su enemigo se alzó de un salto, ágil como un depredador. Sabía pelear. Sabía matar.

Detrás de ellos, Bryce peleaba con el otro hombre, sus gruñidos resonando en la estancia. El primer golpe de su adversario había mostrado destreza, pero Bryce era fuerte. Poco a poco, lo estaba debilitando.

Robert y El Cuervo giraban en torno a la estancia, se miraban con furia sin pestañear, evaluándose el uno al otro. La tormenta arreció,

los truenos rugían, y el granizo golpeaba el tejado con una furia salvaje. Pero ellos estaban ajenos a la tempestad. Dos hombres de voluntad feroz, aguardando el momento oportuno.

Un relámpago cruzó el cielo y se reflejó en el puñal del pirata. Durante un instante, el acero brilló con un halo fantasmal, y El Cuervo, distraído, desvió la mirada. Fue el error que Robert necesitaba.

El capitán embistió con toda su fuerza. El malhechor rebotó contra la pared con violencia y sintió un dolor agudo en la espalda. En ese segundo de vulnerabilidad, Robert lo golpeó con la rodilla en el estómago. El pirata se encogió, su grito era ahogado. Sin perder el impulso, Robert le arrancó el puñal de la mano y le sujetó la hoja afilada contra la garganta.

Detrás de ellos, el otro bandido cayó inconsciente tras el último golpe de Bryce. Solo le llevó un par de segundos quitarse el pañuelo blanco del cuello y atarle las manos a la espalda.

Robert apretó el filo del arma en la garganta de su enemigo. Fuera, la tormenta empezaba a disiparse, pero dentro de la cabaña, la batalla seguía.

—Despídete del mundo de los vivos —aulló, su voz estaba impregnada de rabia contenida—. Esta vez me aseguraré de que no esquives la muerte.

Bryce ayudó a Denise a incorporarse, la cubrió con su levita, húmeda pero suficiente para devolverle algo de dignidad. Ella recobró lentamente el sentido y miró hacia Robert y El Cuervo. Sus ojos se clavaron en el puñal.

—Robert… No lo hagas. Tú no eres como él —susurró con dificultad.

El capitán esbozó una sonrisa fría, casi desdeñosa. El Cuervo tragó saliva, sabía que la muerte se cernía sobre él.

—¿Qué opinas, Víctor? —se burló Robert. Una ráfaga de viento entró por la puerta abierta y arrastró consigo algunas bolas de granizo—. ¿Le hago caso?

El Cuervo vio su propia muerte en los ojos de su enemigo.

—¡No me mates! Puedo ofrecerte algo a cambio.

El capitán lo miró con desprecio. Sabía bien que cuando se les arrebataba la violencia, los hombres malvados se convertían en cobardes.

—Dime qué me ofreces, y tal vez me lo piense.

—Te ofrezco la cabeza del conde Alistair Blackwood. Él y yo somos aliados. Lo declararé ante un juez si me dejas con vida.

Robert mantenía el puñal firme, su mirada celeste era implacable. El pecho de El Cuervo se agitaba con cada respiración, su piel estaba perlada de sudor.

Su vida pendía de un hilo.

Capítulo 16

Se escuchó un grupo de caballos en el exterior de la cabaña. Bryce se tensó al instante y salió rápido para asegurarse de que no eran los secuaces de El Cuervo. Al ver a Jake Nerby, el magistrado adjunto, acompañado por un grupo de diez agentes, exhaló un suspiro de alivio. Jake, con su cabello pelirrojo y sus ojos turquesa, bajó de su montura con agilidad y se acercó a él, hizo una leve inclinación.

—Vengo de Tarraco Palace, sir Bryce Horner. Lady Eleonora Blackwood me ha hablado de esta cabaña y del peligro que los acecha.

La granizada y la lluvia comenzaron a amainar. Los agentes descendieron de sus caballos entre los repiques de las riendas y del chapoteo de sus botas en cuanto tocaron el suelo.

—Mi hermano y yo lo tenemos todo bajo control, pero El Cuervo tiene algo interesante que contar —anunció Bryce.

Jake arqueó una ceja.

—¿Estamos hablando de Víctor, El Cuervo? Según tengo entendido su hermano, el capitán Horner, lo derrotó en una batalla en alta mar y murió..

—Eso pensábamos todos, pero logró engañar a la muerte —mencionó con un matiz burlón—. Mi hermano está dentro con él. Si no se apresura, temo que su pulso tiemble y le raje la garganta.

Jake soltó una carcajada ligera.

—No podemos permitirlo, sir —añadió en el mismo tono jocoso—. Que gran pérdida sería.

Jake, Bryce y cuatro agentes entraron en la cabaña. Los demás se quedaron fuera inspeccionando los alrededores, por si alguno de los hombres de El Cuervo se escondía en la espesura del bosque. El magistrado interrogó al pirata, quien pronto comprendió que su única opción para salvar la vida era delatar al conde de Blackwood. Robert le dejó claro que si no confesaba toda la verdad, no volvería a ver el amanecer.

Mientras el magistrado hacía su trabajo, Robert se acercó a Denise y la envolvió en un abrazo que expresaba más que mil palabras: desesperación, alivio, amor.

—Tenía miedo de perderte… —murmuró, depositó con cariño un beso sobre su mejilla.

Denise se aferró a él, sentía cómo sus lágrimas caían sin control. Él sacó un pañuelo, le limpió la sangre de su labio y las gotas de desesperación de sus ojos. Al ver la herida una furia silenciosa lo recorrió de arriba abajo.

—Juro por mi vida que nunca más permitiré que alguien te lastime. Así tenga que atarte a mí para no perderte de vista.

Ella intentó sonreír, pero su cuerpo dolía demasiado y los recuerdos aún la atormentaban.

—Lo siento… —musitó entre sollozos.

Robert la acunó entre sus brazos.

—Tranquila, cariño, tú no tienes la culpa de nada —susurró al tiempo que besaba su frente—. La tormenta se aleja, salgamos para

que el aire fresco te alivie.

Jake no decepcionó. Con la determinación férrea que le caracterizaba, exprimió cada palabra de los labios del pirata hasta obtener una confesión clara y detallada. El Cuervo, consciente de que su supervivencia dependía de su sinceridad, no tardó en revelar la verdad: habían secuestrado a Denise con la intención de atraer a Robert con un falso rescate, para luego asesinarlo y eliminar cualquier obstáculo que pudiera interponerse en sus planes y en los del conde.

El magistrado sabía que la revelación de El Cuervo solo era el inicio, así que lo presionó para que siguiera. El pirata detalló cómo funcionaba su red mafiosa y el papel principal que ostentaba Blackwood. Las palabras del criminal se deslizaron en el aire como veneno. Bryce y Jake intercambiaron una mirada de fuego, comprendían la magnitud del peligro al que se enfrentaban. Cuando el interrogatorio terminó, dos agentes esposaron al pirata y lo escoltaron fuera, junto al otro malhechor que ya había recuperado la conciencia. Sin embargo, la mente de El Cuervo ya ideaba planes para poder escaparse.

Jake irguió la espalda y asintió con satisfacción, su semblante estaba endurecido por años de experiencia en la persecución de delincuentes. Miró a Bryce.

—Entonces está claro. Nos dirigimos a Ashbourne House. El conde pagará por sus crímenes.

El noble asintió, salió y se acercó a su hermano y a Denise.

—Llévala a casa —dijo, miró de reojo a Jake que se dirigía a su montura—. Yo iré con él. Debemos llegar a Ashbourne House antes de que el conde escape.

La muchacha abrió los ojos con sorpresa, percibió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—¿Él está implicado?

—No solo está implicado en tu secuestro, sino que había construido una red de delincuencia junto a El Cuervo.

Las palabras de Bryce la golpearon como un trueno y, temblorosa, cerró los ojos por un instante. Intentó contener el miedo que volvía a recorrer su piel. Robert, sin soltarla, apretó los dientes. La ira rugía en su interior, nunca le gustó Blackwood y su instinto no estaba equivocado.

—Dios mío… ese hombre tiene un corazón oscuro. Lo supe en el instante en que… —empezó a explicar ella, no obstante, se detuvo, sus ojos viajaron de uno a otro, y supo que era momento de confesar, de disipar las sombras que la amenazaban—. Le gustaba abusar de las sirvientas jóvenes, usaba su poder para… Un día intentó hacerlo conmigo, pero logré escapar. Por eso me fui sin decir nada a nadie.

Su voz temblaba, sus palabras estaban cargadas de dolor. Robert la sostuvo con fuerza y agradeció no tener a Blackwood frente a él, pues no lo hubiera dejado con vida. En su abrazo, ella halló la seguridad que siempre había anhelado. Cerró los ojos, y dejó que el aroma a brisa marina la envolviera.

—Eso ya es pasado —murmuró el capitán, sosteniendo su rostro entre sus manos—. A partir de ahora, yo soy tu futuro. Nos casaremos y construiremos una preciosa familia.

En esta ocasión Denise sonrió, a pesar del dolor de su labio.

—¿Estás seguro? No quiero que lo pierdas todo…

Robert la interrumpió con dulzura.

—No pierdo nada. En realidad, lo gano todo. ¿Qué más puedo pedirle a la vida? Te amo. Tú eres mi faro, mi puerto, mi estrella guía.

Ella acarició su mejilla con una delicadeza infinita, como si su sola

caricia pudiera grabar ese instante en la eternidad. Sus ojos color avellana refulgían con una felicidad pura, sin fisuras, reflejaba el amor que desbordaba por cada poro de su piel. En ellos brillaba la promesa de un futuro compartido, de días llenos de pasión y noches colmadas de ternura.

Robert atrapó su mano contra su piel, deseaba que ese contacto jamás terminara. En su mirada se fundía la devoción, el anhelo y la certeza de que, sin importar lo que el destino les tuviera reservado, nunca la dejaría ir.

—Te amo, capitán Horner.

A pesar de la presencia de los demás, le depositó un tierno beso en la comisura de los labios, cuidando de no tocar su herida. Ya habría tiempo de sellar en la intimidad de una alcoba iluminada por velas su amor, entonces sus cuerpos se encargarían de hablar.

Bryce intentó no dejarse afectar por la escena, pero su corazón traicionó su voluntad. Clara regresó a su mente en un vendaval de recuerdos. Apretó la mandíbula, se despidió a toda prisa para que ellos no notaran su pesar, y montó en el caballo que el magistrado sostenía por las riendas.

Mientras tanto, Denise y Robert subieron al faetón. Las nubes empezaron a fracturarse y los rayos dorados los iluminaron. Una nueva vida los esperaba.

***

Blackwood gritaba órdenes a sus sirvientes, su voz estaba impregnada de urgencia y desesperación. No había tiempo para contemplaciones: debían apresurarse a meter en un baúl su dinero y los objetos de mayor valor. Cada segundo perdido podía significar su caída. Tenía que marcharse cuanto antes, ponerse a salvo, por si

todo salía mal.

Los acontecimientos habían dado un giro inesperado. Nada iba según lo planeado y, si el capitán y su hermano lograban encontrar a Denise, su estatus, su riqueza, su poder… todo peligraría. Su única esperanza radicaba en que eliminaran a El Cuervo, porque no confiaba en él, y su traición era inminente. Si confesaba, lo arrastraría consigo a la ruina. Lo enviarían a prisión sin contemplaciones, bien sabía que los delitos que había cometido no le permitirían salir jamás.

Los sirvientes, jadeantes y agotados, cargaban con el pesado baúl mientras descendían por la enorme escalinata. Sus rostros rojos y perlados de sudor no inspiraron compasión en el conde. Al contrario, su impaciencia se tornó en furia.

—¡Más rápido, maldita sea! —vociferó, sin reparar en el sufrimiento ajeno—. ¡Sois unos inútiles!

Un lacayo le abrió la portezuela del carruaje en cuanto puso un pie fuera. Sin embargo, no subió de inmediato. Se quedó de pie a su costado, con la mirada fija en el baúl, se aseguraba de que lo ubicaban en la parrilla trasera y lo sujetaban con cintas de cuero. No podía permitirse errores.

Entonces, el sonido del galope de varios caballos lo hizo erguirse de golpe. Su corazón dio un vuelco y la respiración abandonó sus pulmones cuando miró en la dirección del estruendo. Jake Nerby, Bryce Horner y un buen puñado de agentes avanzaban hacia él; la determinación se reflejaba en sus rostros.

El magistrado, sus hombres y el baronet desmontaron con precisión calculada. Los rayos del sol comenzaron a filtrarse entre las nubes dispersas, se reflejaron en los charcos como espejos en el suelo. Pero la luz no fue lo suficientemente intensa como para borrar la cólera contenida en los ojos de los hombres que acababan de

llegar.

Jake y Bryce caminaron con seguridad hacia el conde. Los agentes permanecieron quietos, a la espera de órdenes.

—¿Se marcha, milord? —preguntó el magistrado, dando una palmada al baúl con una sonrisa afilada.

—Sí, tengo asuntos urgentes que atender lejos de aquí —respondió Blackwood, controlando el temblor en su voz. Sin perder tiempo, se giró hacia el carruaje, decidido a subir y escapar cuanto antes—. Si me disculpan, debo marcharme…

El baronet cerró la portezuela de golpe frente a él.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —chilló el lord furioso.

Bryce lo fulminó con la mirada.

—Usted no va a ningún lado. —Aunque su tono era sereno, la ira latía en sus palabras.

Jake se cruzó de brazos, disfrutaba del momento.

—Está detenido, milord —informó con una satisfacción palpable—. Es tan criminal como su… socio.

El conde perdió todo color. Sus peores temores se habían hecho realidad. Supo al instante que El Cuervo lo había traicionado. La rabia ardió en su interior con una intensidad devastadora. Debió imaginarlo, ya lo había traicionado una vez, pero no lo volvería a hacer nunca más. No. Juró en silencio que encontraría la manera de vengarse, aunque fuera a costa de su propia vida.

Capítulo 17

Bryce permanecía en la biblioteca, sentado en su silla curul frente al escritorio. Tenía correspondencia que atender, pero su mente gravitaba en torno a la visita de Jake Nerby la tarde anterior. El magistrado había acudido a Tarraco Palace con noticias inquietantes: El Cuervo había aparecido muerto con un puñal hundido en su corazón.

Gracias a su eficacia, Jake había logrado que los implicados hablaran. Las confesiones revelaban una verdad oscura: el conde de Blackwood, a través de su abogado, había comprado voluntades dentro y fuera de la prisión para que se cometiera el asesinato. Un crimen más en su historial, otro peso sobre sus hombros. El conde nunca volvería a pisar la libertad; su destino estaba sellado entre rejas.

La noticia fue recibida con una mezcla de tristeza y alivio. La muerte, la venganza, el asesinato… jamás traían verdadera paz, y tarde o temprano, el destino terminaba por colocar a cada persona en el lugar que merecía.

El baronet no quiso pensar más en ello y se levantó. Caminó hacía las puertas dobles, que permanecían abiertas y se quedó allí de pie,

permitiendo que el cálido aire de la mañana lo envolviera. El cielo despejado anunciaba un día sin cambios, con un sol que prometía intensidad.

Desde su posición, observaba a Denise y a su hermano en el jardín, recogían flores con la serenidad de quienes han encontrado su lugar en el mundo. Ella irradiaba belleza con su vestido de muselina vainilla y un peinado de estilo griego que resaltaba la delicadeza de sus rasgos. A pesar de haber dejado atrás su papel de sirvienta, seguía confeccionando ramos para embellecer el interior de Tarraco Palace. La pareja reía con complicidad, y la felicidad se reflejaba en cada gesto. Contemplarlos era un bálsamo para el alma, aunque no para la suya. Su propia existencia continuaba atrapada en el dolor de la pérdida, en el peso de una culpa que lo arrastraba hacia el recuerdo de Clara. ¿Podría alguna vez encontrar la paz?

—Hacen muy buena pareja —comentó Eleonora detrás de él.

Bryce giró con una leve sonrisa dibujada en sus labios.

—Sí, sus almas han nacido para estar juntas. Serán felices.

La pareja desapareció de su campo de visión, se alejaron entre los rosales.

—Quería hablar contigo un instante —pidió la dama.

—Desde luego, toma asiento —indicó señalando el sofá frente a la chimenea.

—Gracias, Bryce —agradeció mientras se sentaba—. ¿Me permites llamarte por tu nombre? A estas alturas, después de todo lo que ha sucedido, las formalidades sobran.

—Opino lo mismo, Eleonora —respondió con suavidad, se acomodó en la butaca perpendicular al sofá.

El aire agitó las cortinas, el canto de los pájaros envolvía el espacio con alegres melodías. El día brillaba con esplendor.

—¿Quieres un té? —ofreció el noble.

—Gracias, acabo de tomar uno —explicó ella, uniendo sus manos sobre su regazo.

Bryce captó la tristeza en su mirada. De todos, quizá ella era la que había perdido más. No solo el hombre que amaba estaba a punto de casarse con otra, sino que también había descubierto la verdadera naturaleza de su padre: un ser despiadado, manchado por la corrupción y por el asesinato.

—Dentro de una semana, Robert y Denise se casarán aquí en Tarraco Palace —mencionó Eleonora.

Bryce se acomodó en su sillón, cruzó los pies.

—Sí, por suerte convencí a mi hermano de celebrar la boda aquí. Quería ir a Gretna Green para evitar un escándalo, pero no tienen que esconderse. El amor no es un pecado.

Ella asintió con una sonrisa tenue.

—Además, todos los nobles han aceptado las invitaciones —agregó él, complacido.

Eleonora, gracias a las frecuentes conversaciones con Denise, estaba al tanto de cada detalle. La futura esposa del capitán, consciente de su falta de experiencia en ciertos círculos, había recurrido a ella para que la guiara en los códigos de la alta sociedad. Esas lecciones, que al inicio fueron solo educativas, se transformaron con el tiempo en algo más profundo: un lazo genuino, muy distinto a las amistades superficiales que Eleonora mantenía con otras damas.

—Lo sé —dijo ella—. En cuanto los marqueses de Cherfield y los condes de Brewton aceptaron, los demás se sumaron.

—El poder de esos nobles sobre los demás ha sido una bendición. ¡Incluso el duque de Larsen vendrá con su jovencísima esposa! Al fin podrán conocer a la nueva duquesa. —Observó cómo las lágrimas asomaban en los ojos de la dama—. Pero tú no quieres hablar conmigo de la boda, ¿verdad?

—No… —susurró—. Debo marcharme. No puedo asistir cuando mi corazón se ha roto de tantas maneras.

Bryce la observó en silencio.

—Lo entiendo, sé que no es fácil para ti.

—Todos saben que mi padre es un delincuente. Seamos sinceros, mi presencia los incomodaría.

Sin pensarlo, Bryce reaccionó.

—No lo permitiré. Serás mi acompañante en la boda, eso cerrará muchas bocas.

Su propia determinación lo sorprendió, pero no se arrepintió. Eleonora no debía cargar con los pecados de su padre. Frunció el ceño al ver la incredulidad en su mirada.

—¿Te sacrificarías por mí? —preguntó sorprendida.

Él sonrió con ligereza.

—¿Sacrificarme? Será un honor acompañarte.

—Te estoy muy agradecida, pero mi decisión de marcharme antes de la boda es firme.

Bryce la contempló por un instante antes de cabecear con resignación.

—Nada de lo que diga hará que cambies de opinión, ¿verdad? ¿Dónde irás?

—Aún no lo he decidido —admitió, jugueteó con el vestido, nerviosa por la confesión—. Depende de lo que consiga con la venta de las joyas que heredé de mi madre.

Bryce se puso en pie, y ella bajó la mirada, avergonzada.

—Eleonora, yo puedo darte dinero. No tienes que vender tus joyas.

Ella negó con la cabeza y se levantó también.

—No puedo aceptarlo. —Abrió los brazos y abarcó todo a su alrededor—. Ya he abusado de tu generosidad demasiado tiempo

alojándome en este maravilloso palacio.

—Debes permitirme ayudarte… —Se acarició la barbilla y, de pronto, irguió la espalda al dar con una idea—. Tengo una finca en Bath, Windmere Lodge. Podrías instalarte allí una temporada y reflexionar sobre tu futuro. Es una ciudad llena de vida, donde la nobleza se reúne en las termas romanas y el elegante Pump Room, el corazón de la alta sociedad. Allí conocerás a nobles solteros en busca de esposa, y tú, con tu belleza y gracia, no pasarás desapercibida y encontrarás un pretendiente.

Ella sonrió con tristeza.

—La belleza no garantiza el amor, Bryce. Hace falta ser hermosa de corazón también, como Denise. He descuidado eso toda mi vida.

El noble le tomó las manos con delicadeza.

—Por favor, deja de atormentarte. Eres una mujer maravillosa que aprende de los errores, y atraerás pretendientes, a pesar de las fechorías de tu padre.

Eleonora se sorprendió por la cercanía, pero no retiró las manos. Bryce, consciente de su atrevimiento, se apartó de repente. Sin embargo, la tibieza de su contacto dejó un vacío inexplicable. Se llevó la mano a la frente y trató de calmarse; el recuerdo de Clara se filtraba en su mente, cuando la cortejaba se sentía de ese mismo modo. Se acercó a las puertas abiertas en busca de aire fresco.

—Si algún día me caso —murmuró ella detrás de él—, será porque he encontrado lo mismo que Denise y Robert. No me conformaré con menos.

Él se giró, y por primera vez reparó en el resplandor de sus ojos, un océano cambiante entre azul y verde. Carraspeó antes de hablar.

—Por favor, acepta hospedarte en mi finca en Bath. No puedo permitir que vagues sola, sin protección.

Eleonora suspiró.

—Eres muy amable, Bryce. Está bien, acepto.

En ese instante, aparecieron Denise y Robert.

—¿Interrumpimos? —preguntó el capitán con una sonrisa.

Eleonora se giró, su expresión estaba serena, aunque su mirada escondía una tristeza callada.

—Precisamente acabamos de terminar —manifestó ella, de inmediato contempló el jarrón que sostenía Denise—. ¡Qué ramo tan hermoso!

—Robert y yo hemos recogido estos claveles rojos para la repisa de la chimenea —explicó ella, dejando el jarrón en su lugar—. Si te gustan, puedo coger más y llevarlos a tu alcoba.

—¿Podemos hacerlo juntas? Me gustaría aprender para cuando esté en Windmere Lodge y confeccionar mis propios ramos.

La pareja la miró sorprendida.

—¿Te vas a marchar? —inquirió el capitán con gravedad.

Bryce dio un paso al frente.

—Le he ofrecido mi finca en Bath —explicó, sin apartar la mirada de Eleonora—. Puede quedarse el tiempo que desee.

Sonrió, y ella le devolvió el gesto, pero la melancolía seguía latiendo en sus ojos.

—Quiero partir pasado mañana. Necesito alejarme y reflexionar.

—Nunca quise lastimarte, Eleonora, lo siento... —dijo Robert con verdadero pesar, sabiendo que parte del dolor de la dama lo había provocado él.

—Tú no me has lastimado, fui yo con mis decisiones y mi tozudez —explicó ella con la voz casi temblando—. Nunca quise ver la verdad, a pesar de tenerla frente a mis narices.

Denise se acercó con ternura y le tomó la mano. Ella era consciente de que, aunque Eleonora había intentado disimular su tristeza, el peso del dolor por todo lo que había perdido se reflejaba

en sus ojos, como una sombra que se resistía a marchar. Apretó su mano con suavidad, una promesa silenciosa de que sin importar la distancia, su amistad permanecería intacta.

—Es comprensible que quieras alejarte, sé que no quieres estar en nuestra boda… las heridas aún no han cicatrizado.

—Lo harán. Soy fuerte. ¿Me escribirás?

—Por supuesto. Y lo haré muy a menudo.

Eleonora intentó sonreír, aunque el peso de la despedida la oprimía. Nunca hubiera imaginado que una mujer como Denise se convertiría en la mejor amiga que había tenido. La echaría de menos.

—¿Vamos a por mis claveles? —instó la dama.

Denise miró a Robert.

—Ve, ya hablaré yo con mi hermano.

Su prometida asintió, y ambos salieron entre risas, dejando tras de sí una estela de compañerismo que contrastaba con la melancolía que quedó en la sala.

Bryce se acercó al mueble bar y sirvió dos tragos de brandy, le ofreció uno a su hermano, que se había sentado en el borde del escritorio. Robert inspiró con lentitud, y dejó que el aroma a fruta madura, almendras tostadas y madera reposada en barricas de roble impregnara sus sentidos. Captó el fondo especiado, el susurro de canela y nuez moscada que se entrelazaba con el aire y lo invitaba a probar el primer sorbo.

—Es excelente este brandy.

Bryce bebió con calma, permitió que el calor reconfortara su pecho.

—Uno de los mejores que he tenido nunca. ¿De qué querías hablarme?

La expresión de Robert se tornó más seria.

—Después de la boda, Denise y yo partiremos en el HMS Valor. Quiero enseñarle los lugares más hermosos que he visto, y escogeremos uno cerca del mar para instalarnos y formar una familia.

Bryce no pudo ocultar la tristeza que lo embargó. Sabía que cuando su hermano se marchara, tardaría demasiado en volver a verlo.

—¿Significa que vas a retirarte de la marina?

Robert terminó su trago y dejó el vaso sobre la madera pulida del escritorio. Había percibido la pena en la mirada de Bryce, pero debía seguir su camino. Un camino que haría junto a Denise.

—Sí. Quiero dedicarme en cuerpo y alma a ser feliz con ella. A construir un hogar, a criar a los hijos que tengamos.

El baronet lo observó en silencio, sentía que la inmensidad del momento comprimía su interior. Después de unos minutos de silencio, se acercó y apoyó una mano en su hombro.

—Haces bien. Te deseo toda la suerte. Si algún día me necesitas aquí estaré.

El capitán se alzó y lo abrazó con fuerza.

—Gracias, Bryce. Te escribiré todas las semanas. Y vendré a verte, y cuando lo haga será con ruidosos sobrinos, así que prepárate.

La risa estalló entre ambos y disipó la tristeza de la despedida. Porque, al final, más allá de la separación, había razones más grandes para la dicha.

***

Denise y Robert se casaron un luminoso día de verano. Él, impecable en su uniforme de gala, irradiaba orgullo y determinación, mientras ella, envuelta en un vestido de seda rosa con cintura alta y mangas

abullonadas, parecía salida de un cuento mágico. La cola bordada con hilos brillantes y la delicada tiara plateada, adornada con pequeñas flores, la hacían resplandecer como un hada.

La ceremonia se celebró en el jardín que tanto amaba, bañado por la luz dorada del atardecer. Era el lugar donde había reído, soñado y esperado, y ahora se convertía en el escenario de su nueva vida. Robert, con una sonrisa que hablaba de promesas sinceras, le susurró que tendrían un jardín igual, un refugio repleto de flores de todas las clases, allí donde construyeran su hogar. Las mariposas, siempre presentes cuando ella estaba en el jardín, no podían faltar en el día más importante de sus vidas. En todo momento los rodearon, era como si danzaran de felicidad, y arrancaron exclamaciones de asombro entre los presentes.

La nobleza londinense acudió vestida con sus mejores galas. Las mesas, dispuestas bajo la sombra de los árboles centenarios, ostentaban manteles de lino y pequeños ramos de lavanda y jazmín que perfumaban el aire. Platos exquisitos engalanaban la fiesta: faisán asado con reducción de vino y hierbas, salmón ahumado, hojaldres dorados de queso y carne, y frutas dispuestas con cuidado artístico. Pasteles de almendra y crema compartían espacio con copas de cristal rebosantes de vino dulce, brandy añejo y limonada fresca. Y como no, tampoco faltaron las galletas de miel.

El murmullo animado de los asistentes se mezclaba con las notas suaves de un cuarteto de cuerda. Tocaban en un rincón y acompañaba el alegre vaivén de los sirvientes, que se aseguraban de que ningún invitado se quedara sin probar los festines preparados. Denise reía con Robert mientras compartían un trozo de tarta nupcial de avellanas y miel. A unos metros, los marqueses de Cherfield, los condes de Brewton y Barney Ferrell observaban la escena con satisfacción. Las damas comentaban la radiante belleza

de la novia, mientras Barney, con expresión tensa, desviaba la mirada hacia otro punto del jardín. El marqués observó lo mismo que él, con el gesto adusto.

—El conde de Rothsay parece algo ebrio —comentó el noble, y en su mirada plomiza brilló la censura—. Siempre ha sido un hombre dado a la bebida y al juego, incluso desde su juventud. No me sorprende que esté al borde de la ruina. Hace poco me pidió un préstamo, pero me negué. Le aconsejé que enderezara su vida. Casi me salta a la yugular.

Barney inclinó un poco la cabeza, con aire de quien conoce los secretos mejor guardados.

—Ha apostado todo lo que le queda al desafío sobre el aspecto de la duquesa de Larsen —murmuró, consciente de que en Ferrell's, como propietario, estaba al tanto de cada apuesta que se hacía.

El marqués esbozó una sonrisa breve y señaló con la cabeza a su derecha.

—Pues pronto saldremos de dudas.

El duque de Larsen avanzaba con porte imponente, llevaba del brazo a una mujer de belleza exótica. Bajita, de piel dorada y ojos miel, caminaba con gracia serena. Su cabello azabache, recogido en un elaborado tocado con tirabuzones, añadía a su presencia un aire casi etéreo. La aparición de la pareja acaparó todas las miradas, y dejó en el conde Rothsay el peso innegable de su derrota. Su esposa, de rostro compungido, bajó la cabeza. Barney la observó con el deseo silencioso de aliviar su pena. No entendía cómo el conde no era consciente de la suerte que tenía de tener una esposa tan espectacular. La dama tenía un halo especial que lo atraía como una abeja a una flor. Todo en ella hablaba de delicadeza, ternura y suavidad. Si fuera su esposa no cabría en sí de felicidad.

El conde de Brewton, con una sonrisa divertida, notó el embeleso

de su amigo.

—No es buena idea enamorarse de una mujer casada.

Barney despertó de su ensimismamiento como si una burbuja estallara frente a sus ojos. Se echó a reír.

—No soy hombre de enamorarse, ya lo sabes.

—Lo sabemos —intervino el marqués de Cherfield con tono jocoso—. Tu lista de seducidas daría la vuelta al mundo.

La celebración continuó con un baile que se prolongó hasta la medianoche, cuando la aristocracia presente regresó a sus hogares. Sin embargo, la fiesta no terminó ahí. En la zona de servicio, los sirvientes rieron y brindaron junto a los recién casados. Robert y Denise, sin importar rango o título, se unieron a ellos, bailando con el corazón liviano.

—Tus padres y tu abuelo… —empezó a decir Beatrice con una sonrisa que escondía lágrimas—… estarían tan orgullosos de ti.

La recién casada apenas pudo responder. En silencio, ambas se abrazaron con la intensidad de quienes saben que ni el tiempo ni la distancia podían apagar ciertos lazos, que crecería incluso por muchos kilómetros que las separara.

Y cuando la noche se rindió ante ellos, Robert condujo a su esposa a la alcoba. Allí, el tiempo se detuvo. Se fundieron fuego y ternura, besos y caricias, suspiros y promesas susurradas entre sombras. Sus almas se encontraron, se reconocieron, se prometieron amor con los corazones.

Un amor eterno como el amanecer.

FIN

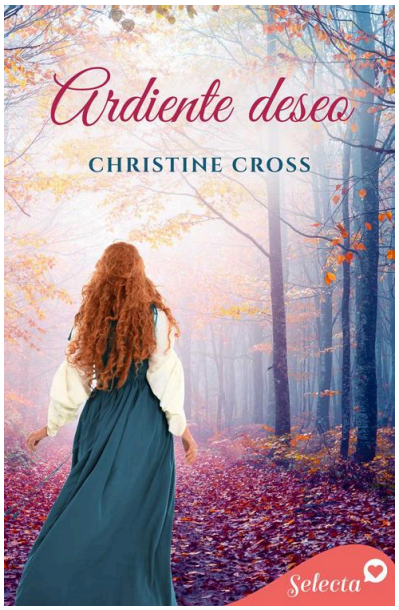
Si te ha gustado

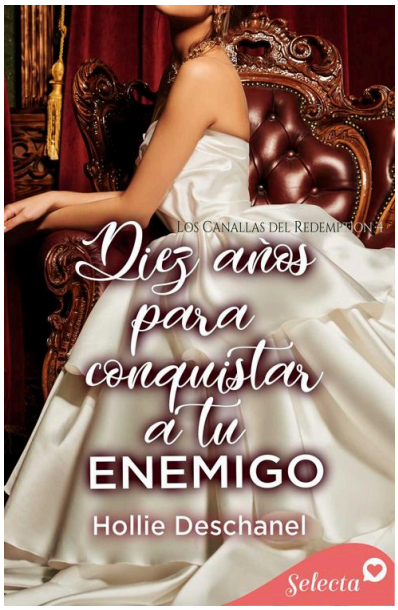
Un seductor capitán en mi vida

puedes disfrutar de estas

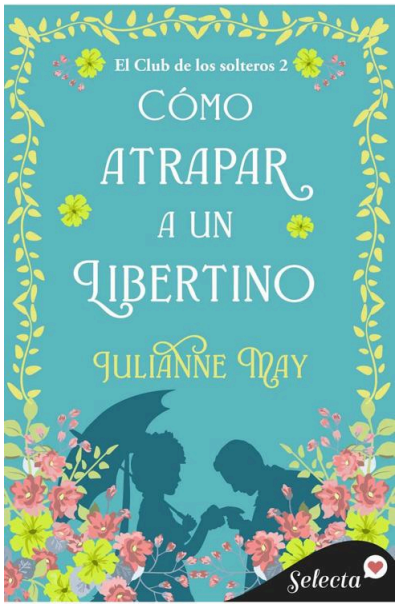




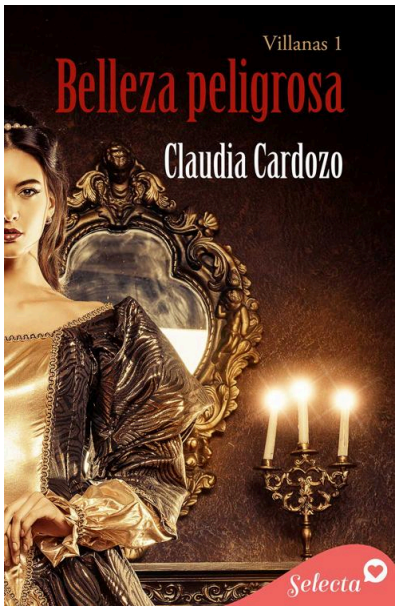

Ardiente deseo
CHRISTINE CROSS
Selecta


Los Canallas del Redemption 3
Diez años para conquistar a tu ENEMIGO
Hollie Deschanel
Selecta


BETHANY BELLS
EL RIESGO DE ACERCARME A TI
Selecta


El Club de los solteros 2
CÓMO ATRAPAR A UN LIBERTINO
JULIANNE MAY
Selecta


S. F. TALE
Los
SECRETOS
del guardarropa
de lord
HARDY
WHARRINGTON
PALACE
Selecta


Villanas 1
Belleza peligrosa
Claudia Cardozo
Selecta

Ella lleva las cicatrices del pasado.

Él las heridas de la guerra.

Solo el amor podrá salvarlos… o destruirlos para siempre.



El capitán Robert Horner, un héroe marcado por las cicatrices de la guerra, regresa a Londres con un objetivo claro: encontrar una esposa de noble cuna para cumplir con las estrictas expectativas de su familia. Pero su mundo cambia cuando **cruza miradas con Denise, una enigmática sirvienta** que

despierta en él una pasión inesperada y un amor que desafía todas las reglas.

Sin embargo, **Denise guarda un oscuro secreto** que podría destruir todo lo que empieza a construir con Robert. Mientras tanto, los enemigos que él creía haber dejado en el campo de batalla resurgen sedientos de venganza.

En un torbellino de intrigas sociales, **amenazas en las sombras y sentimientos prohibidos**, Robert y Denise deberán unir fuerzas para enfrentar un peligro que los acecha a cada paso.

Porque solo juntos podrán descubrir si el amor tiene la fortaleza necesaria para superar las barreras de la sociedad y los fantasmas del pasado.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles junto con su marido, el amor de su vida, y sus tres hijos y nietos. Como amante de los animales tiene tres perritos de lo más traviesos y varios gatos. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica le llevó a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas. Su constancia y su capacidad de superación la llevaron a publicar su primera novela, *Suaves pétalos de amor*, que estuvo nominada a los Premios Dama 2010 a la mejor novela romántica erótica y que resultó premiada en los Premios Cazadoras del Romance 2010. Además, *Una segunda oportunidad*, fue nominada al Mejor Romance Actual Nacional 2014 en los Premios RNR 2014. Desde entonces sigue luchando y superándose; y es por este afán de ampliar conocimientos y horizontes que ha estado formándose en varios cursos. En la actualidad sigue escribiendo y publicando en el sello de Selecta de Penguin Random House.



Edición en formato digital: julio de 2025

© 2025, Encarna Magín
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-90-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un seductor capitán en mi vida
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Encarna Magín

Créditos